

A woman with dark hair tied back, wearing a beige trench coat over a white dress and white high-heeled sandals, stands in front of a weathered wooden wall. The scene is lit with warm, golden light, possibly from the setting or rising sun. The text 'La Vecina' is overlaid in large green letters across the middle of the image.

La
Vecina

Victoria Roch

La Vecina

Victoria Roch

La Vecina
Victoria Roch

Copyright © 2019 por Victoria Roch
Todos los Derechos Reservados.

Edición: Victoria Roch
Maquetado: Victoria Roch

Este libro ha sido publicado en modalidad de autopublicación por el autor oficiando también como editor. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autor. Esto incluye, pero no se limita, a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción.

Twitter: @Golondrinasverd

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Acerca del autor

Capítulo 1

—¿Cuánto hace que no te empotran?

—¡Perdón!, ¿cómo dice?

Yo la miro incrédula y asombrada. En cambio, ella me mira con descaro, su sonrisa burlona me lleva a pensar que me está tomando el pelo. No responde, y desvió la mirada al panel del ascensor deseando llegar cuanto antes. Bajo sin mirarla ni decir adiós lo que para mí supone una falta de educación, pero cómo voy a decir. Entro en casa tan desconcertada por lo ocurrido que no puedo disimular y mi madre pregunta, apenas me inclino a darle un beso.

—¿Qué te pasa?

Niego con la cabeza. Me siento tratando de entender y se lo cuento de tirón.

—No puedo comprender que me haya hecho semejante pregunta. Y, menos aún, su actitud. Mirándome de arriba abajo con un descaro absoluto. He tenido la sensación de estar desnuda frente a ella.

—Hay mucha gente loca suelta por ahí. ¿Qué aspecto tenía?

—Luego te lo cuento, voy a por un poco de vino, ¿te apetece?

—Preferiría un té, pero dadas las circunstancias, nos vendrá mejor el vino.

Isa está en la cocina viendo la televisión, me mira por encima de las gafas al ver que sirvo el vino.

—Vino en lugar de té, qué ocurre.

—Me ha pasado algo muy extraño, supongo que debe de ser una loca, pero su aspecto era perfecto, llevaba un Chanel negro con ribete blanco y blusa estampada a juego. No puedo entender que una mujer que viste así hable de esa manera barriobajera, y menos que se dirija a mí con esa pregunta.

Vuelvo a contarle y la risa de Isa me relaja.

—Los locos más peligrosos son los que menos muestra dan. Cuando hacen una barbaridad siempre dicen: “era una persona muy normal”. Aunque quizá no sea ninguna loca, puede que alguien con un sexto sentido.

—Oh, vaya, Isa eso no tiene gracia.

—Perdona, cielo, tienes razón, ¿La conoces, vive en la finca?

—No tengo idea, no la había visto nunca. Perdona, hasta luego, mamá está esperando el vino.

Ya las dos con la copa en la mano y mi madre insiste.

—Di, ¿cómo era?

—Pues... No sé, mamá, una señora exquisita, vestida de Chanel, impecable con...

Estoy tratando de recordar detalles, pero es su sonrisa y sobre todo sus ojos verdes, de mirada intensa y escrutadora lo que me viene a la mente. Y algo más, su perfume.

—Norma, por favor, ¿te has ido a alguna parte? Cariño parece ausente.

—No sabría decir qué perfume es el que lleva, desde luego ninguno de los que conozco, pero muy especial, embriagador sin empalagar, sugerente...

—Qué importa el perfume en este momento. ¿Es joven? Los jóvenes hoy en día no se cortan como antes, muchos parecen carecer de un mínimo de cortesía.

—No tiene tu edad, pero es mayor que yo. No sé, quizá ronde los cincuenta, no creo que llegue a cincuenta.

—Con esa edad y no conociéndote, es una locura que te haya dicho eso. En fin, cariño, olvídale, lo más seguro es que no viva aquí y no la vuelvas a ver. Conocemos a todas las vecinas, aun sea a la mayoría poco más que de vista, a ninguna supongo capaz de semejante ordinariez.

—¡Ordinariez! Es más que eso, mamá. Aunque no sé dar un calificativo apropiado porque cómo desligar las palabras de quien las pronuncia. Voy a darme un baño, necesito relajarme.

Pasan los días y no consigo olvidar a esa mujer, sus palabras, su sonrisa, su mirada y su perfume. He cometido la tontería de tratar de encontrarlo, mi búsqueda infructuosa solo me ha servido para perder el tiempo y enfadarme conmigo misma. Por supuesto, no lo he contado en casa, tanto mi madre como Isa me hubieran reñido. No tengo edad de que me riñan, pero una madre no deja de serlo aunque tú ya casi tengas edad de no ser madre. En cuanto a Isa, es como otra madre, nos atiende desde hace no sé los años. Se ocupó de mí

como una madre cuando todo ocurrió, a pesar de ser poco más que una cría. Así que se comporta como si fuese también mi madre para bien y para mal. Como Javier está unos días de vacaciones, creo que vuelve mañana, pero no estoy segura, he estado tentada de comentar lo sucedido con Susana, al final no lo he hecho. Es mi amiga, pero le cuesta guardar un secreto, y no quiero ser la comidilla en la redacción ni en ninguna parte. Mamá no soportaría que alguien murmurase, sufrió mucho temiendo los comentarios cuando mi bajón con lo de Lucas. No me dejaba salir sola a la calle, ella venía conmigo a toda hora y al principio hasta me acompañaba a la biblioteca y venía a recoger con Jacinto. Fue una época dura para ella y para mí hasta que lo superé.

Durante unos pocos años seguí trabajando de bibliotecaria a tiempo parcial en un centro cultural. Solo por colaborar en fomentar la lectura y de manera altruista. Un día vino a verme mi muy querido amigo Javier, es con quien más confianza tengo. Nos conocemos desde pequeños. Hay amistad entre nuestras familias que viene de muy lejos. Además, estudiamos juntos. Su tío, hermano de su madre, bien conocido y muy apreciado por mi madre; no tanto por mí, es bastante excéntrico, y la verdad es que entonces aún me ponía algo nerviosa. Es hombre de hacer muchos negocios y quería poner en marcha una revista digital de noticias. Javier me propuso participar en ello.

—Ya sé que no necesitas el trabajo, pero lo que haces tampoco es algo que te aporte mucho intelectualmente, salvo distraerte un poco a lo tonto unas horas al día. Esto no te obligará más, de hecho, podrás venir a la redacción a diario, pero si tienes problemas o quieres irte de fiesta o no quieres por lo que sea, no es necesario. Todo se puede hacer vía Internet.

—Por qué has pensado en mí, y tú mismo. Los dos hicimos periodismo, pero no hemos trabajado en ello. No tenemos experiencia, Javier. Bien que tu tío quiera emprender eso, pero qué sabemos de ese mundo tú y yo. Se puede ir al traste todo por culpa nuestra, no soy una irresponsable ni te considero a ti como tal.

—Pensé en ti de inmediato, eras la mejor del grupo, además, con quién podría entenderme mejor. Pero fue mi tío quien te mencionó antes de que yo lo hiciera. Te diré lo que sabemos y no me lo podrás negar. Somos inteligentes y tenemos la preparación necesaria. Estamos acostumbrados a leer mucho y entender razonando sin extremismos, y eso es lo único que tenemos que hacer. Leer, conocer de hechos que se salgan de lo normal, que no nos gusten o nos parezcan denunciados. Investigarlos, a base de lo que se haya publicado, y

darles forma, como si fuese un trabajo de los muchos que hacíamos cuando estudiábamos. Hicimos juntos bastantes de esos, tantos como para pensar que alguna experiencia tenemos. No serán noticias del día a día, ni nos tenemos que ceñir a un tipo de tema. Podemos abarcar absolutamente todo lo que queramos. Seremos la voz que clama en el desierto, sin pretensiones de ganar un Pulitzer. Es perfecto para nosotros y un privilegio, hacer periodismo libre es el sueño de cualquier periodista. Habrá gente para lo técnico y con la parte económica y organizativa no hay problema, algo sé del tema.

«Norma, estamos en una edad en la que necesitamos algo nuevo y estimulante para no oxidarnos. Tú metida en esa biblioteca que te vino bien, al principio te hacía falta hacer algo, luego porque te gustan los libros y más por echar una mano a la gente, vale, perfecto; pero ya está bien, ya has cumplido con tu cuota de caridad. Yo en el despacho con mi hermano, bajo sus órdenes como si fuese mi padre, por no haberme decidido a salir de allí. En fin, querida, hay que reconocer que ninguno de los dos hacemos nada que valga la pena. Tú por las circunstancias de tu vida, yo por acoplarme por mera indolencia. Nos ha faltado, no sé, puede que iniciativa o lo que es peor, vivimos sin ambicionar nada intelectualmente, ni tenemos aspiraciones de ningún tipo. Somos un par de pijos inteligentes y con buena formación, pero muy desaprovechados. Ahora esto nos abre un frente nuevo que puede ser atractivo, dinámico y, por otro lado, no será agobiante, que ninguno de los dos queremos eso. Y bien que tampoco nos puede mover hacerlo por dinero, pero no le amarga a nadie un dulce y tendremos buena compensación. Yo como director y tú como redactora jefe. Buscaremos una plantilla de gente joven, lo que supone dar trabajo y esperanza, pueden ir curtiéndose. Habrá que tener a alguien con más veteranía, que ya se haya movido por ahí, nos vendrá bien si necesitamos apoyo. Los que empleemos serán los que trabajen de verdad, y harán cuando sea preciso la investigación de campo. Nosotros estaremos ahí echando una mirada, supervisando, corrigiendo, decidiendo; en fin, lo que hacen los jefes, pero con un cometido más entretenido si lo comparamos con lo que hacemos, además, estudiamos periodismo porque nos atraía. Es hora de que nos pongamos a ello.

—Lo que más nos atraía eran las películas de periodistas, nos sentíamos protagonistas en Todos los hombres del presidente, Ciudadano Kane... La verdad es que me siguen gustando.

—Tenemos que repetir alguna sesión como aquellas, recuerdo que Isa no

nos hacía bastantes palomitas por lo nerviosos que nos poníamos. Fíjate, solo por recordar eso estamos los dos sonriendo. Norma, no lo dudes, volvamos a sentirnos así, jóvenes y con ganas de ocupar la primera plana. Además, si tú no aceptas, yo tampoco.

Siempre me he entendido muy bien con Javier, es encantador, le quiero mucho y él a mí. Aquel día volví a sentir el calor y el bullicio de la universidad. Y eso fue como una vitamina. Lo necesitaba, después de lo mal que me quedé por lo de Lucas y lo mucho que me costó arrancar de nuevo, lo de bibliotecaria me ayudó, pero era cierto que estaba ahí como en plano, no me aportaba gran cosa, y pensé que me vendría muy bien. Acepté tras comentarlo en casa, en realidad lo dije ya como decidido, aunque nunca tomo decisiones importantes sin comentarlo. A Isa le pareció perfecto, su opinión cuenta como una más. A mi madre no tanto y temí que no quisiera.

—Guillermo es un gran emprendedor, pero muy inconstante si no ve resultados rápidos. Ha emprendido cientos de negocios, sin importarle el riesgo porque le ha sobrado siempre el dinero. Y hay que reconocer que en algunos ha tenido un éxito exagerado que ha suplido pérdidas millonarias en otros. Eso de una revista digital no puede dar mucho rédito y en cuatro días puede cansarse y dejar de emitirlo. Y vosotros os quedarías desilusionados y puede que hasta frustrados. Cariño no creo que te convenga arriesgarte, claro que tratándose de Guillermo decirle que no sin más, tampoco es apropiado. Le invitaré a comer y que nos cuente de qué va ese asunto. Aunque me temo que Javier ya te ha convencido. En el peor de los casos, podréis consolaros mutuamente si no sale bien. Ya veremos lo que nos dice.

Yo no lo conocía tanto como mi madre, porque era mayor que ella y lo normal es que te reúnas con la gente de tu edad más o menos. Así que, aunque habíamos coincidido en muchos eventos, incluso asistido a alguna fiesta en su casa o en la de los padres de Javier, y él ha venido a la nuestra cantidad de veces. Mi relación con él ha sido a distancia y más por su apariencia que otra cosa. Acudió encantado a la comida con su nueva amante, a la que presentó como le era habitual sin ningún pudor. Una chica de unos treinta, es decir, que él le doblaba la edad y más. Muy mona, pero apenas abrió la boca y no sé si por prudencia o por tonta. Guillermo sigue casado con su mujer que sabe de sus líos, y viviendo en la misma casa, un caserón enorme en una urbanización de mucho lujo, aunque pasan más tiempo en el campo que ahí. Hacen vida familiar y tienen varios hijos, menos uno que sigue soltero, todos viven aparte,

están casados. Si organiza una fiesta, su mujer es la que está al frente, es la señora de la casa y a quien conoce todo el mundo como tal y es muy apreciada, pero la amante es invitada. El ático de aquí lo compró él y tuvo a una amante o dos viviendo una temporada. Una situación que a mí siempre me pareció un tanto escandalosa, pero mi madre no lo veía así; a pesar de ello, le dijo que no era prudente alojar ahí a su amante y ya no lo hizo más. Nunca he llegado a entender la especial relación que tiene con él, no es que sea especial por rara, es normal como la de muy buenos amigos. Se conocen de siempre y si mamá le llama, él acude de inmediato aunque esté en Japón. Y tan normal comenzó a preguntarle en cuanto nos sentamos a tomar el aperitivo.

—Dime Guillermo, tú eres de hacer cosas nuevas, pero ya hay mucho en Internet, esa revista no supone nada nuevo. Vas a ilusionar a tu sobrino y a mi hija con algo que quizá dejes de hacer a los cuatro días porque dudo que pueda tener rentabilidad. Javier es más fuerte, pero también puede afectarle la desilusión que seguro que sufriría Norma.

—Tranquila que eso no ocurrirá. Norma es más fuerte de lo que tú crees. Y no es rentabilidad lo que busco. El dinero no siempre es lo importante. Si no fuera a ser algo novedoso, no lo haría, querida Davinia. Distant News, ya eso es novedoso. He puesto el nombre en inglés por más internacional, será diferente precisamente por no ocuparnos de lo cotidiano ni de entrada de lo de casa. Más diferente aún, por no estar ligada a ningún partido ni, sobra decirlo, ideología alguna. Sabes que no me interesa la política, aunque tengo amigos políticos no me fío de ninguno de ellos.

«Cuando se me ocurrió esta historia, en quien primero pensé para estar al frente fue en tu hija. Qué hace en ese sitio que parece una beatería, en su momento, para animarse un poco después de la desgracia, perfecto. Pero eso ya está superado, y ella no puede perder el tiempo en un sitio así, tiene que hacer algo con más vida, está preparada para ello y es lo que necesita. Aún recuerdo a Javier leyendo artículos que había escrito con ella, más ella que él. Y ya entonces pensaba, ahí hay talento. Voz crítica, alguien que piensa y razona, sin ideas preconcebidas ni contaminadas, pero con sólidos principios.

«Luego recapacité, Javier es mi sobrino y mi ahijado, mi hermana no hubiese entendido que fuese tu hija y no él quien dirigiera. Aunque estoy seguro de que lo harán todo a la par. Y esto no lo digo por decir, querida Norma, sé que le ayudaste a llevar adelante los estudios, él hablaba de ti a toda hora, decía que sin tu ayuda no hubiera terminado, aún lo dice. He dicho

que no me interesa la política, pero sí la gente que vive oprimida por la política o por lo que sea. Así que se tratará más de buscar noticias de otros países, de aquellos en los que hay dictaduras o cualquier tipo de régimen opresor. Puede que en nuestro entorno haya empresas o instituciones que funcionen como esos mismos estados o peor, o cualquier hecho que suceda y podamos hacer denuncia de ello. Una manera de ayudar al mundo.

«Hacemos mercadillos y todos participamos, aportamos a fundaciones o lo que sea, dando algo de lo que tenemos para paliar el hambre o diferencias. Bien, pues esto es otra manera de ayudar al mundo. Nuestras familias han sido de dar y eso hacemos, evolucionando con la tecnología actual y siempre mirando por la gente...

Fueron casi cuatro horas las que estuvo en mi casa y me convenció de que valía la pena llevar a cabo lo que quería, no solo eso. Dejó de parecerme un excéntrico a pesar del traje verde manzana que llevaba, el chaleco de florecitas y los calcetines a cuadros. Su ropa es de llamar la atención, de gran calidad y muy poco discreta. Hasta vi bien que tuviera una amante sin ocultarla y sin que eso fuese causa de una ruptura familiar. Y la verdad es que fue todo un acierto, Javier y yo nos sentimos muy a gusto con el trabajo y la revista funciona, son casi diez años los que estamos al frente, hoy en día tenemos varias marcas que la patrocinan. Los primeros años Guillermo cubría todos los costes, pero hemos logrado hacernos un hueco y tener cierto reconocimiento. Así que puedo decir que soy periodista de opinión y no lo hago mal.

Ya han pasado tres meses cuando la vuelvo a ver, justo al ir a entrar en la portería. Antonio, el portero, nos saluda a las dos con su habitual amabilidad y se apresura a darnos a cada una el correo. Eso me confirma que vive aquí. Aunque entro en el ascensor después que ella y tengo que bajar antes, me sitúo en el fondo. Se gira y me mira, no con descaro, no burlona. Su sonrisa es fascinante y en su mirada hay cierta ternura. No dice nada y me ruborizo, porque no quiero mirarla y no puedo apartar la mirada. Vuelve a sorprenderme y su voz me suena a música.

—¿Tomamos un café mañana? En la cafetería de la esquina, a las cinco.

El ascensor se detiene y bajo sin responder. Si me desconcertó la otra vez, ahora más, y el perfume que lleva me hace aguantar la respiración, quiero retenerlo.

Mamá está leyendo, aparte de ir de visitas o recibirlas, son muchas horas

las que dedica a leer o a tocar el piano. Voy directa a mi cuarto para cambiarme, vuelvo y el té está ya servido. Me inclino a besarla y murmuro.

—Mañana iré a tomar café a la cafetería de la esquina, a las cinco.

Mi madre es una mujer con experiencia por la edad, además me supera en inteligencia y me conoce, no solo por haberme parido, tiene una capacidad especial para conocer a la gente. Lo cual le lleva a apartarse de quien no considera adecuado, no por ser más o menos digno, más bien por no ser compatible con ella. Puede tener una relación superficial, pero nunca profundizará con alguien incompatible con su manera de ser. Es mirar a los ojos y lo sabe, si es a mí siempre acierta en lo que entiende.

—Una cita, eso es mucha novedad, cariño. Entiendo que estés nerviosa. ¿Quién es él?

—Ella, la mujer extraña del ascensor. Vive aquí.

—Ah, habéis hablado y has hecho las paces, me parece bien siendo vecina.

—No he hablado nada y no sé si tengo que hacer las paces o no.

—¿Te ha dicho Antonio que vive aquí? Norma, ¿por qué no me lo cuentas? Y claro que se lo cuento, total una frase.

—No le has dicho que irás, pero vas a ir, por qué.

—No lo sé, mamá, es... Fascinante es la palabra, y tiene un control increíble. Sabes que soy discreta y controlo mis emociones en público, pero ella es pura fuerza, estoy segura porque la trasmite, emana de ella sin hacer esfuerzo. ¿Piensas que no debo ir?

—Por supuesto que sí, cariño, nada vas a perder, si no te parece bien tener relación o amistad con ella, lo tienes fácil. No vuelvas a tomar café con esa vecina. ¿En qué piso vive? Y otra cosa, ¿cómo se llama?

—Lo averiguaré mañana. Qué te parece que puedo ponerme.

—Para ir a tomar café, por Dios, Norma, no creo que necesites mi consejo. Si dejamos a un lado tu manera de vestir a diario de la que prefiero no hablar. Sabes perfectamente ir adecuada a cualquier parte. Cómo iba hoy vestida.

—Chaqueta muy corta y falda por debajo de la rodilla en burdeos, de crepé de lana. Puede que de Dolce y Gabbana. Desde luego de lujo, sin alardear, pero costoso todo, el bolso precioso. Es una mujer con mucho estilo, la ropa parece que forme parte de ella. Es evidente su buena posición.

—Si vive aquí es porque podrá permitírselo y lo mismo el vestir. Ponte lo

más cómodo que tengas de Armani.

—Por qué.

—Por no parecerte a ella que, por lo que dices, va muy sofisticada, y relájate, por favor. Aunque un poco extraña, solo es una mujer, y no tienes que aparentar nada, sé tú misma.

Al final, sí me visto como mi madre quería. Un pantalón negro estrecho y una chaqueta jaspeada en rosa sin nada debajo, salvo el sujetador. Ya la tengo un par de años y me siento cómoda con ella. Para ir al trabajo, a diario aunque no trabaje, suelo llevar faldas largas o pantalones anchos muy fluidos, camisetas o camisas sueltas con chaquetas largas con bolsillos en los que meto de todo, zapatillas o zapato plano, voy muy informal, me gusta ir cómoda, así es como me ha visto las dos veces que nos hemos encontrado. Hoy, siendo cómodo es más sofisticado y llevo zapatos de tacón. Me siento a gusto porque ya lo he usado, cuando estreno algo me cuesta adaptarme. Pensaba ir con retraso, pero mi madre es muy inglesa en eso, mi abuela materna era de origen inglés, así la educó y ella a mí. Así que a las cinco en punto entro en la cafetería y ahí está, mirándome. Me quito las gafas de sol y con ellas en la mano me acerco, tengo la sensación de que me está desnudando, tan fija mira.

—Hola.

—Hola, Norma, eres muy puntual. Siéntate, por favor.

—Sabes mi nombre, yo no sé el tuyo.

—Qué quieres tomar.

—Un té.

—Ah, claro, tienes ancestros ingleses.

—No solo toman té los ingleses. Qué más sabes de mí.

Cuando me enfado suelo hablar con frialdad y así me ha salido. La veo sonreír ladeando la cabeza y me encandilo con su gesto. El camarero ha llegado, y le pide té para las dos y unas pastas.

—Sé algunas cosas, aunque supongo que no todo. Mi nombre es Lana María, no he usado nunca lo de María, me suena postizo. A mi padre le gustaba una actriz con ese nombre, y mi madre decía que había estado muy acertado en elegirlo porque me parecía a ella. No sé si sabes de esa actriz, Lana Turner.

—Que ahora recuerde, he visto El Cartero siempre llama dos veces, las dos versiones, protagonizó la primera, aunque no sé si es cierto que te pareces a ella.

—Sí, y fue una buena actriz, que al igual que otra gente tuvo una vida borrascosa. A uno de sus amantes, un gánster maltratador, lo mató su hija de 14 años, en defensa de la madre. Salió libre, pero todo fue muy escabroso. Años después publicó una biografía la hija, en la que dijo que había sido violada por varios de los amantes de su madre, incluso uno era marido. Nada es blanco o negro, siempre hay matices a considerar. ¿Por qué te pusieron Norma?

—Lo eligió mi madre, le gusta la ópera.

—¿Y a ti te gusta la ópera?

—Aunque no tanto como a ella, de la ópera Norma, me encanta el aria Casta Diva. ¿Por qué me has contado eso de Lana Turner?

—Para que te relajes un poco, parece que sigues tensa. ¿Tanto te molestó lo que te dije el primer día?

No sé si levantarme y salir pitando, está claro que no voy a dominar la situación. Mi madre podría, pero yo no estoy a su altura, pero si no enfrento la situación seguro que me reñirá, no es de dar voces, pero me riñe. Tomo un sorbo de té, necesito tiempo para dar la respuesta adecuada, más bien en el tono adecuado. Al final opto por preguntar.

—¿Te pareció normal preguntar eso sin conocerme?

Me desarma su sonrisa.

—Crees que no te conozco, te equivocas. Te he visto varias veces, ya sabía mucho de ti, y me sentía atraída por ese aspecto desaliñado de profesora universitaria o reportera americana que sueles llevar. Así que para mí no eras una desconocida, al contrario, alguien a quien ya apreciaba. Me gusta tu pelo desordenado, la manera de caminar rápida y un tanto insegura. Tienes una boca preciosa. Hoy vas de señorita y bien peinada, te sienta bien.

No sé qué decir, su tono de voz ha sido acariciante y un hormiguelo me recorre el cuerpo, y como no sé qué decir, cojo una pasta y la oigo reír. No la veo porque no la miro, mi empeño está en comer a diminutos bocados la exquisita pasta con la mirada clavada en la mesa y sé que me he ruborizado.

—Por qué te comportas como una cría.

Tanto me he concentrado que sin decir he logrado alterarla o eso me parece, por el tono, y ahora sí miro y la veo seria. No me ha gustado lo que me ha dicho y vuelvo a preguntar sin responder.

—¿En qué piso vives? No sabía que hubiera alguno para alquilar o vender. Y ella vuelve a sonreír y lo hace con ironía, estoy segura de que ya se ha

dado cuenta de que pregunto por defenderme.

—No lo he comprado ni alquilado, simplemente vivo ahí, en el ático.

No reprimo el gesto de sorpresa.

—El ático es de Guillermo Solano.

—Sí, de tu jefe puesto que es el propietario de Distant News.

No sé por qué he tenido que ruborizarme otra vez justo ahora, sí lo sé, me ha venido al pensamiento que Guillermo antes alojaba a su amante. Y me pregunto si ella lo es. Como no se me ocurre nada cojo otra pasta. Y ella vuelve a reír y sigue a eso sin decir una palabra en un buen rato. Quizá no es tanto, los segundos parecen largos minutos. No percibo que ha llamado al camarero hasta que llega y le da la cuenta. Por lo visto se ha cansado de aguantarme o de aguantarse. No lo sé, pero me siento idiota. Ha pagado y se levanta, yo también con cierta precipitación. Se ha puesto las gafas de sol cuando ya no hay sol.

—Vamos, te enseñaré el ático. Nos tomaremos una copa allí, y podrás fumar en la terraza.

La sigo muda por la sorpresa y por no saber cómo negarme. Apenas estamos a cinco minutos del portal de la finca. Antonio nos abre la puerta con su mejor sonrisa, ella corresponde saludándolo, yo apenas le hago un gesto. No sé ni qué cara pongo. En el ascensor no se ha dignado decirme nada y yo menos, claro.

En todas las plantas hay solo dos viviendas, son muy grandes, el ascensor abre al rellano. En el ático no, solo es una vivienda y abre ya dentro de ella. Mi casa no tiene nada que envidiar a ninguna por comfortable que sea, está amueblada con gusto y alta calidad. Lo que estoy viendo se sale de lo conocido, es diseño vanguardista con mínimos toques clásicos. Cuadros y esculturas de autores de renombre y antigüedades. Todas las estancias son enormes y sin puertas en lo que cruzamos desde el recibidor a la terraza, como formando un gran salón, ideal para hacer fiestas. Maniobra con un mando y se encienden las luces y unas estufas que hay en la terraza que tiene jardín y piscina, una parte acristalada y otra descubierta. Cierro la boca que tenía abierta al oírla.

—Voy a cambiarme, ahí tienes el bar, sirve lo que quieras. Si necesitas algo, el teléfono que hay es para hablar con el servicio.

El bar es casi como un bar, hasta el mismo tipo de cafetera, de menor tamaño. He puesto vino para las dos, y con la copa en la mano recorro el

jardín. Hay plantas exóticas, algunas con un protector, como un pequeño invernadero, todo en extremo cuidado. La piscina tiene forma de concha, es ideal y presiento que el agua está caliente por el ligero vaho. La toco, en efecto. Debe de ser una delicia bañarse en invierno y estando en casa en pleno centro.

—Veo que has decidido que tome vino. Me gusta.

Vuelvo sobre mis pasos mirándola como ella suele mirar, no tanto, no soy de mirar tanto. Debiera porque se ha puesto lo que no sé si es un vestido de fiesta o solo una bata. Es de seda, color marfil con pronunciado escote, parecido a los vestidos romanos y hasta más allá de los pies, roza el suelo y va descalza, lo veo porque se ha sentado y se da cuenta de que estoy mirando sus pies. Yo no me pinto las uñas en invierno, ella las lleva perfectas de color rojo vivo.

—Puedes quitarte los zapatos, el suelo está muy cálido y es mejor andar descalza. Guillermo sabe vivir, sabe muchas cosas, pero de lo que más sabe es de vivir. Supongo que te habrás preguntado si soy su amante. Lo fui en algún momento, ahora ya estoy mayor para ser su amante. Llega una hora en la que tienes que saber cuál es tu lugar. Los hombres suelen perder el norte por jovencitas, tratando de encontrar la juventud que ya no tienen ni tendrán.

*“Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro
y a veces lloro sin querer”.*

—Eso es de Rubén Darío, si no recuerdo mal. Recitas muy bien. ¿No crees que algunas mujeres hacen lo mismo que los hombres?

—¡Claro que las hay! Y la mayoría hacen el ridículo y se someten a operaciones que ellos no necesitan. Un hombre con sesenta años o más puede ser muy atractivo para una veinteañera y satisfacerla plenamente en la cama. Una mujer con sesenta, rara vez puede ser lo mismo para un muchacho de veinte, aunque sea capaz de aguantar el juego sexual. Yo me casé con veintitrés con un hombre de sesenta y dos. Y puedo asegurarte que no necesitaba más de lo que él me daba, no porque no tuviese yo apetito, sino que a él le sobraba vigor. Dicen que cuando nos decidimos por un hombre mayor es porque buscamos al padre. Mi padre murió siendo yo demasiado pequeña, apenas

había cumplido los diez. Al igual que tú me crie sin padre. Pero no me casé por eso, me volvía loca el juego sexual, además me enamoré, aunque el amor vino después de casada.

He terminado la copa y voy descalza hasta el bar y cojo la botella. Entremedia donde estamos sentadas una pequeña mesa y es donde tenemos las copas, pongo un poco en la suya y en la mía más de lo normal. Me desquicia esta mujer, no sé el porqué me cuenta eso y, menos aún, por qué menciona que me crie sin padre. Está esperando que diga algo y eso me lleva a sentirme peor. Vuelvo a pensar que estoy desnuda frente a ella. Bebo y no poco.

—Por lo visto Guillermo ha sido tu fuente de información, además de mi jefe, es muy amigo de mi madre, debería ser más prudente. No es asunto tuyo si me crie sin padre o no.

—Te equivocas, no ha sido Guillermo. Fue tu padre.

La copa se me ha caído de las manos y se ha roto. Hace un gesto para que no me mueva. Va al teléfono y llama, apenas en nada llega una asistenta con carro de limpieza, primero con un aspirador y luego con otro distinto, ha dejado el suelo perfecto. Ella ha estado de pie todo el rato observando por si quedaba algo, yo sentada y avergonzada.

—Gracias, Lola, por favor, di a Luisa que seremos dos a cenar.

En cuanto se retira la asistenta digo.

—Lo siento, creo que debo marcharme.

—Vas a cenar aquí. Y no te preocupes por la copa, hay muchas. Guillermo organizó esto, la distribución, mobiliario y todo, para celebrar fiestas, saraos con la amante del momento. No creas que esas fiestas son orgías sin más, más bien lo menos; un adorno estimulante o provocador. Hay muchos importantes negocios que se acuerdan en esos eventos. Luego cambió de parecer, pero lo ha mantenido igual y está todo asegurado, hasta esa copa. Así que tranquila.

Ha servido otra copa de vino para mí y me ha ofrecido un cigarrillo. Fumamos las dos sin hablar en un buen rato, es tan extraño todo. Sé que tengo que preguntar de qué o por qué conoció a mi padre, pero no me atrevo. No es por preguntar, es que no sé si quiero saber, aunque sí quiero saber, tengo miedo, siempre me ha dado miedo saber. Respiro hondo, cojo aire para darme fuerza y pregunto.

—¿Fuiste su amante? ¿Fuiste amante de mi padre?

He puntualizado en mencionar a mi padre, no quiero dar pie a error en su respuesta. Sus ojos verdes parecen ahora infinitos, tan prendada estoy de su

mirar hipnotizante que no respiro esperando la respuesta. Y está seria, muy seria.

—Parece que tu madre no te ha contado nada de lo que debió contarte.

Dejo la copa precipitada, y busco los zapatos. No voy a permitir que mencione a mi madre ni la juzgue. Cuando ya casi los tengo veo su pie con uñas rojas golpeándolos y alejándolos de mi mano. La miro con ganas de gritar.

—Vas a cenar aquí, no necesitas los zapatos aún. ¿De qué tienes miedo? Es evidente que lo tienes.

Siento el rubor y me enfado conmigo misma por ello.

—Ven, te enseñaré el resto de la guarida, Guillermo lo llama así.

No sé qué me mueve a obedecer, quizá es que su sonrisa vuelve a ser tierna o es su mano tendida y sin ser muy consciente alargo la mía. Me la coge y me besa la palma. Si no estaba desconcertada, ese gesto me lleva al desconcierto total, hasta me estremezco. Pero me voy relajando mientras me enseña las seis habitaciones para invitados, dos salones más pequeños con mobiliario más clásico y ambiente familiar, un enorme despacho, un comedor tan grande que parece una plaza, otro pequeño, y la que dice es su habitación. Hay una enorme cama redonda y con un mando abre una ventana sobre ella, en el techo, y es el cielo ya plagado de estrellas lo que veo. Apaga las luces y me lleva hasta la cama.

—Échate, estar acostada bajo las estrellas es algo que te trasporta al lugar que quieras. En verano incluso sin el cristal. ¿No es maravilloso? Ya te he dicho que Guillermo sabe vivir.

Ha vuelto a encender las luces y la sigo hasta el baño, descomunal como casi todo, con una bañera enorme redonda y sauna. Después nos acercamos a la cocina y otra vez no tengo palabras, es tal cual la de un restaurante.

—¿Cómo va la cena, Luisa?

—El primero ya está en la mesa, señora. Espero a que empiecen para emplatar el segundo.

—¿Has preparado el postre que te pedí?

—Claro, señora.

—Gracias. Vamos a cenar.

Antes de sentarme a la mesa he ido al baño, tentada de meter la cabeza bajo el chorro del grifo, me limito a respirar hondo varias veces. Durante la exquisita cena, Lana pregunta por mi trabajo y hablando de ello me relajo del

todo. Cuando terminamos de cenar y pasamos a uno de los salones pequeños para tomar el café, ya soy dueña de mí misma y estoy segura de que ahora algo me contará de mi padre. No dudo en preguntar sin que me tiemble la voz.

—¿Qué es lo que sabes de mi padre y supones que yo no sé?

—Puede que todo. El hombre con el que me casé fue abogado de tu padre y mi maestro en la profesión, fui su ayudante unos años, hasta que murió. Era amigo íntimo del padre de Guillermo y con él tenía una gran relación. Mi relación con Guillermo viene de entonces, le conocí en mi boda.

—¿Estudiaste derecho?

—Sí, igual que tu padre. Él también comenzó de la mano de Anselmo, mi marido. Antes de abrir su bufete pasó unos años con Anselmo. No perdieron la amistad ni el contacto profesional. Tu padre, en principio, era el heredero de una herencia considerable, eso supongo que lo sabrás. Anselmo se ocupó de poner en orden todo y organizar la empresa que lo tenía que administrar. Hoy aún sigue de beneficiaria tu madre, con la misma administración controlada a través de una empresa de gestión de negocios, que pertenece a Guillermo, y desde hace algún tiempo dirijo yo.

Debo de tener cara de boba porque vuelve a exhibir esa sonrisa tierna que me impide pensar mal de ella.

—No entiendo nada de lo que estás diciendo. Guillermo es amigo de mi madre y supongo que le habrá asesorado en algún momento, pero los asuntos de casa los lleva el despacho de Víctor, que es sobrino suyo, y ahí no tiene él parte porque ese despacho era del padre de Víctor.

—Sí, así puede que sea en cuanto a lo suyo privado. Pero la herencia de tus abuelos paternos es punto y aparte, la empresa de gestión que dirijo es la que gestiona y lo hace indirectamente, porque está la que al principio se formó para administrar. Los administradores en realidad se ocupan del trabajo, pero no deciden nada que sea importante. Es más, en última instancia, en caso de conflicto o enfrentamiento de los administradores con los gestores, sería yo la que decidiría.

—¿Y mi madre no podría hacerlo?

—Tu madre tiene el usufructo de los beneficios, no la administración ni, por supuesto, la gestión. La propietaria real eres tú, aunque solo lo serás del todo cuando tu madre muera o renuncie al usufructo. ¿Qué bienes tienes a tu nombre?

Estoy aturdida, sé que mamá tiene el usufructo de lo que era de mi padre,

pero se me escapa lo que es en realidad. Jamás he pensado en eso, y ahora estoy aquí con una desconocida que sabe más que yo, y además pregunta. No debería responder ni hablar de esto con ella, aparte de que, según mamá es una vulgaridad hablar de propiedades o dinero, es algo privado. Eso pienso y, sin embargo, respondo.

—El piso en el que vivimos está a mi nombre. Cuando mi madre heredó de mis abuelos yo también heredé, además de un legado, una parte de la finca era mía y la vendió. Guillermo, que era mi tutor entonces, se lo aconsejó, y compramos este piso. Antes, desde que se divorció, vivíamos en uno que era de los abuelos. Ese piso, junto con otros tres los heredó ella y están alquilados. Tengo unas rentas por otro legado de mis abuelos paternos. Además, ella me asignó un fideicomiso. En realidad, no uso nada de todo eso. Todos los gastos los paga mi madre y me da dinero si lo necesito, mejor dicho, lo cojo de la caja y se lo digo, no me ha puesto nunca una cifra tope ni fecha, no tengo edad de tener una asignación. Incluso ahora que cobro por mi trabajo, sigo igual. Cojo lo que me hace falta con toda libertad. Ella bromea con eso, dice que así no la echaré de casa.

—En broma o no, así es, hoy mismo podrías echarla.

—No sé porqué estoy hablando de mi economía contigo, son cosas privadas que... No tiene sentido que las hable contigo, aunque seas lo que seas en esa empresa de gestión. ¿A qué viene todo esto, Lana?

—Viene a que me preocupaba lo que pudieras saber, ahora que lo sé, me preocupa tu ignorancia.

—Por qué, no tengo ningún problema ni lo he tenido. Mi madre se ha ocupado o quienes sean que estén al cargo, tampoco ella necesita realmente ocuparse de nada. Tengo cuarenta y dos años y salvo la compra del piso, que en parte se hizo por lo que me donó mi madre, nunca he tenido que ocuparme de ningún asunto ni hacer nada. Trabajo por distraerme.

—Cierto, no tienes necesidad económica de trabajar y vives como una adolescente, acudiendo solo a fiestas con mamá que no suelta las riendas, y te hace vivir sin llamar la atención, para no atraer a posibles buscadores de herederas. Pero en el momento en que muera tu madre, serás una mujer muy rica y muy ignorante. Sin tu madre al lado, que sí que sabe bien lo que maneja, estarás expuesta a cualquier sinvergüenza que quiera aprovechar el momento de tu soledad. Solo por eso, y sin contar otros problemas que surgirán sin

remedio, necesitas estar al tanto de todo antes de que tu madre muera o pueda no tener las excelentes facultades mentales que aún mantiene.

Me estremezco, pensar en la muerte de mi madre es algo que me trastoca. Como si lo supiera y quisiera paliarlo, vuelvo a ver su tierna sonrisa.

—Si todo eso que acabo de decir es importante, no lo es menos, lo ignorante que estás con respecto a lo sucedido con tus padres. Prueba de ello es que has sido capaz de preguntarme si fui su amante. Tu padre era gay. Y no voy a decirte nada más, de momento. Pienso que tu madre te debe una explicación. Eres una niña bien, Norma, una buena hija con una sólida educación y formación. He podido apreciarlo por tus artículos en la revista, me gustan. Pero vives en la inopia con respecto a tu familia, tanto en lo personal como en lo económico, y eso te afecta hasta el punto de que algo falla en ti, ¿te ha empotrado alguien alguna vez?

Pierdo los papeles, por lo último y por todo. Salgo del ático sin decir adiós y sin zapatos. El bolso sí porque lo había cogido para ir al baño y lo tenía cerca. Bajo por la escalera muy desquiciada y sin saber qué decir a mi madre que seguro está ansiosa esperándome. No entro en la sala, no quiero que vea que voy descalza. Asomo la cabeza y me excuso con lo más simple.

—Hola, mamá, me hago pis, ahora vuelvo.

Capítulo 2

Me he duchado por relajarme, y ya en pijama vuelvo a la sala, huelo la manzanilla antes de entrar, antes de acostarnos solemos tomarla. No me apetece y voy directa a servirme un wiski.

—Norma, no debería decirte nada, cariño, pero me has tenido intranquila. ¿Te ha sido imposible mandar un mensaje?

—Lo siento, mamá, no lo he pensado. ¿Por qué te divorciaste de papá?

Mi madre es capaz de no inmutarse así pase un elefante por encima de ella, pero algo alterada está porque rehuye la respuesta. Trata de ganar tiempo, eso me lo ha enseñado a mí, pero ella lo sabe hacer sin pensar y mejor.

—Hace treinta y nueve años que estoy divorciada, nunca has hecho esa pregunta. ¿Ha sido esa mujer la que te ha movido a ello? ¿Has estado con ella hasta ahora? Son muchas horas para tomar café.

Termino el wiski y me pongo otro. No temo a mi madre, para nada, pero sí temo lo que pueda decir. Y sin palabras me quedo, se levanta, me besa dándome las buenas noches.

—Mañana hablaremos, cariño, es tarde. No bebas más, por favor. Buenas noches.

Petrificada me he quedado. Por suerte, con un tercer wiski y lo que ya llevaba bebido, medio borracha he llegado a la cama y duermo de tirón. Me levanto con la boca pastosa y ojerosa. Suerte que hoy es sábado y no voy a la redacción. Si no voy al trabajo suelo desayunar en pijama. Hoy me ducho antes, necesito despejarme bien para atender lo que pueda decirme. Cuando llego al comedor veo solo un servicio, voy a su habitación y ya está arreglada. Me acerco a la cocina.

—Isa, ¿dónde está mamá? Has puesto solo un servicio, ¿ha desayunado ya?

—Tu madre ha dicho que te levantarías tarde, ya veo que no ha sido así.

—¿Dónde está?

—No lo sé, ha salido.

—¡Venga ya! Tú siempre lo sabes todo.

—Algo sé, pero bien poco. Ha llamado a Jacinto, eso significa que necesitaba el coche, o sea, que no ha ido a misa.

—Tienes muchas ganas de guasa y yo muy pocas. Hace un siglo que no vamos a misa, si no es por un entierro o una boda. Oye, ¿conoces a las asistentas del ático?

—No, sé que alguien hay ahí, porque he visto los coches en el garaje, pero no las he visto.

—¿No has coincidido bajando o subiendo?

—El ático no comparte el ascensor de servicio, tiene uno privado que va directo desde el garaje.

—Un ascensor privado, ¿desde cuándo?

—Ya sabes que fue gracias a tu madre que dejó don Guillermo de meter ahí a sus líos. Pero por si surgía que lo necesitara, ella le dio la idea del ascensor privado, y lo instaló con permiso de la comunidad, aunque no gratis. Las puertas nuevas del garaje las pagó él y todos contentos. A fin de cuentas, corazón que no ve... No me acuerdo cómo sigue.

—No te acuerdas porque lo has empezado mal: “ojos que no ven, corazón que no siente”. Entonces, nadie que viva en el ático necesita entrar por la portería, ¿es así?

—Así es si llega en coche o entra a pie por el garaje. Además, la puerta está en lo que son las plazas de garaje de don Guillermo, que tiene ocho, y hasta ahí no llega ningún coche que no sea suyo o de quien él quiera que aparque, porque hay barrera. Al estar al final se lo permitieron, bueno, por eso y porque ese hombre consigue todo lo que quiere. Si tiene que pagar paga, millones le sobran.

—Por qué crees que mamá tiene tanta amistad con él, con lo raro que es, nunca he llegado a entenderlo.

—Porque es un buen hombre, tiene sus cosas, pero es muy buena gente y aprecia bien a tu madre desde..., viene de lejos la relación con la familia esa. Tú mejor lo puedes saber, has pasado y pasas media vida yendo con Javier a todas partes.

—Hay mucha buena gente con la que mi madre no tomaría un café, y en

cambio con él, con todas sus rarezas, parece que son uña y carne. ¿Qué opinas?

Se había sentado como con ganas de cháchara y ahora se levanta de golpe.

—Opino que tú tienes muy poco quehacer y yo mucho. Te preparo el café, lo demás lo tienes en el comedor. Voy a poner en orden tu habitación y luego puede que vaya a comprar pescado, no sé lo que querrá tu madre para cenar, pero el pescado siempre le cae bien y si no lo quiere lo congelaré. ¿Qué haces ahí parada? Toma el café.

Cojo la taza, pero no me marchó, me arriesgo.

—¿Sabías que mi padre era gay?

Con los ojos como platos se ha dejado caer en la silla, como aplastada por un rayo maléfico y pienso que sí lo sabía.

—¿A qué viene eso, Norma? Hace mucho, muchísimo que tu padre murió, a qué sacar ahora los trapos sucios.

—O sea, que sí lo sabías.

—Cómo no iba a saberlo. Llevo en la casa más años que tú tienes, empecé con tu abuela, y luego con todo el problema. Tu madre necesitaba a alguien de confianza a su lado y me mandó a mí. Lo que ha llorado esa mujer, no hay tanta agua en los ríos. Pero de puertas adentro. Hacia afuera, pasado el trance, tu madre ha sido una roca. Maduré de golpe, yo solo tengo tres años menos que ella y la vi crecer volando. Creció con la fuerza que da el dolor, y aprendió a sonreír cuando aún lloraba por dentro. Todo para que tú vivieras sin ver una lágrima en sus ojos, sin oír una queja hacia él, decía que era importante que no tuvieras complejos ni resentimientos.

«Lo que no entendí, porque tu padre parecía un buen hombre, por eso no entendí en aquel entonces que la preñara siendo él lo que era. Luego lo supe, con el tiempo todo se sabe, tu abuelo le había dado orden de casarse y tener descendencia antes de que se supiera lo que era. Y eso hizo, cumplir la orden o perdería la herencia. El dinero mueve montañas, cielo. Por entonces, yo era tan ignorante, que pensaba que si era eso no podía cumplir con lo otro, vaya si cumplió, buena prisa que se dio. Y damos gracias todos porque tú estás en el mundo y eres una bendición, pero ella pudo ser feliz y no lo ha sido por aquella orden de tu abuelo. Ah, deja ese café, ya está frío, ahora te hago otro. Y no des vueltas a esas historias del pasado, ya sufrió tu madre bastante para que tú no sufieras.

He sabido toda la vida que poco había de normal en la historia familiar, no

por ello intenté indagar nada. Mi madre ha sido siempre clara al hablar y no ha dejado de responder a lo que he preguntado, salvo anoche. Mis miedos a saber algo molesto de la familia me han llevado siempre a huir de hurgar en el pasado. Que tus padres se divorcien y no vuelvas a ver a tu padre salvo el día del entierro y ni eso, puede ser traumático. Mi madre logró que no lo fuera y yo hui de preguntar. A fin de cuentas ella marcaba la pauta de todo lo que hacía, ella era mi guía, mi faro en la oscuridad, dudar de ella me hubiese hundido en un mar tormentoso y oscuro, sin el faro alumbrando, me hubieran ahogado las tinieblas tenebrosas. Vivir tal y como ella decidía me ha mantenido a salvo, cuerda y sin complejos, aunque con mis miedos y siempre temiendo defraudarla o enojarla. No he lamentado no tener padre, ella ha suplido ese papel con creces.

No había cumplido los tres años cuando se divorciaron, no tengo recuerdo alguno de mi padre, salvo las escasas fotos del álbum. El día del entierro, ella no se acercó al féretro, ni yo lo intenté, a fin de cuentas estaba cerrado. Fui a ese funeral igual que a cualquiera de los que he asistido. A la mañana siguiente, nos marchamos unos días con Javier, su hermano Víctor y sus padres, tienen una finca en la costa, y olvidé por completo la música, lo único que me impresionó del acto fúnebre, nada corriente, no hubo misa, solo la bendición del féretro. En realidad, asistimos a un maravilloso concierto que me impactó, el Réquiem de Mozart sonó todo el tiempo con orquesta, cantantes y coro. Asistir a conciertos era y es algo normal para nosotras, ese fue diferente porque había un ataúd, al que nadie se acercó, salvo el sacerdote. Yo tenía doce años, estudiaba piano entonces, además del curso que me tocaba por edad.

He estado tentada de llamar a mi madre, pero pienso que no debo hacerlo. Que haya pedido el coche es muestra de que iba a salir de Madrid. En realidad no tenemos coche, salvo uno pequeño que mamá compró para Isa, solo lo usa ella. Yo ni siquiera tengo carné no me hace falta. Tenemos un contrato con una empresa que proporciona coche y chofer cuando lo requieres, por lo general el mismo modelo y el mismo chofer, lo que puede dar la imagen de que es privado, pero solo el uso del día o los días que contratas. Mi madre creo que no ha ido nunca en el metro ni en autobús, yo sí, pero si voy con ella es siempre en taxi o a pie, le gusta andar y a mí también. Por distraer el pensamiento me he puesto frente al ordenador a trabajar, por lo menos no daré

vueltas a lo que no debo, no tiene sentido que las dé, ya me dirá lo que quiera decir.

Es casi la hora de comer y aún no ha regresado, he entrado en la cocina una docena de veces, pero Isa me ha echado, con el pretexto de que está sola y tiene que hacerlo todo ella. Los fines de semana la externa no viene, me he ofrecido a ayudarla y ni por esas.

—Déjame en paz, Norma, si estás aburrida no es mi problema, podías haber ido a dar una vuelta o llamar a tu amiga Susana, si tantas ganas tienes de darle a la lengua. Sal de la cocina, y si quieres hacer algo, pon la mesa, es en lo único que puedes ayudar.

Leyendo estoy cuando llega mi madre, no salgo a su encuentro por más ganas que tengo. Entra y no me sorprende que vista informal. Eso me dice que ha ido a ver a Guillermo que seguro está en el campo, tiene una finca por Segovia, yo no he ido nunca.

—Hola, cariño, ¿qué haces?

—Nada, mamá, esperarte para comer. ¿Quieres un aperitivo?

—No, ya he tomado algo, voy a cambiarme, di a Isa que puede servir.

Mientras comemos nada digo, salvo mencionar que he estado ocupada con un tema de trabajo. Pregunta de qué se trata y se lo explico. Siempre tomamos el café en la sala pequeña, la que usamos de normal, la mayor parte del piso ni lo pisamos. Ya sentadas con el café delante vuelvo a preguntar.

—¿Por qué te divorciaste de papá?

Serenidad absoluta en su expresión, ya esperaba que volviera preguntar y no va a rehuir la respuesta.

—He temido siempre esa pregunta, Norma, no porque no pueda responder, más bien por lo que tengo que decir. Hablar de mi divorcio es hablar de lo peor que me ha ocurrido en la vida. No el hecho de divorciarme, si no el porqué tuve que hacerlo. Supongo que ha llegado el momento de que te lo cuente. Pero antes quiero que me digas, preguntaste eso tras hablar con esa extraña mujer, ¿ha sido ella la que te ha incitado a preguntar?

—Sí, dijo que me debías una explicación. Yo no considero que me debas nada, mamá, pero debo saber, ya tengo edad para saber, ¿no crees?

—Para algunas cosas nunca tenemos bastante edad. Empezaré por el principio, fue Guillermo quien me presentó a tu padre. Eso le llevó después a sentirse culpable, y fueron años los que guardó ese sentimiento. Por suerte sirvió para acercarnos más. Me estoy desviando. Como te decía, ocurrió en

una fiesta dada por amigos comunes, la manera más normal de comenzar una relación. En las fiestas la gente se conoce y se sabe de la familia, eso siempre da una cierta garantía a cualquier inicio. Educación similar, posición lo mismo, en fin, que para los padres es una tranquilidad el que se unan los hijos. Pablo, tu padre, tenía en común conmigo que los dos éramos hijos únicos. La posición social de su familia comparable a la nuestra, aunque la económica por parte de la suya era muy superior, y eso que nosotros no podíamos quejarnos.

Se ha detenido y le hago seña hacia el wiski, asiente y guarda silencio hasta que le doy el vaso y toma un sorbo.

—Pablo era muy guapo, agradable, simpático, con don de gentes; le gustaba la lectura, la música; yo había hecho piano. Teníamos cosas en común. Él pensaba abrir un bufete, por entonces estaba en uno haciendo prácticas, ya tenía veintiocho años. Aunque yo solo tenía diecisiete recién cumplidos, eso no suponía problema para nadie. A sus padres y a los míos les pareció muy bien que comenzáramos a salir juntos.

Vuelve a detenerse como meditando lo que va a decir, sonrío con tristeza y suspira.

—Me enamoré, desde el momento que le conocí sentí algo muy especial por él. Sabía hablar tan bien, y me trataba como si fuera yo lo más importante en su vida. No hacía aún tres meses desde que le había conocido, cuando tuvimos nuestra primera relación sexual. Hay gente que intenta durante tiempo tener un hijo y le cuesta, yo me quedé embarazada con esa primera vez. A pesar de que pudo suponer un escándalo, por mi edad, no fue así. Al contrario, la alegría era desbordante por parte de la familia de Pablo y no menos por la mía. Tardamos en casarnos solo el tiempo que fue necesario para los preparativos de una boda rimbombante. Fui a París con tus abuelas a comprar el vestido y todo lo que quise. Yo estaba como flotando y así seguí con el viaje de novios que fuimos a Nueva York, visitamos varias ciudades, casi cuatro meses estuvimos en los Estados Unidos. Regresamos cuando ya era preciso para no poner en riesgo mi embarazo. Y ese mismo motivo alegó tu padre para no tener relación sexual en todo ese tiempo.

—¿Qué?

La sonrisa de mi madre es de tristeza infinita.

—Yo era muy joven, demasiado para saber ciertas cosas. Consideré eso como un sacrificio mayúsculo por su parte, y le amé más por ello. La

ignorancia te puede llevar al cielo o al infierno. Por entonces me llevó al cielo. Pablo me trataba con exquisitez, me mimaba y parecía que me idolatraba. No hubo capricho que no me concediera, compró todo lo habido y por haber. Vimos espectáculos teatrales y musicales, asistimos a conciertos de todo tipo, estuvimos alojados en los mejores hoteles. Me deslumbró en todos los aspectos.

«Cuando volvimos. Nos instalamos al principio en casa de mis padres. Pensando que era lo más adecuado por la cercanía del parto. Mientras, su padre ya había comprado un enorme piso, pero estaba sin amueblar y, además, había que hacer algunas reformas. Pero como Pablo quería abrir su bufete, su padre compró dos pisos para ello en el centro, muy cerca de aquí, y de donde íbamos a vivir, también había que reformarlos. Y a eso se dedicó mientras yo seguía esperando que nacieras. Y naciste, ese momento fue el más dichoso de mi vida.

Las lágrimas, nada habituales en mi madre, han brotado de sus ojos y se apresura a sacar un pañuelo para secarlas. Me levanto, y de rodillas frente a ella, le cojo las manos y la beso.

—Gracias, mamá, es precioso eso que has dicho.

Me acaricia el pelo.

—Sí, pero no son solo palabras, cariño, fue y es mi realidad. Tú has colmado mi vida. Anda, siéntate y seguiré.

Respiro hondo, estoy emocionada.

—Los días posteriores, con el bautizo, las mil visitas que tuvimos, todo fue un ajeteo, un feliz ajeteo. Tus abuelos estaban ebrios de dicha, venían todos los días, hasta el punto de que la abuela, mi madre, ya estaba harta de ellos. Fue bonito ese tiempo. Ya totalmente recuperada comencé a prestar atención a la decoración de lo que iba a ser mi hogar, aún había obra, operarios de todo tipo por el piso, y yo apenas sabía, así que tus abuelas acudían en mi auxilio y los abuelos también. Tu padre estaba muy ocupado con atender la reforma del bufete y llegaba agotado. No compartíamos la habitación, primero por lo avanzado de mi embarazo y después para que él pudiera descansar, como te daba el pecho cada tres horas, no podía dormir. Pasó un año largo, y en todo ese tiempo solo tuvimos una relación sexual. Comencé a preocuparme, a pensar si no sería yo del agrado de él en ese aspecto, pero no me atrevía a comentarlo con él ni con nadie. Fue ya cercano tu segundo cumpleaños cuando pudimos trasladarnos a nuestra vivienda, lo

celebramos allí. Pensé que mi vida de casada se normalizaría y así fue, unos meses más tarde volvimos a tener otra relación sexual. Total un par de veces desde que estábamos casados, y por suerte usando preservativo porque era pronto para tener otro hijo. Pablo quería tener estabilidad en cuanto al trabajo y esa era su obsesión. Volví a pensar que tenía yo la culpa por no resultar atractiva o no saber hacerlo como él deseaba, seguíamos sin compartir habitación. Fueron muchas las noches en las que lloraba echándome la culpa, él era un hombre con mucho saber y yo una adolescente con ansia de saber, pero que poco sabía.

«Una mañana, apenas salió él de casa llamaron a la puerta. Era Guillermo, yo aún iba en bata y me extrañó que se presentase así de manera tan poco formal. Le dije a la asistenta que le pasase al salón, pensando en vestirme, pero volvió al momento diciendo que era muy urgente lo que tenía que decirme. Así que le recibí en bata, la verdad es que no me importaba siendo Guillermo, había total confianza entre los dos y en alguna ocasión que había dormido en casa de sus padres o él en nuestra finca, ya me había visto así. Solo que como señora casada que era me debía yo misma un respeto. Cuando entré en el salón estaba fumando como un loco y bebiendo wiski. Te lo cuento tal cual, no he olvidado una sola palabra y creo que me resultará menos penoso.

—Buenos días, eres un loco de la vida, qué formas son estas, ya soy una señora casada y estas no son maneras de recibirte. ¿Qué haces bebiendo wiski tan temprano?

«Se acercó y me dio dos besos, me cogió por los hombros y me hizo sentar en el sofá, luego cerró la puerta y eso me inquietó, pensé en algo muy grave.

—¿Qué pasa, les ha ocurrido algo a mis padres?

—No, Davinia, no, te ocurre a ti querida, a ti. Y, por Dios, que maldigo la hora en que... No tengo mejor manera de decirte lo que debes saber y te pido perdón de antemano. Tu marido, tu flamante marido, es, sin duda alguna, comprobado por mí mismo antes de atreverme a decirte nada, es..., claro y raso, ¡joder! Es maricón y muy maricón, de los que buscan casi a diario un chapero o lo que sea.

«No sé si mi mente relacionó el poco sexo con ello. He rememorado tantas veces ese momento, sin embargo, no soy capaz de sacar en claro si fue así y que de alguna manera me tranquilizó el saberlo, no había culpa por mi parte si

él era eso. No lo sé, el caso fue que sentí tranquilidad, tan irracional le pareció a Guillermo que reaccionara así que insistió.

—No lo has comprendido. Escucha, yendo como va, en cualquier momento puede contagiarte lo que sea. Y por mi alma, si eso sucede lo estrangularé con mis propias manos. Davinia no dejes que te toque, no tengas relaciones con él, ¿me estás oyendo?

«Quizá fue el momento en que sí até cabos y pude responder sin rubor alguno.

—Solo lo hemos hecho dos veces desde que estamos casados, antes solo la primera, en la que me quedé embarazada. Las dos veces ha usado preservativo. ¿Cómo sabes eso Guillermo?

«Me miraba con ese gesto que tiene cuando algo le molesta mucho. Es muy especial y muy expresivo. De pronto se echó a reír como si estuviera loco, daba saltos por todo el salón y yo riendo por verlo. Una locura aquel día, una locura. Se sentó en el suelo frente a mí.

—¿Qué piensas hacer? Y otra cosa, ¿quién lo sabe?

—¿Quién sabe qué?

—Lo de que no lo haces, porque eso que has dicho es no hacerlo. Por fortuna, en este caso, o a estas horas podrías tener gonorrea, sífilis o qué sé yo. Me he vuelto loco pensando que algo así pudiera pasarte.

«Entonces se lo conté con detalle, lo del viaje y luego. Bien, eso fue el detonante para el divorcio. Guillermo se ocupó de todo, junto con el bufete con el que tu padre había hecho las prácticas y donde había entrado por recomendación del padre de Guillermo. Llevó un tiempo el papeleo, pero ya en tu tercer cumpleaños estábamos divorciados y como no quise quedarme en el piso, fuimos a vivir al que me dejaron mis padres. Eso es todo. Bueno, no es todo. Nunca he querido que se supiera, esas cosas salpican a los hijos, manchándolos sin culpa alguna. Se hacen bromas o mofas, nada de eso quería para ti. Gracias a Guillermo todo fue muy discreto, dentro de la familia se supo, claro, pero no trascendió o si fue así, el hecho de separarnos tan pronto, nos libró a ti y a mí de posibles efectos secundarios. Al igual que en las guerras, son daños colaterales que casi nunca pueden evitarse.

—Por qué no te casaste con otro, eras muy joven.

—Hice lo posible por disuadir a los que se acercaron. No tuve interés en otro matrimonio. Cuidar de ti y de mí misma era suficiente objetivo en mi vida. Crearme problemas con otro hombre o posibles hijos o familiares no me

seducía. Lo que sentí, el breve tiempo que duró el sentimiento, fue bonito, pero más propio de la adolescente que había sido que de la mujer en la que me convertí de golpe. Nunca, jamás podré agradecer bastante a Guillermo todo lo que hizo por mí. Su entrega, por el aprecio que nos teníamos, y por esa culpa indebida que arrastró tanto tiempo y que yo quise paliar, nos llevó a los dos a una relación peculiar. Compró el ático cuando yo compré el piso, no para sus amantes, lo compró para que pudiéramos hablar sin que nadie nos molestase. Pasamos unos pocos años, luego tuvimos una...

Se ha detenido y yo no me atrevo a decir, estoy pensando en esa cama redonda y viendo a mi madre en ella. Engullo sin saber si quiero saber, ¡quiero saber!

—Puedo decir que sintiéndome ya plenamente mujer, el único hombre al que he amado ha sido Guillermo, él me hizo sentir mujer de verdad. Pero para los dos era más importante nuestra amistad y decidimos dejarlo. No fue una decisión fácil para ninguno de los dos, hay poca gente que le conozca como yo. Es un hombre fiel a sus convicciones, a sus afectos, amigo de sus amigos y capaz de darlo todo por una sonrisa. Gracias a él volví a sonreír y cada día estoy más segura de que fue una muy buena decisión. El sexo puede llevar a destrozarse una gran amistad, puedes prescindir de él, pero no de la amistad. Como la que tienes tú con Javier.

—Nunca he tenido sexo con Javier, mamá, ni en sueños.

—Lo sé, cariño, o mejor digo, creo saberlo. Me refiero a vuestra amistad, Javier tiene mucho de Guillermo, mucho, procura mantener esa amistad.

—Pero, no lo entiendo, por qué no te casaste con Guillermo si estabas enamorada.

—Cómo me iba a casar, él estaba ya casado con Anunciación cuando yo me casé, y tenía un par de niños. Te olvidas de que es mayor que yo.

Con la boca abierta estoy, pensando en que...

—No, Norma, por favor, no me encasilles entre las amantes de Guillermo. Yo nunca fui su amante de esa manera. Esas chicas son solo pasatiempos, no tiene una conversación que le interese. Cuando necesita hablar de manera personal y seria, lo hace con su mujer o conmigo. Tuvo una vez un tiempo que pudo incluso romper el matrimonio, si se lo hubiese propuesto, él estaba fascinado por ella. Por suerte fue una mujer muy honrada. Hoy es su amiga, también ella eligió la amistad y dejó a un lado el sexo. Ya ves, no soy la única que dejó el sexo de lado.

—Aunque así fuese, no me siento muy bien. No sé, eres mi madre y no quiero, pero no dejo de imaginarte en esa cama redonda.

—Qué cama.

—La del ático.

Sorprendida la veo y yo con ella por verla así.

—El ático no estaba amueblado cuando subíamos nosotros allí, solo había una colchoneta, de las que se usan para acampar, un par de sillones y una mesa. Lo amuebló años más tarde y nunca he subido a verlo. Cuándo has estado en el ático, y con quién.

—Anoche, con la mujer extraña, la vecina vive allí.

Más sorprendida parece.

—Quién es esa mujer.

—Se llama Lana, no sé el apellido, puedo preguntarle a Antonio.

—Supongo que es ella, no creo que haya otra a la que le dejase el ático y con ese nombre. Si no me equivoco, es Lana de Castro y Sandoval, esa otra amiga de Guillermo que he mencionado. Así que está viviendo en el ático.

—Sí, ¿la conoces?

—No, sé de ella por Guillermo. ¿Tiene una cama redonda? Me estabas imaginando en ella, por Dios, Norma no puedes hacer eso, el sexo es algo privado de cada cual. ¡Redonda!

De pronto me da la risa, viendo el gesto incrédulo de mi madre.

—Lo siento mamá, perdona. Bueno, no solo es redonda...

Le he contado cómo está amueblado y lo del techo de la habitación.

—Lana me dijo que estuvo casada, y no comprendo que con esos apellidos pudiera ser la amante, como esa chica que vino con él, y no supimos qué voz tenía.

—¡Cómo esa chica! No, no tiene nada que ver. Lana tuvo una relación con Guillermo, pero cualquier parecido con esa muchacha u otras sería ofenderla gravemente, como lo sería si me compararas a mí. Nunca fui un adorno, y eso son esas muñequitas que lleva a veces al lado. Ninguna, por supuesto, pertenece a una familia de postín. Alguna ha ejercido la prostitución, otras son chicas que intentan ser modelos o actrices y no llegan a nada. En algún caso, gracias a presentarlas Guillermo han conseguido luego colocarse bien.

—Oh, vamos, mamá, casi lo elevas a santo. Lo presentas como si estuviera haciendo una cruzada de salvación de niñas descarriadas. Puede que

encuentren trabajo gracias a él, pero les cobra con sexo el favor, eso no me parece tan caritativo ni edificante.

—Quizá te he dicho demasiado. Cuando solo miras la fachada, te pasan desapercibidos los cimientos, que son lo más importante para mantener un edificio en pie. Puede que algún día entiendas que las “amantes” de Guillermo, no le amaron, pero lo respetaron porque él siempre las respetó.

—Perdona, no ha sido mi intención molestarte, es tu mejor amigo y eso debe bastarme, además, después de la conversación aquella que tuvimos, supongo que lo recuerdas, antes de empezar con la revista, fueron horas las que habló y cambié de opinión, me cayó mejor. Ahora también lo veo con más frecuencia, suele pasar por la redacción. Me gustaría saber una cosa más. Sé de qué murieron mis cuatro abuelos, que estuviste en el hospital con cada uno de ellos y yo también, pero no sé de qué murió mi padre ni si fuiste a verlo, ni porqué estando divorciada, te ocupaste del funeral. Sé que lo hiciste tú porque le dije a la abuela Elvira que había sido precioso y ella dijo que tú habías decidido y organizado todo. También me gustaría saber el motivo de que no volviese a ver a mi padre, cuando teníamos con los abuelos una excelente relación.

—Me sorprendes, Norma. Tantas preguntas tanto tiempo sin solicitar respuesta. ¿Por qué ese silencio? Nunca he dejado de responderte. Parece que me estés reprochando algo.

—No, mamá, por supuesto que no. He recordado el funeral de papá tan atípico y me ha venido a la memoria que lo decidiste tú. Yo entonces no tenía claro el alcance de lo que significaba el divorcio. Después, en algún momento, he tenido miedo de saber, no sé, no sabría decirte, quizá un miedo infantil, puede que fuese así.

—Sí, bueno, la relación con tus abuelos era lo correcto, fue un acuerdo al que llegamos, en realidad sin imposiciones. Eras su única nieta y tenían derecho a relacionarse contigo y tú con ellos. Me apreciaban y yo a ellos. Hice lo que tocaba en el entierro de tu padre por ti, eras demasiado pequeña para atender nada, fue una obligación que atendí en representación tuya. Cuando el divorcio, tomé la decisión de exigirle que no te viera más y él lo aceptó. Murió a causa del sida. Entonces moría mucha gente, hacía poco que se sabía de esa enfermedad y no dio tiempo a nada. Sí fui al hospital el poco tiempo que estuvo ingresado, estaba aislado, aunque ya se sabía cómo se contagiaba, había dudas y mucho miedo. Fui todos los días, esta vez no por ti,

por tus abuelos. Yo me ocupé de todo, él no tenía pareja, ni siquiera amigos, solo empleados. Vivió sus últimos dos años de una manera absurda. Sin relación con sus padres. Dejó de asistir a las fiestas, le invitaban, pero daba alguna excusa y no acudía. Se dedicó a trabajar y a viajar a Nueva York todos los meses, lo cual hacía pensar que allí sí tenía a alguien y quizá trajo de allí el sida. Tus abuelos lo dejaron por imposible.

—El abuelo no se portó bien con él, Isa me ha dicho que se casó porque le obligó el abuelo.

—¿Has hablado con Isa de todo esto? Por el amor de Dios, Norma, ¿qué te pasa?

—No, solo..., lo siento mamá, no estabas, ni has dicho a quién ibas a ver. Solo le he preguntado si sabía que papá era gay. Y ella ha comentado...

Está enfadada, lo sé, pero no se altera y casi me molesta.

—He ido a Segovia, a ver a Guillermo, en realidad a pedirle consejo. No sabía si contarte parte o todo. Eso ha sido lo que he hecho, también estaba Anunciación. Ella lo supo antes que yo porque él andaba medio loco sin saber qué hacer, si hablar con el abuelo o conmigo. Fue ella la que dijo que lo prioritario era hablar conmigo para que dejase de tener relación. Sabes más que nadie de lo sucedido, entonces los que supieron algo fue a medias. Pero no sé si tienes alguna otra pregunta.

—No y perdona si... Lo siento, de verdad, gracias por contarme. Voy a salir a caminar un rato, llevo todo el día aquí metida. Ah, si Susana está con ganas cenaré con ella por ahí y quizá vayamos al cine.

—Bien, cariño.

Capítulo 3

Llevo una hora andando y aún no he llamado a Susana, cuando suena el móvil y veo un número que no conozco.

—Sí, diga.

—Hola, qué haces.

Esa voz, esa voz es de...

—¿Lana?

—Sí, me has reconocido. Te dejaste los zapatos, ¿qué estás haciendo?

—Eh, pues, nada, ando, solo ando por la calle.

—Ven, cena conmigo, estoy sola, preparemos entre las dos la cena.

—Yo no sé hacer nada, solo poner la mesa.

—Perfecto, tú pondrás la mesa.

Ha cortado y me quedo mirando el teléfono sin saber si volver hacia casa o seguir dando vueltas. Busco el número de Susana y a punto de llamarla estoy cuando cambio de parecer y mando un mensaje a mi madre: “llegaré tarde”.

He ido rezando que no subiera nadie en el ascensor conmigo, vivo en el primero, y para que el portero que hay de guardia y es muy observador, no se diera cuenta de que no iba a mi casa, he pulsado el primero y luego el ático. Estoy acelerada cuando llega hasta allí, la puerta no se abre si no es con llave o desde dentro. Estoy pensando que igual tengo que bajar un piso y subir por la escalera, cuando se abre la puerta. Y una espléndida Lana, vestida con pantalón pirata negro y una camisa suelta blanca de corte masculino, me muestra su fascinante sonrisa.

—Hola, bienvenida, estás hecha unos zorros con tu ropa de trabajo y cara de cansada, ¿has trabajado hoy?

—No, bueno sí, en casa. Ahora estaba caminando, me gusta andar.

—Sí, dicen que es bueno. Vas a darte un baño mientras termino de preparar la cena, así te sentirás mejor.

—No, si voy a casa ya no saldré.

Me está mirando de esa manera que no me gusta, burlona. Se ha puesto detrás y me va empujando a la habitación.

—No, Lana, de verdad...

—Será mejor que te calles.

Ha abierto no sé los grifos y la enorme bañera comienza a llenarse. Ha echado sales y no sé qué más, la espuma casi rebosa cuando cierra el agua. Sigue con su gesto burlón.

—Voy a terminar de preparar la cena, no salgas hasta que yo vuelva, te traeré algo de ropa. Procura relajarte.

Tanto me relajo que estoy adormilada cuando vuelve, no sé cuánto rato llevo aquí metida, pero no ha sido poco, parece que flota mi cuerpo. No dice nada, deja la ropa que ha traído y no veo la mía por ninguna parte. Por lo que pienso que me habré dormido, ¿qué habrá hecho con mi ropa? El cambio no está mal, parece un pijama o un chándal o qué sé yo, me siento cómoda, salvo porque no llevo ropa interior y no estando en mi casa no me parece muy apropiado. Veo la mesa puesta en la terraza acristalada. Voy dando vueltas hasta llegar a la cocina y parece que vayan a comer una docena, hay mucho preparado en pequeños platos. Comida mexicana parece, suerte que me gusta.

—Hola, es mucho, suelo cenar ligero.

—Yo también, pero hoy es un extra. Trae ese carro, así no tenemos que hacer viajes, estás muy guapa, y sin ojeras. Te hacía falta ese baño, ¿te sientes bien?

—Sí, de cine, creo que me he dormido. Falta la bebida.

—Cerveza, hay un cubo con hielo y botellines en el congelador.

—Son demasiadas, ¿las dejas en la nevera?

—No, pretendo emborracharte, así que hacen falta.

—Por qué quieres emborracharme.

Acerca su cara a mí, me mira fijo y susurra.

—Para que no te resistas, quiero empotrarte.

No reacciono y me ayuda ella soltando la risa.

—Eres increíble, tenías que verte la cara, te has puesto pálida. ¿Tan horrible te parece?

—No, es, es... Juegas con mucha ventaja, sabes lo que vas a decir y me

desconciertas.

Ya tenemos todo colocado en la mesa.

—Oh, faltan los vasos, ¿los cojo del bar?

—No, hay que beber a morro, estamos en México, amor, ándale sin miedo. ¿Eres tan pija como pareces?

—Tú eres más pija, Lana María de Castro y Sandoval.

—Has hablado con tu madre, bien hecho, ¿te lo ha contado todo?

—No he hablado de la herencia, no me preocupa y, por otro lado, ha sido mucho con lo del divorcio. No ha sido agradable, sí en cuanto a que ella me lo ha explicado, pero saber que mi padre murió por el sida, de qué me sirve, tenía miedo de saber y tenía razón no valía la pena saber. Solo son miserias que mi madre ha tenido que sufrir.

—Sí, eso es cierto, pero ha sido un sufrimiento muy bien pagado, ¿no te parece?

—Perdona, no sé lo que quieres decir con eso.

—Te lo explicaré, pero come, no dejes de comer. Verás, no revelo ningún secreto porque no participé como abogado en el acuerdo que hicieron. Llegué a saber lo que sé mucho después, solo di una ojeada cuando desmantelé los archivos de Anselmo. No quise seguir manteniendo abierto el despacho, yo carecía de la necesaria experiencia para dirigir un bufete de esa categoría, y no quería depender de nadie que me pudiera manipular. Decidí cerrarlo y salir de allí. Pasé horas y horas revisando aquello, dando la documentación a los abogados que iban a seguir con los casos pendientes. Llamando a demandantes o demandados que pudieran tener interés en sus expedientes, casos de los últimos años. Los más antiguos los destruí sin más la mayoría, otros los guardé en cajas y los dejé en el desván de la casa de mi abuela. Para saber qué guardaba y lo que no tuve que revisarlos todos por encima. Así llegué al caso vuestro, y digo vuestro puesto que tú eras protagonista. Come, por favor, esto no podemos tirarlo. En aquel entonces no profundicé en la lectura, me limité a guardarlo junto con otros, lo hice años más tarde.

«Tu madre era muy joven para tener las cosas tan claras como demuestra lo acordado. Así que tuve que pensar que Guillermo estuvo a su lado participando. Por supuesto Anselmo también, pero él no era tan radical ni tan luchador, Guillermo sí, y no he hablado nunca con él sobre el tema, pero por las notas de Anselmo, que era de guardar hasta los pensamientos, estoy segura

de que fue quien maquinó todo el asunto. Por sus extravagancias la gente no le llega a conocer, se quedan con lo aparente.

Puntualizo con la boca llena.

—Con la fachada.

—Sí, esa es la palabra justa, porque su fachada engaña, distrae más bien, mientras que sus cimientos son los de un hombre muy inteligente, defensor a ultranza de aquello en lo que cree y de la gente a la que ama. Y a tu madre la amaba y la ama. Apretó las clavijas hasta el punto de desposeer por completo a tu padre de todo lo que pudiera corresponderle por herencia y de todo lo que ya tenía a su nombre. Es más, de lo que pudiera llegar a tener, en beneficio de tu madre y en definitiva tuyo. A cambio de mantener ciertas apariencias y borrar el rastro de su condición homosexual, en cualquier ambiente, y haciéndole jurar que no mantendría ninguna relación en Madrid ni alrededores.

—Pero nadie tenía derecho...

—Para, sitúate en la época, con la posición familiar y profesional, no estaba entonces bien visto alardear de ser gay, aún no, y, menos aún, entre las personas que podrían considerarse como posibles clientes, gracias a las muchas relaciones familiares. El haber ocultado su condición a una jovencita menor de edad y de buena familia para embarazarla y poder casarse, era un delito punible y de honor. Además, en eso colaboró activamente tu abuelo paterno que no aceptaba de ninguna de las maneras que su único hijo fuese un descarriado. Lo consideraba un vicio y un pecado que no admitía perdón. Estaba convencido de que casándose, teniendo una mujer joven y bonita y siendo padre, dejaría a un lado ese sucio vicio. Así lo creía, y presionó a tu padre para que se casara amenazándolo con dejarlo sin herencia ni ayuda alguna para abrir el bufete. Y tu padre estaba acostumbrado a un nivel económico muy alto, que solo con ayuda de su familia podía mantener. Un abogado no se hace famoso ni rico en poco tiempo y menos sin apoyo.

«Al casarse por estar tú en camino, tu abuelo sacó la cartera y gastó lo que no estaba escrito para que pudiera abrir un bufete en el mejor barrio de la ciudad, y lo mismo el piso para vivir. Luego, todo pudo venirse abajo con el escándalo. Pero no hubo tal, y fue así gracias a ese acuerdo. Mantuvieron la compostura social. Una separación de mutuo acuerdo por incompatibilidad de caracteres, sin trascendencia jurídica. No llegó al tribunal.

«Tu madre no quiso seguir viviendo en lo que era la vivienda familiar, pero acudía puntualmente todas las semanas, junto con tus abuelos, y comían

con tu padre en el mejor restaurante de la ciudad, ese día ella iba al despacho y salían de allí cogidos del brazo. Y no hubo estreno teatral o concierto importante al que no fueran juntos. Todos hicieron su papel el poco tiempo que vivió tu padre, excepto los dos años últimos.

—Pero si estaban separados y todo el mundo lo sabía, qué más daba ya.

—Imagen, la fachada que ve la gente, había que preservarla, fuesen cuales fueran los cimientos. Además, la separación era de forma, pero no formal. Vivían separados sin más y eso suponía que acudieran juntos a los actos sociales si los invitaban. Por aquel entonces, Guillermo aún era un hombre normal en su apariencia. Algo pasó por su cabeza después de morir tu padre, fue cuando cambió su fachada por la que hoy tiene. Un grito silencioso, con su vestimenta y sus niñas amantes, contra la hipócrita sociedad entre la que se mueve y de la que forma parte. Una sociedad que le ríe la gracia por sus muchos millones y el apoyo incondicional de algunas familias muy relevantes, además de la propia, la de tu madre y tu padre. A lo que hay que sumar la aceptación pública de su mujer, Anunciación tiene mucho carisma, y el apoyo a su marido ha sido determinante.

—Supongo que tú no serías tan niña ni ignorante cuando fuiste su amante.

—Quieres cabrearme, ¿verdad? No es fácil que lo consigas, ni pienso hablarte de esa relación, por lo menos no esta noche. Te brillan los ojos, te has bebido tres cervezas, pero aún no estás borracha. ¿Qué tendré que hacer? Vamos a retirar esto, hay helado de postre, ¿te apetece?

—Sí, y no estoy borracha, pero tengo bastante calor.

—Más tarde nos bañaremos si quieres.

No tengo la cabeza para pensar, ni siquiera para prestar atención a lo que me cuenta Lana del tiempo que vivió en México. No sé ya los chupitos de tequila que llevo bebidos, ya he ido tres veces al baño, ella parece tan normal y yo no controlo nada, tengo un hormigueo por todo el cuerpo que aumenta cuando la miro y no sé bien a qué se debe. Se me cierran los ojos. No veo ningún reloj, no sé la hora que es.

—Qué hora es.

—La hora del baño, voy a por los albornoces, ve entrando, el agua tiene la temperatura perfecta.

—Lana no creo que...

Se ha inclinado sobre mí, sabe que me domina con su mirada, lo sabe. Me siento indefensa.

—Si no estás en el agua cuando vuelva te echaré de cabeza. Puedo hacerlo.

Debo de estar loca dejándome dominar por ella, pero no me siento con fuerza para negarme ni para nada, ando como si no tocase el suelo. Estoy flotando, y hasta me parecen pececillos las luces que se reflejan en la piscina. Bañarme a estas horas en este sitio tan fantástico es toda una tentación. Ya estoy dentro y es una delicia sentir el frescor en la cara y el resto del cuerpo con la temperatura perfecta. Ha traído dos botellas de champán y dice que una es toda para mí. Aunque ha dejado las copas al lado, bebo a morro sin control, está delicioso y después del tequila tengo sed, qué locura, río sola como una tonta. Ha salido ya desnuda, increíble el cuerpo que tiene, mejor que el mío con diferencia y no puedo dejar de mirarla. Ya está dentro y nada de un lado a otro. La imito y pasamos un buen rato nadando y bebiendo a cada momento sin decir nada.

—No querías entrar y ahora no saldrías, ¿me equivoco?

—Es..., es una delicia, ¿nadas mucho?

—Todos los días un rato por la mañana y otro por la noche.

—Ya, tienes, un..., un cuerpo perfecto.

—Qué descarada, me has estado mirando, cómo te has atrevido.

Ríe divertida y yo también. Volvemos a beber, he terminado con mi botella y comparte la suya conmigo. No sé el tiempo que llevamos, nadando un rato y otro chapoteando, quiero hundirme y no salir jamás de aquí, cuando dice de salir, y obedezco, ella manda, bueno que mande, lo hace bien. Ya con el albornoz puesto ha cogido una toalla y me está secando el pelo.

—No..., no..., yo..., yo, deja ya...

—Bien, pero no te vas a librar de lo que quiero hacer, así que ve haciéndote el ánimo.

Con la toalla en la cabeza y los brazos en alto sujetándola, la miro y tengo como una neblina en los ojos, no llego a preguntar qué es lo que quiere hacer porque su mano presiona uno de mis pechos mientras la otra me acaricia la cara.

—Lana..., Lana, no..., por favor, no...

No sigo hablando, me está besando, y no sé qué me pasa, algo dentro de mí, pulsando, floto y floto, dejo caer la toalla y la rodeo con mis brazos...

Despierto muy poco consciente del lugar en el que me encuentro, bocabajo en la cama redonda y el sol alumbrando la habitación. Me centro al notar algo

cálido entre mis nalgas, no me muevo, sé que son sus dedos que avanzan hacia mi vagina y sí que me muevo, solo para facilitar su avance y sentir un placer intenso que me hace gemir y musitar “no pares, no pares” y no para hasta llevarme al séptimo cielo. Doy la vuelta con la respiración agitada y la veo perfecta, tan perfecta como es y vestida. Yo desmadejada total, desnuda y sudada. Me mira como me gusta, me hipnotiza y fascina tanto que no soy capaz de decir nada, ni me deja, me sujeta los brazos, desliza la lengua por mis pezones, y me besa hasta perder el aliento las dos.

—No has debido hacerme lo que me has hecho, ¿qué va a ser de mí ahora?

—Lo tienes fácil, soy tu vecina, puedes venir a tomar café a mi casa siempre que quieras o a pedir sal si la necesitas. Ahora, mi querida niñita, ve a tu casa, tengo que irme, he de ir a misa.

—¡A misa!

—Sí, es domingo y acompaño a mi abuela. No todos, pero este sí, tengo una comida familiar. Ahí tienes tu ropa y no te olvides de los zapatos. Ha sido un placer, un sorprendente placer que te dejaras empotrar sin oponer resistencia. Estaba dispuesta a ejercer la fuerza, pero, sorpresa, tenías más ganas que yo. Chupas de maravilla, amor.

—No me acuerdo de nada.

—¡Ja, ja! Lo sé, estabas muy borracha. Nos vemos, amor, ¡ándale!

Entro en casa de puntillas, veo a Isa cruzando el pasillo que va a decir algo y le hago gesto de que calle, corriendo voy a mi cuarto y me meto en la ducha. Como un rayo me he vestido y entro en el comedor, mi madre leyendo el periódico y seguro que ya por la segunda taza de café. Me acerco y le beso la frente.

—Buenos días, mamá, se me ha hecho un poco tarde, lo siento.

—Más lo siento yo, no por lo tarde, si no porque mientas sin que yo te haya pedido explicaciones. Puedes pasar la noche fuera cuando quieras y con quien quieras, ya eres mayor. Susana llamó porque al parecer tenías el móvil apagado.

—Lo siento, no pretendí engañarte, solo que cambié de plan antes de llamarla. No estaba lejos, he pasado la noche en el ático. He tenido sexo con la vecina.

La taza de café que Isa me traía ha ido a parar al suelo, no sabe qué decir, y es mi madre la que la saca del atolladero.

—No pasa nada, Isa, trae otro café para Norma, por favor.

—Lo siento, mamá.

—Qué es lo que sientes, que se haya roto la taza o lo que sea que has hecho esta noche.

—Que tengas que oírme decir eso, pero después de cómo le fue a mi padre, no pienso ocultarme si es que sigo con eso. Nunca me he sentido atraída por ninguna mujer, pero parece que sí por esta, y quizá solo sea lo que ha sido, y no vuelva a ocurrir. En el caso de que ocurra, lo diré a todos con los que trato. No quiero engañar ni que me engañen.

—Es tu decisión, hoy en día no supone gran cosa ser de una u otra manera. Hay gente que alardea de su condición sexual como si fuese un mérito, cuando ya a nadie le importa. La estupidez nubla el entendimiento. Di lo que quieras alto y fuerte para que te oigan los que se alimentan de chismorrear, serán los únicos a los que pueda interesar con quién te metes en la cama. Pero no olvides nunca que gracias al engaño de tu padre estás en el mundo. A veces no conviene a nadie decir la verdad. Voy a leer un rato en el Retiro, volveré para comer.

No es nada raro que lo haga, le gusta, echa de menos la finca que mis abuelos tenían en el campo, pero no suele hacerlo los domingos porque hay más gente, y me siento mal. No sé por qué lo he dicho, estaba intentando inventar algo y voy y lo suelto. Tengo que hablar con Guillermo, sí, tengo que hablar con él, es el único que puede aclararme o mediar con mamá. Además, conoce a Lana, trabaja para él a fin de cuentas, y yo también. ¡Mierda! Cómo me he metido en este lío. Voy a llamar a Jacinto, a ver si puede llevarme, si no puede no me moveré, no sabría cómo llegar. Un momento, claro, Javier. Se quedará pasmado cuando se lo cuente. Sí, es mejor que llame a Javier.

—Hola, preciosa, qué pasa, ¿estás aburrida? Espero que no caigas en la adicción al trabajo, eso sería contranatural siendo la que eres. Nobleza obliga, querida mía, y no nos corresponde vivir para trabajar, ni siquiera trabajar para vivir.

—Ya no sé ni la que soy. Tengo un problema, Javier, necesito hablar contigo y también con Guillermo, y es personal, no del trabajo.

—¡Joder! Parece serio. Está en la finca, ¿quieres ir allí?

—¿Puedes llevarme? No quiero causarte problemas.

—Tú no puedes nunca ser un problema para mí. Ahora te recojo, en nada estaremos comiendo buen jamón.

Subo al coche bajo la mirada intrigada de Javier, le beso en la mejilla.

—Gracias, estoy hecha un lío.

—Ya veo ese frunce, ¿qué pasa?

De pe a pa lo cuento y Javier no sé los tacos que lleva dichos. Ha parado en un bar.

—Ya estamos cerca, pero vamos a tomar un café y serenarnos. ¡Joder! Norma, es lo más fuerte que he oído en mi vida. Cómo no sabías nada, ni yo tampoco. Claro que si no lo sabías tú, cómo lo iba a saber yo. Llevamos juntos toda la vida, comiendo y durmiendo, desde nuestros abuelos o bisabuelos, y ahora parece que somos forasteros en nuestra propia casa. Entiendo que estés hecha mierda, y tanto, yo lo estoy. Pero qué quieres de mi tío realmente. Por lo visto ha tenido un papel importante y dada la amistad, sobre todo con tu madre, sigue en ese papel. Pero qué supones que puede él decir, a menos que dudes de si esa mujer, la tal Lana, haya dicho la verdad. Por cierto, has dicho que te lo montaste con ella, ¿te gustó?

—No sé qué pasó por la noche, había bebido mucho, pero lo de esta mañana... Javier sabes la poca experiencia que tengo y los muchos años que hace que nada de nada. Con el que más tuve que fue Lucas me sentí bien, pero ni parecido a lo que he sentido hoy, me ha explotado todo por dentro.

—Normal, no es lo mismo que entonces, no porque sea mujer, me refiero a que cuando Lucas estabas a medio hacer aún, igual que yo, de hecho, lo hiciste antes que yo con aquel bobo de Ferdinan, claro que también habías tomado lo tuyo ese día. Éramos unos torpes, ahora es distinto, somos adultos de verdad, y lo que podamos sentir es diferente. Oye, pues perfecto, si te gusta adelante, por lo menos algo es, ya sería hora de que disfrutaras algo. Pero qué pasa con lo otro; espera, vámonos, ya me lo cuentas por el camino. ¡Joder! Estoy nervioso.

Suspiramos los dos al subir al coche.

—Venga, di.

—Sí, quiero que Guillermo me diga hasta qué punto puedo confiar en Lana. Y si es cierto que maniataron a mi padre de esa manera. Me parece que su acción, aun reprobable dada la época y hoy también lo sería. No merecía ese trato ni todo ese montaje alrededor. Que no dejasen que lo viera, en cambio, que mi madre y mis abuelos... Por Dios, no puedo comprenderlo.

—Vale, lo tenemos claro. Guillermo tendrá que cantar La Traviata, estoy por pensar que sabrá más que tu madre. Mira, pensemos como periodistas que

somos, esto es una investigación, igual que si fuese un artículo de los que hacemos, salvo que no podremos publicarlo.

—No, pero quizá deberíamos. ¿Esto es ya de la finca?

—Sí, pero aún faltan varios kilómetros para llegar a la casa. Es inmensa la extensión que tiene. En época de Franco y mucho antes de la guerra, el abuelo organizaba cacerías de altos vuelos, ya lo hacía su padre. Ahora también, sobre todo de jabalí, pero mi tío sabe andar a la pata llana aunque sean príncipes los que vengan. Hay gente que viene en helicóptero. No sé qué le ven a eso de pegar tiros; claro que, entre tiro y tiro hay algún negocio. Los asuntos más gordos no se acuerdan en despachos. Es muy buena la finca porque tiene agua de sobra, hay río y varios pozos. No le falta de nada. Hay tierra de regadío, secano, pastos y monte bajo para el ganado; bosque con chopos, pinos, enebros. Un buen sitio para vivir, ya ves que poco más de la hora cuesta llegar, porque hemos parado. Por eso pasan tiempo aquí, y supongo que por compensar un poco a mi tía, a ella le gusta mucho esto.

—¿Tiene ganadería?

—Antes tenían toros, pero a la tía no le gustan las corridas y ya hace muchos años que solo tiene ovinos. Ahí está la casa. Lo que ves allá, ese pueblo pequeño pertenece a la finca, es donde viven los trabajadores.

La casona es enorme y en perfecto estado, me impresiona. En la finca de los abuelos la casa era un tercio de lo que es esta, y me parecía un palacio. No vemos a nadie y entramos sin más, la puerta está abierta. Todo es rústico, mobiliario acorde, y detalles relacionados con el campo.

—¡¡Hola!!

Javier vocifera hacia un lado y otro mientras andamos hacia la cocina. Una mujer aparece, hace tiempo que no la veo, pero es Anunciación, la mujer de Guillermo y, por tanto, tía de Javier.

—Pero qué sorpresa tan maravillosa, querido Javier, y tú eres Norma, por Dios, el tiempo que hace que no te he visto, estás preciosa. Pasad, pasad.

A los dos nos ha abrazado y besado, de inmediato se marcha, nos deja en una sala amplísima desde la que se ve al fondo el río en medio del llano. El verdor por todo y solo una zona escarpada a un lado en la que, a pesar de la distancia, veo ganado. La bucólica vista me trasporta por un momento a la niñez. Recuerdo a mi abuelo que tenía una pequeña calesa de dos ruedas, y dejaba que llevase las riendas. Aunque la percibo, no me molesto en secar una lágrima que se desliza lentamente por mi mejilla.

—¡Joder! Norma no llores o acabaré haciéndolo yo, todo se arreglará.

—No seas bobo, no estoy llorando, me ha emocionado ver todo esto, me recuerda la finca de mis abuelos. ¿Te acuerdas? Viniste muchas veces.

—Y tanto que me acuerdo, y del tío aquel que cuidaba los caballos y se tiraba unos pedos que te tumbaban, y quería hacernos creer que eran los caballos...

Hablando y riendo estamos cuando vuelve Anunciación acompañada de una muchacha y con lo que traen llenan la mesa de comida, por más que protestamos.

—A callar los dos, aunque tuvierais unos kilos más no serían de sobra. Comed. Guillermo y Miguel no volverán hasta la hora de comer, aún falta mucho, lo hacemos muy tarde, y aquí el aire favorece el apetito, esto es solo el aperitivo. Norma, por favor, sin remilgos. Ayer estuvo tu madre aquí, pero que yo recuerde tú no has venido nunca. Que te traiga Javier en verano, tenemos piscina o el río para darse un chapuzón. Puedes pasar unos días aquí si quieres.

—La verdad es que me he emocionado viendo el campo, me ha recordado la finca de mis abuelos, no era tan grande, pero lo pasaba muy bien allí.

—En esa finca de tus abuelos, La primorosa se llamaba, conocí a Guillermo. No sé la cantidad de gente que invitaron a una montería en la finca vecina, la de los Fajardo que eran parientes lejanos míos. Pero a tanta gente invitaron que no cabíamos todos, y nos mandaron a los jóvenes, que no íbamos a salir a cazar, a dormir a La primorosa. Allí estaba Guillermo jugando a la gallina ciega, con tu madre y no sé cuántos más, había de todas las edades. Él era el mayor, pero como si fuese el pequeño. Cuando te cogían tenían que adivinar quién eras. Me cogió, pero no me conocía. Lo pasamos muy bien, y nada, así empezamos, a lo tonto, como se hacían entonces las cosas. Eso creíamos, pero no fue así, ya estaba el asunto más que hablado por los respectivos padres y abuelos. Los matrimonios apañados convenían a todos y funcionaban mejor que el resto. No siempre era así, claro. ¿Ha hablado tu madre contigo, cariño?

Anunciación es una mujer que no oculta la edad, no se tiñe ni usa maquillaje. Tan rústica como su casa, pero hay dulzura en su sonrisa, su cuerpo es grande y fuerte, no le afean los kilos de más. Su redondo rostro muestra una belleza maternal y saludable. Resulta muy agradable mirarla y ver la nobleza que rebosa su mirada clara y limpia, y así parece su manera de

hablar que invita a confiar en ella. Siempre me ha caído bien por su aspecto de matrona.

—Sí, por eso he venido, quiero, no sé muy bien lo que quiero, necesito aclarar algunas cosas de lo sucedido con mi padre. Me dijo que tú estuviste en lo que hablaron.

—Sí. Uno puede discrepar por lo que decidieron, porque se hicieron cosas que hoy pueden parecer mal hechas, entonces no; el mundo ha cambiado y las personas menos, pero también. Pero sí puedo decirte que la mayor preocupación de todos eras tú. Que aquello te afectase lo menos posible. Tu salud física, mental y tu buen nombre tenían que quedar a salvo. Tus abuelos, me refiero por parte de padre, los Donoso, eran muy católicos, sobre todo tu abuelo de la derecha más tradicional. Buenas personas, eso sin discusión, pero también cerrados en lo suyo. En lo que los educaron. Sobrevivieron a la guerra junto con su fortuna y apoyaron al régimen. Igual que mis padres y la mayoría de los que conocíamos. Luego se adaptaron a los cambios democráticos sin levantar la voz, pero nunca perdieron su manera de ver las cosas. Un divorcio que ya estaba a punto de aprobarse la ley, era algo inaceptable para ellos, como una herejía. Así que cuando llegó el momento no se hizo, ni después tampoco. Publicaron en las notas de sociedad que era una separación temporal acordada, sin vistas a disolución del vínculo matrimonial. Por la iglesia seguían casados, y a todos los efectos. Eso fue lo que quisieron que se supiera y fue lo que se supo. Cuando lo que tocaba era un divorcio sin más en cuanto hubiera estado la ley aprobada. Que tampoco creas que el divorcio llegaba enseguida, pero no lo intentaron. Mantuvieron cierta vida social para que nadie pensase otra cosa, y pasaron de esa manera los pocos años que duró tu padre. Y casi estoy por decir que se les veía más a menudo juntos estando separados que antes.

«Celebramos aquí una Nochevieja y estaban invitados, la de malabarismos que hacía mi cabeza para que ocupasen dos habitaciones, pero sin que se supiera, porque para mucha gente ni siquiera constaba la separación. Al final lo resolví, abrí una puerta dentro hacia la otra habitación y cerré a cal y canto la que daba al pasillo. Así no tenían más remedio que entrar por la misma puerta los dos.

Me parece increíble lo que cuenta.

—Supongo que no podemos entenderlo ahora. Mi madre no habló de eso, me refiero a la separación, ella dijo divorcio; ni que acudían a fiestas juntos,

comían en un restaurante todas las semanas con mis abuelos, iban al teatro. Nada de eso mencionó mi madre, tú lo has hecho sin entrar en detalles, pero a mí me lo ha dicho una mujer que he conocido hace muy poco, vive en el ático. Y ha contado cosas que me han trastocado. Y no sé cómo ocurrió porque no he tenido nunca esa inclinación y estaba borracha, pero anoche tuve sexo con ella. Así que mi confusión es total.

No parece sorprendida.

—Esa es Lana, sé que es ella porque mi marido y yo hablamos de la conveniencia o no de que se alojase allí. Nos pareció bien a los dos, son años los que el ático llevaba cerrado, teniendo que limpiar y atenderlo sin beneficio de nadie. Lana no es lesbiana, más bien bisexual o así se comporta, y si le caíste bien no se lo pensaría dos veces, estás muy guapa, y ella no tiene problema con eso, y tú tampoco debes tenerlo. Una cana al aire, por eso no pasa nada, y aunque fuese más, no tienes ningún compromiso. A quién le importa lo que hagas, que no te frene lo que puedan decir. Haz lo que te pida el cuerpo.

—¿La conoces?

—Sí, tengo buena amistad con ella. Pasé una temporada en México con Miguel, mi pequeño, quería estudiar aquella cultura y no es preciso que te cuente que no está muy en orden. Pero cuando quiere estudiar algo o ir a cualquier parte, no le ponemos trabas. Así que a México que fui con él, porque solo no puedes dejarlo mucho tiempo, y nos alojamos en su casa a petición de ella. La casa era de la empresa, la tenía en uso porque estaba allí organizando la puesta en marcha de un negocio de Guillermo.

«Tuvo una temporada una profunda relación con mi marido, la única vez que he temido perderlo. Es una mujer muy especial, capaz de seducir al más insensible de los mortales, no importa el sexo. Suele decir que la lengua no tiene sexo y los dedos tampoco, tiene razón. Y lo que me extraña es, no que te hayas acostado con ella, sino que te hablase de tus padres. Dudo mucho que Guillermo haya comentado nada de eso con ella. ¿A qué viene ese interés por ti y tu familia?

—Es lo que me gustaría saber. Tienes razón con lo de que Guillermo no ha hecho comentario. Ella tuvo acceso al caso por los archivos de su marido.

—Ah, claro, eso sí que es posible. Anselmo Rocamayor era el abogado mediador, junto con Guillermo que más bien fue asesor, no actuó como abogado. Pero, aun así, no alcanzo a comprender su interés. Su familia, que yo

sepa, no está vinculada a la de tu madre ni a la de tu padre. Es, cuando menos extraño. Claro que es una impredecible, en cuanto a qué le puede mover. La trayectoria de Lana ha sido espectacular, puedo decir que tiene una mente muy privilegiada. Habla varios idiomas, no solo ha vivido en México, antes estuvo en varios países de Europa, más tarde Japón y después en Nueva York durante años, aprovechó su estancia para ampliar estudios, y si ya sabía mucho, aún supo más. Algunos de los éxitos de la firma de mi marido los ha logrado ella sola. Tiene una capacidad increíble. Y no hace mucho decidió volver, por su abuela, una mujer ya nonagenaria a la que tiene gran devoción. Y le pidió a Guillermo un puesto tranquilo, para poder dedicar tiempo a su abuela. Ella heredó un fortunón de su marido, y ya tenía lo de sus padres, además, es la única heredera de su abuela. El trabajo es su pasión, no su necesidad. Así que no me cuadra nada que se relacione contigo y que pierda tiempo con lo sucedido con tu padre. Lo entendería o lo entiendo en la parte afectiva o sexual, si se ha sentido atraída por ti, pero no en lo otro.

Interviene Javier que no ha parado de comer.

—Oye, tía, no será que está aprovechando lo que sabe para enrollarse con Norma. De esa manera puede ganarse su confianza, a fin de cuentas, Norma no es de andar mucho por ahí y con algo tenía que atraerla.

Anunciación ríe y mira hacia arriba.

—Ay, Javier, no la conoces. Si Lana entrase ahora aquí y quisiera llevarte a la cama, lo conseguiría con un parpadeo. La he visto actuar, suena mal la palabra, pero es así, porque le divierte, a veces lo hace solo por diversión. Tiene un poder de seducción arrollador. Ahora que, esa fuerza interior que posee, cuando la dedica al negocio, es imparable. He hablado muchas horas con ella y la conozco bien, la admiro, hasta la envidio, y ya no la temo porque si algo tiene Lana es palabra, la cumple siempre. En algunos aspectos es muy parecida a Guillermo y eso fue lo que los acercó, y lo mismo que los separó. Digamos que los dos respetaron lo que había que respetar y hoy solo es amistad y trabajo lo que los une.

«Miguel vivió esa temporada que compartimos con ella mejor que nunca, gracias a ella, viene a verlo alguna vez o le llama. Entonces lo animaba constantemente, le ayudaba en lo que estudiaba y hablaba con él con tanta ternura que llegué a sentir celos viendo a mi hijo tan encandilado. Es una seductora nata. A mí no intentó seducirme, pero quizá no me hubiese resistido, porque a todo eso hay que añadir que es muy guapa, encantadora, y con un

cuerpo que roza la perfección. No he visto a muchas mujeres desnudas, verla a ella era un gozo, eso sin que despertase en mí otra cosa que el placer de ver algo bello. Hay ejemplares en el mundo así, otros nos tenemos que conformar con lo que nos ha tocado en el reparto. Norma, cariño, ¿quieres que hable con ella? Puedo hacerlo sin ningún problema, sé que me escuchará.

En silencio los tres y no sé qué me mueve a responder.

—¿Me permites que le diga que he hablado contigo? Si no me aclara nada te llamaré para que lo intentes tú.

La sonrisa de Anunciación es socarrona.

—De acuerdo, así aprovechas para pasar otro rato con ella, no sea que decida no tener más encuentros. Es de suponer que te gustó.

Asiento sin decir más. Javier se pone en pie.

—En ese caso, mi consejo es que no le digas al tío que hemos venido o no que hemos venido por eso. Así que arreando de vuelta, vámonos Norma. Gracias, tía, eres un encanto, y la tal Lana no sabe lo que se perdió.

—Eres un zalamero. Norma quiero que tengas muy claro que tu madre no hizo nada censurable. Quizá te lo parezca el que no quisiera que tuvieras relación con tu padre, pero en aquellos momentos, cariño, él era culpable de engaño hacia ella faltando a lo más sagrado, y tú su hijita a la que quiso proteger. No la juzgues o si lo haces, ten en cuenta su decepción y su dolor. Si mi matrimonio fue un apaño, del que doy gracias a diario, porque a pesar de todo soy feliz. En el suyo no hubo apaño por su parte ni por sus padres, se casó con toda la ilusión del mundo.

Silenciosos los dos vamos ya de regreso. Javier me palmea la pierna.

—Mi tía no aparenta la sensatez que tiene. ¿Qué te ha parecido?

—Sorprendente la buena opinión que tiene de Lana. Parece más liberal que mi madre, incluso que yo misma, no da importancia a... Javier, ¿soy tan ignorante como me parece?

—No digas tonterías. De qué eres ignorante. Oye, si lo eres tú lo somos los dos, fuimos al mismo colegio y estudiamos lo mismo, y siempre tuviste mejores notas, y a toda hora echándome un cable para que yo no suspendiera. Nos movemos, por lo general, entre la gente que descende de aquellos con los que se movieron nuestros padres y hasta nuestros abuelos. Ya ves, mi tía reconoce que su matrimonio fue un apaño. Pero si lo piensas, casi lo son los de nuestra generación. ¿A cuántos conoces que no se hayan casado con gente de nuestro entorno? Sí, de acuerdo que ahora eliges tú, pero yo no me he

casado con una camarera, por decir algo. Lucas, pasó la desgracia y se fue al traste, pero si no hubiera sido así, te habrías casado con él y era de familia conocida. La inmensa mayoría seguimos enlazando sagas, por decirlo de alguna manera.

«No somos ignorantes, mantenemos unos principios que nos vienen de atrás. Lo que ocurre es que ahora no estamos tan pendientes unos de otros, seguimos a políticos, artistas o famosos y no nos enteramos tanto de lo que ocurre más cerca. Escucha, habla con ella, con la tal Lana, y pregunta sin rodeos qué demonios quiere. Porque algo hay que se nos escapa, lo que ha dicho mi tía tiene mucha miga, sobre todo eso de que no es mujer de perder el tiempo. Y si tantas armas como mujer tiene, no necesitaba usar a tu padre para acercarse a ti. Así que hay algo más. No olvides que eres periodista, usa tu talento, trata de dejar a un lado los sentimientos, piensa en frío.

Por suerte hemos llegado a buena hora para sentarme a la mesa sin tener que dar explicaciones, cierto que no me las pide, pero hay algo tenso en el ambiente y comemos sin apenas cruzar cuatro palabras. Así que termino y después de ver una película infame en la televisión, decido salir vestida con lo que llevo puesto que es lo habitual, pero no lo hago hacia la calle, he cogido el ascensor directa al ático. Me abre la puerta la asistenta.

—La señora no está, pero pase, no tardará.

—Lo siento, había olvidado que iba a comer fuera, volveré más tarde.

—No, por favor, ha dicho que la espere.

Más que extrañada por lo que me dice, paso y voy directa a la terraza. Como si ya me fuera familiar el lugar, me he quitado los zapatos y me he puesto un wiski. Medio adormilada estoy cuando me besa, no la he oído llegar. No me privo de responder a su beso, y me quedo con las ganas de algo más. Dios, he perdido el sentido de la decencia o qué es esto.

—¿Necesitas que te empotre o quieres hablar?

—Necesito la verdad.

—Suen a tragedia griega.

—Basta de juegos, Lana. He hablado con Anunciación, ella no entiende tu interés por lo ocurrido con mi padre, dice que no eres de perder el tiempo. Se ha ofrecido a hablar contigo, le he dicho que lo haría yo. Aquí estoy y no quiero irme sin una respuesta sincera.

Se había sentado y se levanta sonriendo burlona, me crispa. Se ha servido también un wiski y levanta el vaso.

—Brindo por ti, amor, un par de polvos y la niñita ya parece una mujer.

Me cabreo y mucho, tengo que ponerme firme o pasará el rato burlándose de mí. Me levanto.

—He vivido sin esos polvos hasta ahora y puedo pasar sin ellos el resto de mi vida. Pero no voy a permitirte que alteres mi existencia, contándome lo que jamás debió de suceder y de lo que yo ninguna culpa tengo. Y mucho menos puedo dejar que deteriores la relación que tengo con mi madre. Di de una vez qué te mueve, a qué has venido aquí, qué pretendes, y por qué tu interés en revolver el polvo que ya está muerto.

—¿Estás segura de que el polvo está muerto? No soy quien tiene que darte respuestas, fierecilla, me pone verte así. Habla con tu madre, amor, habla con ella. Pregúntale por los viajes de su “marido”, pregúntale por qué prohibió las visitas a tu padre cuando se moría. Solo ella, su “mujer”, podía hablar con él. No tengas miedo a preguntar, Norma. San Juan nos recuerda las palabras de Jesús: “la verdad os hará libres”. ¡Ándale! No te dejes los zapatos, quiero que cuando vuelvas no sea para recoger unos zapatos, si no para empotrarme, ¿crees que podrás hacerlo?

Trastornada total estoy bajando por la escalera, siento una mezcla de odio, rabia y frustración. Un malestar que nunca he sentido contra nadie me lo provoca justo quien me ha despertado el deseo, a pesar de lo que decía, si me hubiera empujado a la cama, no me habría resistido. Ha vuelto a ganar la partida y me desquicia que siembre en mí tantas dudas. Me está enfrentando a mi madre, no quiero eso, me da miedo, y al tiempo sé que no podré eludirlo. Cuál es en realidad mi obligación, averiguar una verdad que a nada bueno me puede conducir, mi padre no va a resucitar por más que ella ponga en duda que el polvo esté muerto. El respeto y el afecto que siento por mi madre, debería ser suficiente para mí, y no permitir que nada altere eso. Debo defender a mi madre hiciera lo que hiciese, porque ella me defendía a mí.

Hasta qué punto obliga el amor, el amor de padres o hijos, de pareja, de amistad. Ahí está la clave. ¿En nombre del amor podemos saltarnos las normas? Engañar o engañarnos ocultando la verdad por amor a alguien, ¿es correcto? Hasta qué punto puedo ser inquisidora con mi madre, aun buscando la verdad. ¿Y si eso supone romper con ella? Es mi madre. Oh, Dios, ¿qué debo hacer?

Capítulo 4

El desquicio me lleva a la calle y ando sin rumbo, queriendo no pensar, necesito dejar tranquila la mente para que pueda ordenar poco a poco la información. No puedo tomar una decisión que quizá afecte a mi estabilidad, a la convivencia, no puedo hacerlo sin estar tranquila, serena y con la certeza de que lo que haga es lo que debo hacer. Tiene razón Javier, tengo que pensar como periodista, sin sentimientos. Pero no es posible, escribes un artículo en el que presentas hechos y ahí eres imparcial, no cuando los comentas, es imposible desligar las palabras de quien las dice cuando se expresa la opinión. El sentimiento está presente, siempre está presente. Ahora es mejor no pensar, no pensar en nada, solo andar, al andar se hace el camino y al volver la vista atrás... Dios, eso lo decía Machado, y eso es, ahí está perfectamente claro, aunque mires atrás no vuelves a pisar la misma senda. Yo ni siquiera he querido nunca mirar atrás.

*“Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace el camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante no hay camino
sino estelas en la mar”.*

No sé las veces que lo he repetido, tampoco sé el tiempo que llevo andando cuando el ruido de mis tripas me dice que necesito comer algo. No llevo bolso, no lo he cogido, rebusco en los bolsillos, a veces llevo alguna moneda por si me piden algo por la calle. Vaya, dos cigarrillos y el encendedor, en un bolsillo, junto a un boli. Oh, tengo suerte, entre dos pañuelos de papel hay un par de euros y un billete de cinco. ¡Bingo! Tanto he andado que no estoy muy segura de donde estoy, pero creo que si sigo adelante igual hay algún sitio abierto, por aquí no he visto ninguno, debe de ser muy tarde.

Medio desfallecida y desnortada estoy cuando veo uno de esos puestos que preparan *kebab* y me acerco corriendo porque parece que vayan a cerrar. El hombre se ha reído, porque le he suplicado. Aún me han sobrado unos céntimos, cuatro cincuenta el pan de pita con la carne y demás verdura y unas patatas. Dios, qué hambre, huele de maravilla. Tengo que comer despacio o me sentará como un tiro. No he querido salsa, nunca he comido en un sitio de estos, no voy a arriesgarme. Y lo del agua me parece de escándalo que cueste el agua igual que la cerveza o cualquier refresco. Cuando se lo cuente a Javier no se lo va a creer. Me siento en un banco, como despacio y mastico bien. Estoy loca, no comprendo cómo ha dado este vuelco mi vida, sin hacer nada ya todo es diferente. Con la edad que tengo jamás he hecho lo que estoy haciendo, cenando a las tantas de la noche en la calle y sola. Ni siquiera llevo el teléfono, solo las llaves de casa, con lo cual mi madre debe de estar desesperada por si me ha pasado algo. Y qué puedo decir, nada, si me detuviera la policía no podría siquiera decir las calles por las que he andado, y voy indocumentada, me llevarían a comisaria. Oh, Dios, qué torpe, creo que desde aquí a buen paso, igual tardo dos horas. Soy patética, si me viera Lana volvería a llamarme niñita.

El portero me saluda con un gesto serio y mirando fijo, este hombre es un poco raro. Son ya pasadas las tres de la madrugada cuando abro la puerta de mi casa, y veo a Javier al medio del pasillo con los brazos en alto.

—¿Qué haces aquí?

—¡Yo! Mira, entra de una puta vez, y di tú, tú eres la que tienes que decir de dónde vienes a estas horas. Sin teléfono ni bolso.

Paso al salón y me quedo de piedra, mi madre y Lana me están mirando y no precisamente alegres. Ellas no dicen nada y yo no sé qué decir, solo,

—Lo siento, mamá.

Seria, muy seria.

—¿Estás bien?

—Sí, he andado mucho.

—Si estás bien, todo está bien. Gracias, por todo, Lana. Buenas noches.

Al pasar junto a Javier le da un beso, no se ha acercado a mí, y engullo, no puedo llorar ahora. No se me ocurre otra cosa que ponerme un wiski y tomo un buen trago. Javier ha cerrado la puerta y está puesto en jarras al medio del salón. Lana no parece tener intención de marcharse. Así que pregunto lo mismo que a Javier mirándola a ella.

—¿Qué haces aquí?

—Estabas desaparecida, el portero te ha visto salir a la calle como desorientada, eso ha dicho. Así que, tu amigo Javier ha subido a preguntarme y he bajado, tu madre estaba muy intranquila. Es hora de que me marche. Encantada de conocerte, Javier, espero que podamos tomar una copa un día con más tranquilidad.

—Será un placer, gracias, Lana, te acompaño a la puerta.

Otra que tampoco se despide mí, me dejo caer en un sillón después de ponerme otro wiski. En estos momentos, no se me ocurre nada mejor que emborracharme. Javier ha vuelto y se sienta frente a mí.

—Qué coño te ha pasado.

—No quería pensar y he comenzado a andar y he cruzado la ciudad. Luego no tenía dinero ni para el autobús, me lo había gastado en un *kebab*, estaba muerta de hambre. He vuelto andando no sé desde donde. Eso es todo. ¿Te ha llamado mi madre?

—El portero, ese nuevo que hay, al parecer fue policía, y le ha llamado la atención tu manera de salir, y estaba pendiente de que volvieras. Ya pasadas las doce, el hombre ha llamado a tu madre, y ella al comprobar que ibas sin móvil y sin bolso, se ha asustado, ha llamado a Susana por si estabas en su casa y luego a mí. Ha sido ella la que me ha pedido que le preguntara a Lana y ha bajado de inmediato.

—Y qué ha hablado con mi madre.

—No lo sé, porque al estar ella aquí, yo he cogido el coche y he pasado dos horas largas dando vueltas por si te veía.

Está tecleando en su móvil.

—A quién llamas.

—No llamo, mando un mensaje a Susana, otro a mi mujer y a Jacinto.

—¿A Jacinto para qué?

—Norma, ¡Joder! Estábamos asustados, no sabíamos qué hacer, no podíamos ir a la policía porque eres adulta y tienen que pasar más horas. Lana ha llamado a todos los hospitales y tu madre a Jacinto por si... Nos has vuelto locos, él también ha estado dando vueltas por la ciudad, ya puedes hacerle un buen regalo.

—¿Y qué puedo regalarte a ti?

He roto a llorar descontrolada.

—¡Mierda! Lo que faltaba, venga, oye, no llores, ¡joder! Sabes que no puedo verte llorar. Escucha, vas a olvidarte de todo eso de tu padre y la madre que lo parió. Mañana mismo, coges a tu madre y os vais las dos a París o a Singapur, lo que sea. Poned tierra de por medio y olvidad esta historia.

Hago un esfuerzo enorme para dejar de llorar porque Javier está secándose la cara con su pañuelo. Se lo cojo y termino de secarme, lo estoy doblando.

—Eres un guarro, está sucio. ¿Habías llorado antes?

Ahora es él el que no aguanta las lágrimas.

—Cómo no iba a llorar, me han venido mil historias a la mente y ninguna era buena. Ya, ya está, me marchó. Mañana abres tú la redacción, yo quiero dormir a pierna suelta lo que me pida el cuerpo.

—Vale, pero no decías que me fuera con mi madre a...

Rompemos los dos a reír, ya de pie nos abrazamos.

—Gracias, amigo. Lana me llama niñita, por lo visto lo soy.

—No, nada de eso, eres una tía de puta madre a la que se le ha ido un poco el tarro por esa historia que quizá debieron contarte hace años o poco a poco. Oye, ¿estaba bueno el *kebab*?

Ya junto al ascensor me ha hecho la pregunta y vuelvo a reír.

—Ya te digo, me ha sabido a gloria, pero el chiringuito era para echar a correr, ni siquiera sabría volver allí. Me lo he comido a bocados pequeños para que durara.

—¡Joder! Me hubiera gustado justo pillarte en ese momento. Ve a dormir, y, oye, dale un beso a tu madre antes de acostarte. Seguro que aún está despierta.

Antes voy a ver a Isa, estoy segura de que también está despierta. Tiene la luz encendida.

—Hola, solo quería pedirte disculpas, supongo que...

—Anda, ve a la cama, ya estás en casa y nada más importa. Pero no vuelvas a hacerlo, no lo hagas más, cielo, por favor.

El llanto la ahoga, me acerco y le doy un par de besos, no digo nada más.

Entro despacio en la habitación de mi madre, la luz está apagada y no la enciendo, pero una ligera claridad llega de la calle. Me siento junto a ella en la cama, cojo su mano entre las mías y la beso.

—Lo siento mucho, mamá, ¿podrás perdonarme?

—Esto hubiera sido normal con quince años, con los que tienes, es una locura, pero no tengo nada que perdonar, quizá tengas que perdonarme tú a mí por perder el control y por todo.

Me inclino para besarla y su abrazo me lleva a quedarme quieta a su lado, tanto que nos hemos dormido las dos.

Un ligero toque en mi hombro me despierta. Es Isa que me hace gesto para que salga.

—¿Qué pasa?

—Ha venido don Guillermo.

—¿Le has dicho que mamá está durmiendo?

—No, viene a verte a ti.

No me entretengo en mejorar mi lamentable aspecto que no pasa desapercibido al dar un beso a un Guillermo que parece intranquilo.

—Hola, buenos días.

—¿Has dormido vestida?

—Sí, ha sido una noche un poco rara, lo siento, siento oler mal.

—Vamos al ático.

Me quedo sin saber qué decir.

—Hablaremos allí, ya le he dicho a Isa que le diga a tu madre que has subido.

Intento poner el pelo en orden.

—Vamos, no te preocupes, mientras preparan el desayuno puedes darte una ducha, seguro que Lana tiene ropa de sobra.

—De acuerdo.

Es la propia Lana la que abre y me mira de arriba abajo.

—Deja que se dé una ducha, ha dormido vestida.

Sin decir palabra me empuja, pero no a su cuarto, uno de invitados. Solo hay ducha y allí me deja sin decirme nada. Me estoy secando el pelo con la

toalla, lo llevo largo y rizado, si no lo seco un poco gotea, cuando Lana abre la puerta, trae un chándal camiseta y braguita.

—Gracias.

Sin hablar, me pone contra la pared y me besa tanto que se me nubla la vista.

—Suerte tienes que me controlo, porque anoche te hubiera dado de bofetadas hasta casarme. Vas a necesitar muchos polvos para dejar de comportarte como una cría.

Ha puesto su mano en mi entrepierna, y vuelve a besarme con delicadeza.

—Lávate, parece que te hayas corrido. Te esperamos en la terraza.

Me ha costado reponerme, cómo me descontrola. Voy hacia la terraza sin querer preguntarme nada, pero con el estómago encogido. Ahí están los dos mirándome y siento un escalofrío al ver a Guillermo tan serio. Tengo hambre, espero que me dejen desayunar tranquila. Él se ha levantado y anda de un lado a otro. Lana, en cambio, está muy tranquila y ya me ha untado dos tostada.

—¿Si son las dos para mí es suficiente?

—Una más, necesitas coger fuerza.

Tres tostadas, un plato de fruta y café. Por suerte he podido desayunar sin que me dijeran nada. Vuelve Guillermo a sentarse.

—¿Qué pasó anoche? Me ha contado Lana que tenías que hacer unas preguntas a tu madre, al parecer no te atreviste, y pasaste la noche dando vueltas por ahí. ¿Fue así o hay algo más?

Lana ha encendido un cigarrillo y me lo pasa, doy un par de caladas y respondo de la mejor manera que sé, con la verdad.

—Gracias. Verás, Guillermo, no sé qué derecho tengo a cuestionar nada a mi madre. Es mi madre, por encima de todo, es mi madre. Quiero saber, claro que quiero saber, pero me da miedo a que algo altere nuestra relación, y si eso va a ser así o cabe esa posibilidad. No quiero saber. Aunque eso me suponga vivir con dudas, con preguntas sin responder.

Me mira tan fijo como Lana, pero distinto, con pena parece.

—Pon algo de beber, Lana, por favor. Esta mujer pudo ser mi perdición, pero no será la tuya. Es una hija de puta tan brillante como honrada, no tengas miedo de ella. Te quiere bien.

La sonrisa algo divertida de Lana me tranquiliza, deja tres copas de vino sobre la mesa y besa a Guillermo en la sien.

—No vas a preguntar a tu madre nada más. No es que quiera mentir, es

muy difícil para ella decir algo distinto a lo que ha dicho durante tantos años, una verdad fabricada que el tiempo ha convertido en la verdad. Entre Lana y yo te daremos todas las respuestas. Con una condición que ha impuesto ella y tendrás que cumplir, quieras o no.

—Qué condición.

—Lo sabrás al final, cuando ella lo decida. Creo que aún no tienes muy claro el acuerdo al que se llegó. Tu padre pudo ir a la cárcel por lo que hizo, tu madre era una menor sin experiencia alguna en cuanto a relaciones, era virgen en lo físico y emocionalmente. No la forzó, pero fue como si lo hiciese porque no solo no la quería, aprovechó su ignorancia y su inocencia en beneficio propio y, lo que es peor, sin intención de cumplir con ese compromiso más allá de lo que le era necesario a él, no a tu madre, solo el mínimo exigible para que el vínculo no pudiera romperse. Como abogado era despierto, la ley de divorcio no estaba aún aprobada, pero era inminente. Él ya conocía cómo iba a ser, pocos cambios podría haber. Se intentó contentar a todos y fue una chapuza en realidad. Para poder llegar al divorcio había dos fases previas. La primera, pasar por un año de no convivencia, lo cual implicaba no tener relación sexual. Entonces se solicitaba la separación judicial, que suponía otro año sin convivencia y si se demostraba, pasaban a separados judicialmente. Eso suponía que si decidían reanudar la convivencia, bastaba con una declaración. Si uno llegaba al divorcio, para volver a convivir y que fuese efectivo, había que volver a casarse.

«Él sabía que su padre jamás admitiría un divorcio ni una separación judicial. Así que, aún sin estar aprobada la ley, solo un borrador en ciernes, precavido el hombre, por lo que pudiera pasar y para que tu madre no pudiese solicitarlo. Jodió con ella, y perdona la expresión, después de nacer tú solo dos veces lo hizo, una en cada año, porque bastaba con una vez para que no se cumpliera el requisito del año sin relación. Muchos años después la ley se reformó y es la que hay. Yo lo apreciaba mucho, muchísimo, por eso se lo presenté a tu madre, y llegué a odiarlo con todas mis fuerzas. En otra época, lo habría retado a duelo.

«El acuerdo al que llegamos o más bien, que le impusimos. Fue el de mantener las formas y con eso él se beneficiaba más que ella, obtenía lo que con su acción había propiciado. La gran sacrificada con ese acuerdo fue tu madre. De esa manera ella estaba condenada a no poder relacionarse con otro hombre, sin perjudicar su nombre y su honra. Mientras que él, saliendo de esta

plaza podía torear lo que le viniese en gana, siempre y cuando no llegara a saberse.

«Puedes pensar, como Lana pensó en su momento y apenas hace una hora que la he convencido de lo contrario. Que tu madre obtuvo un beneficio escandaloso, en definitiva, era para ti, pero del que ella disfrutaría en vida. Sí, así era, pero en qué le mermaba a él, en nada. Se le asignó una cantidad anual y durante quince años, que le iba a permitir vivir como lo había hecho hasta ese momento. Se consideró ese tiempo necesario para que su despacho tuviese una clientela suficiente con los ingresos correspondientes para vivir holgadamente. Los bienes que estaban a su nombre no podría disponer de ellos para venderlos, según el acuerdo. Por otro lado, aunque con un alto valor, era lo que usaba, el despacho, que eran dos pisos enormes, toda una planta. La vivienda y tres coches que tenía. Caso de adquirir algo, pasaría a ser de tu propiedad a su muerte. Entonces nada previsible, era un hombre joven y con salud. Del dinero que recibía o del que pudiera ganar, podía disponer a su antojo y así lo hizo. A tu madre se le asignó una cantidad mensual como manutención que no llegó a constar en el acuerdo, la pagaba tu abuelo y la recibió mientras él vivió. A partir de su muerte, y ya fallecido tu padre anteriormente, ella comenzó a recibir el usufructo de toda la herencia, incluidos los bienes de tu padre. ¿Te ha quedado claro?

—Sí, pero, por qué de esa manera.

—Fue de justicia por parte de su padre, tu abuelo quiso que todo lo suyo fuese para ti, y que a tu madre no le faltase nada. Y de venganza por mi parte. Sé lo mucho que le dolió tener que aceptar esas condiciones. Su vida dio un cambio radical, porque no podía disfrutar como él quería. Los dos, casi tres primeros años se comportó bien. Viajaba con frecuencia a París o Londres, a veces solo por el día, a cualquier parte donde encontrar con quién entretenerse, pero siempre cerca. Trabajaba mucho, comenzó a tener una buena cartera de clientes. Alcanzó renombre, yo mismo le mandé clientes por entonces, mantuvimos relación por las apariencias, era buen abogado y dada la amistad que teníamos, lo normal era recomendarlo. Después aumentó sus viajes y siempre a Nueva York, cada vez más y más a menudo. Comencé a preocuparme, un buen día contraté a un investigador, tardó en darme resultados, pero los dio. No es que en Nueva York fuese buscando entretenerse, tenía pareja estable. Y poco tiempo después un hijo al que dio su

nombre. Nada de eso sabe tu madre, ni mi mujer, por supuesto tampoco se lo dije a tu abuelo.

«Cuando enfermó, fue muy trágico, la verdad. Porque no se diagnosticaba con la rapidez actual y la enfermedad avanzaba galopante, ni los tratamientos para frenarla eran los de ahora. Su madre medio enloqueció, su padre lo consideró un castigo divino por su pecado y yo, aconsejé, mandé en realidad, a tu madre que nadie, absolutamente nadie tuviera acceso a él de ninguna manera, ni siquiera por correo o teléfono. Porque eso podía trascender y afectarte a ti. Entonces a los hijos se les discriminaba como apestados. Además “nadie” sabía que era homosexual, cómo explicar lo que le pasaba, aún no estaba claro que podía uno contagiarse de otra manera. Eso fue lo que le dije a ella. Pero mi razón era otra. Estaba seguro de que su pareja vendría si se enteraba, incluso al no tener noticias, y quizá con el hijo. Hice lo imposible para que no sucediera ni trascendiera. Le hice firmar un poder para dirigir el despacho en su ausencia, y prohibí al personal cualquier información, en realidad no disponían de ella.

«Y llegó, se presentó un día alegando ser un cliente de Nueva York, yo tenía todos los datos, y lo recibí como cliente, pero casi de inmediato me dijo que su interés era personal, que eran amigos, estaba de vacaciones y quería saludarlo. Lo que hice fue darle una falsa información, tras exigirle que me diera su palabra de no comentar nada, le dije que por el mucho trabajo estaba con una depresión en una clínica suiza y que, salvo su mujer, nadie más sabía nada porque ella había prohibido las visitas. Cuando mencioné a la mujer, se quedó lívido. Salió del paso diciendo que no sabía que estaba casado. Añadí que felizmente casado y con una hija. No volvió. Esa es la historia en la que yo participé. El resto tiene que contártelo Lana y, como ya he dicho, ella será la que te diga la condición. Os dejo, quiero ir a casa y veré de dormir un rato. Mírala, tan perfecta como siempre después de pasar la noche en vela. No puedo creer que no te hayas chutado con algo.

Ha señalado a Lana que sonrío al tiempo que se levanta.

—No tengo tus años, querido Guillermo, ni tu desgaste.

Guillermo me ha besado y ha apretado mi hombro. Me quedo hundida en el sillón sin saber siquiera si mirar a Lana cuando vuelva, ha ido a acompañarlo a la puerta. Estoy en sus manos y más perdida que nunca. Ha tardado y cuando llega alarga la mano. No pregunto, presiento lo que quiere y no protesto ni pongo resistencia. No me he equivocado, estamos en la cama redonda, con un

cielo azul radiante sobre nosotras y desnudas las dos. Recorre con su lengua mi cuerpo y es tal mi excitación que voy haciendo lo mismo sin saber ni lo que hago, pero con el deseo tan encendido que va frenándose. Sin palabras me sujeta, me aparta, me atrae. Ella controla absolutamente todo lo que hace o lo que yo pueda hacer. Ha metido su cabeza entre mis piernas y quisiera morir en este mismo instante. Intento hacer lo mismo y no me deja, lo cual aumenta mi descontrol y siento deseo de pegarle porque ríe burlona, para no hacerlo me aparto.

—Mi fierecilla, no estás preparada para tanto. Eres una niña, ten paciencia. Eres tú la que lo necesitas. Ven aquí, no me hagas ir a por ti o te arrepentirás.

—¡Vete a la mierda!

—Qué modales son esos. Ven, no quiero repetirlo.

Se ha puesto seria y mirándome de esa manera que me hipnotiza. Gateo para acercarme y sonrío tan tierna que me desarma. Y no dice nada, pero me abro y vuelve a meterse entre mis piernas...

El cielo no es azul. Oh, Dios, es de noche. Cuántas horas llevo aquí, dónde estará. El chándal tampoco está, qué manía tiene con hacer desaparecer la ropa, no puedo ir desnuda por ahí. Qué pensará mi madre de que esté aquí. Lo tiene claro, si cree que por quitarme la ropa voy a estar aquí encerrada. Cogeré lo que quiera de su armario. Miro y encuentro un chándal parecido al que llevaba, tentada estoy de ponerme alguna prenda de la exquisita lencería que tiene, no tengo nada ni parecido. Me conformo con una braguita, y salgo sin mirar a parte alguna. Quiero irme, tengo que alejarme de ella, es como una bruja, hace lo que quiere conmigo, me trastorna y si sigo cerca de ella enloqueceré. Encima sigue burlándose de mí. Mierda, no tengo llave, no me queda más remedio que llamar a la puerta. Isa me mira de arriba abajo y da un bufido.

—Ponte algo en orden para cenar, estoy a punto de servir la cena.

—Vale, dame un minuto.

Entro al comedor y de una pieza me quedo, Lana sentada a la mesa y mi madre sonriéndome.

—Pasa, cariño, estábamos esperándote. ¿Has dormido bien?

—Sí, creo que mucho.

—Te hacía falta, ¿has comido algo?

—No, creo que no, bueno el desayuno sí.

—Ha desayunado bien, pero lo que más falta le hacía era relajarse y dormir. Le he dicho a tu madre que me gustaría que me acompañaras unos días a Nueva York, cuatro o cinco como mucho. Te vendría bien distraerte un poco, qué te parece, ¿quieres venir?

—No sé, tendría que hablar con Javier.

—Ya he hablado yo, he tomado el aperitivo con él.

—¿El aperitivo?

Cuándo me he dormido, cuántas horas. No es normal.

—No quería proponerte el viaje sin saber si había posibilidad de que pudieras venir. He reservado el vuelo para mañana.

—Qué se supone que tengo que hacer.

—De momento es un viaje sin condiciones, aceptas si quieres. Ah, gastos pagados, es un viaje de trabajo, pero como me ocupará poco tiempo podremos ver algún musical, hacer compras, visitar el MoMA, lo que quieras.

—Norma, cariño, deberías aceptar, un poco de distracción te vendrá bien.

—De acuerdo, ¿cuándo dices que saldremos?

—Hay que estar en el aeropuerto hacia las siete de la tarde o poco más, está prevista la salida a las 20:25. Davinia esto está delicioso, ¿la receta es de Isa?

—No, la aprendió de mi madre, ¿te interesa la cocina?

—La mexicana y la italiana, más que otras. Viví un tiempo en Japón, pero no me convenció su comida, acabé cocinando yo. En Italia disfruté comiendo pasta a diario. Hay mil maneras de hacerla. Desde luego nuestra cocina no tiene nada que envidiar, hay tanta variedad que podemos dar lecciones al resto del mundo...

No me lo puedo creer, hablan como si fueran amigas íntimas. Por qué ha sacado el tema de la cocina y ha dejado de hablar del viaje. Qué está pasando, de qué han hablado las dos, me siento extraña en mi propia casa, como dice Anunciación, es una seductora nata y ha seducido a mi madre...

—Norma, Norma, por favor, ¿has alzado el vuelo?

—Perdona, mamá, creo que he dormido demasiado, ¿qué decías?

—Trataba de que participaras de la conversación, le decía a Lana que justo a ti te encanta la comida mexicana y aún más la italiana. Por suerte en Nueva York puedes comer de las dos. Nosotras hemos estado dos veces, y siempre hemos comido bien. Claro que no pedimos lo más típico de allí.

No he llegado a hablar con Javier, apenas dos palabras para despedirme y

lo mismo con Susana. Ya estamos volando y mi seductora acompañante se ha tomado una pastilla, se ha puesto un antifaz para dormir y parece que duerme. Yo no soy capaz de concentrarme con la lectura y estoy viendo una película que no me gusta. Mi cabeza da vueltas a cuál pueda ser la condición que me impondrá y cuál es el motivo de este viaje. No consigo hilvanar nada, agotada por nada, porque nada he conseguido, al final me he dormido. Y me despierto cuando me dice pegada a mi oreja.

—¿Sueñas con angelitos o conmigo?

La miro medio aturdida, cómo puede estar tan radiante. Me coge la barbilla y me besa con levedad en la boca.

—Quiero que estés relajada para que puedas disfrutar, no todo va a ser malo.

—Eso quiere decir que sí hay una parte mala.

—No te lo discuto, espero que no tanto como puedas pensar, digamos menos buena, solo eso. Ponte los zapatos o te olvidarás de ellos.

Con el ajetreo de pasar el control y recoger el equipaje me distraigo del malestar que me ha causado. Está claro que no ha venido por nada de trabajo, pero qué pretende realmente soy incapaz de imaginarlo. Hay un coche con chofer esperándonos. Ya estamos en el hotel y me sorprende que haya reservado dos habitaciones. Bien, por lo menos dormiré tranquila tres o cuatro horas.

—Norma, mañana, es decir, hoy cuando te levantes, puedes hacer lo que quieras, yo estaré ocupada toda la mañana y quizá parte de la tarde, lo que sí es seguro es que cenaremos juntas, saldremos si quieres. Di algo, no has abierto la boca desde que pisamos tierra.

—De acuerdo, cenaremos juntas. Vale.

Me ha sorprendido, ya estaba segura de que no tenía nada que hacer, parece que estoy equivocada. Por lo menos dormiré.

He salido un rato y he comprado un par de pañuelos, uno para Isa y otro para mi madre. Para Susana una jarra muy horterera y muy americana, le gustan esas cosas. Después quería comprar algo para Javier y he terminado en una librería de libros viejos, es decir, usados, no antiguos. He pasado un buen rato leyendo a Whitman y he releído varias veces una de las dedicatorias:

*“Cuando hube leído el libro, la biografía famosa,
Me dije: “¿Es esto lo que el autor llama la vida de un hombre?”*

¿Y escribiría alguno así mi vida cuando yo haya muerto?

Como si, en realidad, alguno supiera algo de mi vida.

Pues yo mismo, a menudo pienso, que muy poco es lo que sé de mi propia vida.

Sólo algunos indicios, unos pocos rastros acá y allá.

Los que aprovecho para mi uso y registro aquí”.

Sí, yo poco sé de mi vida, pero otros saben por mí y la escriben como quieren, a su capricho o conveniencia. Al final lo he comprado para Javier porque está muy bien conservado y la encuadernación es buena, después he cogido una novela de policías y ladrones, no conozco el autor, pero el inicio me ha gustado. A media tarde recibo un mensaje, Lana me pide disculpas por no poder cenar conmigo. Quedamos para mañana por la mañana en el restaurante. Ya tenía media novela leída, pero la he dejado, la verdad es que me gusta más que me lo cuente Javier, él se entusiasma y me hace reír o me da sustos. Paso media noche cambiando canales de la televisión, hasta quedarme dormida con todo encendido. Por lo que me he llevado un susto al oír hablar cuando me he despertado. Dios, qué locura tengo. Acabo de vestirme cuando llaman a la puerta. Es ella, esplendorosa y con su mejor sonrisa.

—Buenos días, ven a mi cuarto, he pedido el desayuno. Qué tal has dormido.

—Bien, ¿y tú?

—No mucho, la verdad. Me encontré con un conocido y he pasado parte de la noche con él, nada, un par de polvos recordando otros tiempos. Mira qué estupendo, ideal para engordar, pero no vamos a privarnos estos días.

Ha pedido los famosos huevos Benedict. Por qué me molesta que haya estado con alguien, es absurdo. Pero sí, me molesta. Qué clase de persona es realmente...

—Norma presta atención, por favor.

—Sí, qué quieres.

—Que escuches cuando te hablo.

—Te estoy escuchando.

—Ahora sí, pero hace un momento, no sé si habías vuelto a Madrid, hasta tenías el ceño fruncido. ¿Qué te pasa?

—Nada, será por el cambio horario, me descentra un poco.

—Bien, pues procura centrarte porque mañana vas a conocer a tu hermano.

—Hemos venido a eso, claro. Pensé que lo del trabajo era un pretexto, pero ayer me convencí de lo contrario. Ahora es evidente. ¿Es esa la condición? ¿Y si no quiero conocerlo?

—No intentes provocarme, diciendo tonterías, tienes todas las de perder conmigo. Crece, Norma, por el amor de Dios, crece o sufrirás mucho, y no seré yo la que te provoque ese sufrimiento. Come.

—No me has dicho lo que tenías que decir, según Guillermo.

—A ello voy. Vine aquí por trabajo, llevo años por el mundo trabajando para Guillermo, negociando con inversores la mayoría de veces. En otras ocasiones poniendo en marcha alguna empresa. Lo de aquí iba a ser muy temporal, pero se prolongó, cada vez tenía mayor rentabilidad, y me quedé varios años, ocho en total. Mi trabajo solo me ocupaba tres o cuatro horas al día y no todos. Así que disponía de mucho tiempo libre y decidí ampliar mis estudios. Conocí a Thomas, tu hermano, en la universidad, asistíamos los dos a clase de economía, hicimos amistad de inmediato. Tenía gente con la que salía y demás, con Thomas era distinto, un amigo de verdad, no pienses otra cosa. A pesar de que él era muy joven nos entendíamos de maravilla. Nos gustaba lo que era el estudio, discutíamos de literatura, en fin. Había un aprecio mutuo sin dobleces. Conocí a Robert, su padre, que era profesor de física y no ocultaba su condición de gay, con él que tuve también una especial relación, era muy afectuoso y muy buen conversador. Formábamos un trío genial, hicimos muchas excursiones juntos, llegamos a una amistad profunda. Fue muy típico, la primera vez que fui a su casa, me invitaron en acción de gracias.

«Me llamó la atención ese día, que Thomas no llevaba el apellido de su padre, el suyo era como el tuyo, Donoso. Soy curiosa por naturaleza, así que le pregunté a Thomas por qué. Entonces me contó que su padre era español, abogado en un despacho importante, nunca les dijo que era suyo. No sabía nada de él, porque había resultado un fiasco total. Más o menos vino a decir lo que te contó Guillermo y después, Robert volvió y ya el bufete estaba cerrado y no pudieron saber más. Ahí quedó la cosa, no volvimos a tocar el tema.

«En uno de mis viajes para visitar a mi abuela, dos o tres años después, me vino a la mente. Y se lo conté sin más, pura anécdota, siempre le cuento de todo, y aunque lleva como treinta años sin salir de casa, sale solo por el entorno, vive en la sierra, tiene muchas amistades y conoce todas las historias turbias o no de la buena sociedad madrileña. A los pocos días de estar otra vez aquí, me llamó por teléfono y me dijo: “Sé quién es el padre de tu amigo,

te lo contaré cuando vengas”. Ese fin de semana volví a Madrid, picada por la curiosidad y, más que nada, con la esperanza de poder decirle a Thomas, tu padre vive en tal o cual sitio, y ya que él decidiera lo que fuese.

«Lo que mi abuela me contó me pareció muy enrevesado y me hizo recordar los archivos de Anselmo. Rebusqué en las cajas que tenía con expedientes. Y claro, entre lo que ella sabía y lo que allí constaba, pudimos completar el rompecabezas. Por un lado mal, porque estaba muerto, por otro, Thomas podía de alguna manera recomponer la imagen de su padre, y que no fuese tan negativa. A mi vuelta a Nueva York me encontré con la terrible noticia de que había sufrido un accidente, en el que Robert murió, y Thomas estaba malherido y en coma. Oye, vamos a salir y caminar un poco, luego te cuento el resto.

No digo nada, la veo emocionada y no sé si debo decir algo. Parece más humana así, la miro de soslayo y veo que trata de controlar la respiración. Llevamos casi la hora y no ha dicho una palabra. Damos la vuelta a la manzana y acelera el paso, Dios, si no estoy bastante loca me faltaba esto, aunque da la impresión de que va hacia algún sitio. Y sí, he acertado, entramos en un pequeño parque. Entre dos edificios hay una cascada de unos veinticinco metros, árboles, follaje y flores. Solo ruido de agua y algunas conversaciones en voz baja. De pronto es como si no estuviéramos en la ciudad. La gente está almorzando, hay pequeñas mesas con sillas metálicas. Todo sencillo y armonioso. Se llama parque Greenacre, queda cerca del hotel. Hay un quiosco en el que venden refrescos, café, y algo de comer; no me pregunta, pero ha comprado dos raciones de tarta de manzana y café. Nos sentamos en una de las mesas, no muy cerca de la cascada porque salpica, en una un poco arrinconada. La veo dar grandes bocados y en nada se lo acaba. Está buena la tarta, pero la verdad es que hemos desayunado muy bien. Suelta un suspiro impresionante y enciende un cigarrillo.

—Necesitaba algo dulce. Si hay niños cerca no puedes fumar, aunque sea al aire libre. Este parque se hizo gracias a una Rockefeller, quería crear rincones que dieran paz a tanto ajeteo. Esta ciudad puede llegar a agobiar. Mi oficina estaba próxima, siempre que podía traía de casa el almuerzo y me lo comía aquí. Thomas quedó paralítico de aquel accidente.

No digo nada, pero me he estremecido. Me ha mirado como esperando que dijera, como no lo hago, sigue.

—El hospital, la rehabilitación, todo lo que supuso, le dejó sin casa, sin un

céntimo y con una deuda con la universidad. Aquí puedes tener la medicina más avanzada si puedes pagarla, si no quizá te vayas al infierno con un resfriado mal curado. Yo juré ante la tumba de su padre que Norma Donoso sabría algún día que tenía un hermano, al que debía una compensación moral y económica por el maldito acuerdo de su familia.

Ha hablado con una frialdad que me ha estremecido. No tenía apetito, pero me estaba esforzando, ahora me es imposible dar un bocado más. Sin decir nada coge lo que me queda y se lo come sonriendo con ternura.

—Tranquila. Thomas tiene trabajo en una universidad, conoció a una chica estupenda y es padre de un par de niños. No quiere dinero, pero le gustaría conocerte. Y eso es lo que quiero que hagas, que lo conozcas, y, tú no tienes culpa de nada, pero quiero que le pidas perdón por lo que hizo tu padre. Ya sé que engañó a tu madre, pero tenía un fuerte motivo para hacerlo, la ambición. El engaño para con Robert y Thomas, fue totalmente gratuito, carente de sentido, le aceptaron en lo que era y sin esperar ninguna herencia. Además, está claro que tuvo alguna relación extra que le contagió el sida. Su traición le costó la vida, pero pudo ser peor si hubiera contagiado a Robert.

«Si Thomas no se hubiera negado, os habría puesto una demanda, esa era mi intención. Como no quiso, decidí averiguar hasta qué punto sabías y para eso tenía que hablar contigo, ganarme tu confianza. Aluciné cuando vi que vivías en el limbo. Solo quería que saliera a la luz la verdad, pesase a quien pesase. A Guillermo nunca le dije nada, hasta anoche. Cuando viví junto a tu madre su angustia, recordó tu depresión por la muerte del chico aquel que ni siquiera era tu novio y lo mal que lo pasó ella temiendo que no lo pudieras superar. Ese mismo temor parecía tener Isa y, cómo no, la desesperación de Javier al no saber de ti. Me di cuenta hasta qué punto me importabas, y que no podía seguir de justificiera porque a quien más estaba doliendo era a ti, y tú no tienes culpa de nada. Me importas niñita, pero eso no te libraré de que cumplas, a menos que quieras que... No, no voy a amenazarte con nada, solo tengo que emborracharte un poco y empostrarte, o quizá tenga que dejar que me empotres tú. Vete a donde quieras, no quiero verte hasta mañana que saldremos a las nueve, vive en Kutztown, da clases en la universidad de allí.

Sin decir una palabra, me voy. No sé qué me pasa, estoy como la otra noche, hecha un lío. Dice que le importo y no me amenaza, pero quiere usar el sexo para que baile al son que quiera ella. Por qué tenemos los hijos que purgar los pecados de los padres. Thomas no es culpable de nada ni yo

tampoco, pero él ha sufrido el abandono y ahora yo tengo que dar la cara por un padre que no llegué a conocer. Qué mundo es este, absurdo. Dónde están los principios y valores. Lo único que tenemos en común Thomas y yo es un padre hipócrita y egoísta. Vuelvo al hotel porque no quiero perderme en Nueva York, ya sería demasiado. He acabado con los botellines de la nevera, no estoy borracha o no lo suficiente, pero me ayudará a dormir. Hay quien toma una pastilla, no deja de ser adicción.

Despierto en mitad de la noche y ya he dormido suficiente. Estoy delante del ordenador y pongo el nombre de la universidad. Hago una visita virtual, todo muy nuevo, cuidado y de gran amplitud tanto dentro como en el inmenso espacio verde. Paso mucho rato y de pronto no lo pienso, siento el impulso y me preparo, salgo ya amaneciendo, dispuesta a enfrentarme sola al pasado y al presente.

Capítulo 5

Por suerte me fijé en el nombre de la compañía del coche que vino a recogerme, la busco y pido un coche. Ya estoy camino de Kutztown, el conductor es mexicano, habla fatal el inglés y le digo que soy española y puede hablar en español. Con lo cual ha sido como darle cuerda. Cuenta que lleva ya veinte años y que es residente legal desde hace tres.

—Hay que conducir bien, no tener infracciones o pueden retirarte la tarjeta de residente legal. Cuando ya la tienes cinco años, se puede solicitar ser ciudadano. ¿Viene a estudiar?

—No, a ver a un profesor.

—Hay buenos maestros, hace falta dinero, cualquiera puede hacer grandes estudios si tiene dinero...

Aturdida me tiene porque ha decidido poner unas rancheras. Por fin hemos llegado. Pregunto por el profesor Donoso y un chico muy atento me acompaña a otro edificio. Desde luego es un sitio agradable para trabajar. Cuando ya estoy en la puerta me entra el miedo, algo me oprime el estómago. Por fin me hago el ánimo y llamo, no responde y abro. Es un despacho no muy grande, pero hay otra puerta y no me atrevo a avanzar.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola!

—Hola, hola, ¿me buscas?

Doy la vuelta y lo veo. Dios, es el vivo retrato de papá. Solo que sentado en una silla. Engullo no sé el qué.

—Sí, perdona, he llamado y nadie...

—Estoy aquí, he ido a por café, ¿quieres? Puedo ir a por otro.

—No, gracias, gracias.

Se mueve hasta ponerse al otro lado de la mesa.

—Soy muy grosero, falta de costumbre de visitas. Siéntate, por favor. Tú dirás en qué puedo ser útil.

Vuelvo a engullir.

—Creo que..., que, perdona, estoy un poco nerviosa.

—No, por qué, no es una graduación, no pasa nada.

—No, bueno, creo que..., bastará si digo mi nombre. Soy Norma Donoso.

Ahora le veo engullir a él, sopla, sonrío, mueve la cabeza, se aprieta la nariz y me mira, nos miramos, y a los dos se nos inundan los ojos. Hacemos esfuerzos para controlarnos, sonreímos y acabamos riendo entre lágrimas.

—Ey, se nota que somos hermanos, por lo menos en esto. Lana dijo que ibais a venir, no sabía bien cuándo, no esperaba verte así sin, sin ella. Puedo ser muy torpe si estoy nervioso y lo estoy mucho.

—A mí me pasa lo mismo.

—Otro punto a favor del parecido. Escucha, escucha, esperas aquí un momento y voy a decir que me tomo el día. Tienes que conocer a mi mujer y mis niños.

—No quisiera causarte problema con el trabajo.

—No, no pasa nada, todo está bien. Todo correcto. Espera, no corro, me deslizo.

Salgo a la puerta y veo que va a toda marcha con la silla. Nos parecemos, somos igual de torpes los dos. Mi padre no sería así... Ah, la abuela Elvira, ella tartamudeaba a veces, era poco habladora, así disimulaba. Se enganchaba cuando estaba nerviosa. Yo no tanto, y Thomas parece que tampoco, pero algo nos pasa. Me he emocionado y él parece que también, qué cosas, sin conocernos, cómo es posible. Ya vuelve como un rayo, tiene una sonrisa preciosa, es muy guapo.

—Cojo la cartera, cómo has venido.

—Oh, con un *sixt* no sé qué. Está esperando.

—Lo despides, te llevo de vuelta.

—He pagado el día, puede esperar.

—Bien, sí, pero te puedo llevar, mi coche anda por mí.

Río con él y voy a decir al buen chofer que puede dormir hasta que le llame. Tiene un coche acondicionado, no lleva pedales, resulta extraño, pero él se maneja perfecto. Va diciéndome del pueblo, es pequeño solo unas cuantas calles, todo es amplio, como en las películas. Luego casas sueltas, como la suya que es de madera y de una sola planta, parece espaciosa.

—Es muy bonita la casa.

—Sencilla, suficiente, tenemos mucho espacio de jardín y los niños pueden jugar fuera si no llueve, es bueno y sano.

Ha salido la que debe de ser su mujer, su aspecto es agradable y boquiabierto se queda cuando me presenta. Nos mira a los dos alternando.

—Sí, hay parecido, al momento no, pero sí. ¿Tomas té o café?

—Café.

—No, Aida, no, un vino, para poder brindar. Hay que brindar por conocernos.

Es un poco atropellado todo, hablamos a la vez o nos callamos al tiempo. Voy serenándome y le pregunto a Aida.

—De dónde eres.

—Nací aquí, en la misma Nueva York, mis padres en Colombia, y viven más al sur, un amigo le ofreció trabajo a mi padre de mecánico, tiene un taller de reparación de coches, y se fueron, me quedé sola. Soy ciudadana gracias a Thomas que quiso hacerme el favor y se casó conmigo. Ya no estoy sola.

—Tú me hiciste el favor a mí. Tuve un grave accidente y tardé años en recuperarme. Ella era terapeuta en el hospital, me daba masajes y si me casaba, no tenía que pagar el hospital.

Aida ha ido a comprar y nos quedamos solos en el porche, tengo que aprovechar ahora.

—Thomas, quiero que sepas que siento...

—No, no, no tienes que sentir ni lamentar. Importa lo que te haga feliz. Es hermoso, muy hermoso poder conocer, saber que, aun sea al otro del mundo, hay un alma que se emocionó al mirarme, y que a mí me ocurrió lo mismo. No podemos mirar atrás, Norma, hay que pisar fuerte aquí, ahora. Coge tu copa y brinda conmigo, por nosotros, por mi hermana mayor, eres la mayor.

—Por nosotros, por mi hermano pequeño del que me gustaría saber algo, pero no quieres recordar...

—Sí, pero tienes que saber algo de mí y yo de ti. Fue duro, ¿sabes? Muy duro, te despiertas sin saber lo que ha pasado y te encuentras sin padre, sin nadie. Solo Lana, solo ella. Los amigos venían, pero se hizo muy largo y poco a poco dejaron de venir o lo hacían muy de tarde en tarde. Aprendes a valorar lo que vale una sonrisa, un apretón de manos, un: ¡No te rindas, joder! Eso me decía Lana. Me obligó a seguir estudiando maltrecho como estaba, a veces con fiebre, venía y me gritaba o me abrazaba. Sabe muy bien cuando dar “caña” y

cuando no, y Aida lo mismo. Nos casamos por necesidad, cada uno la suya. No la cambio por nadie, la quiero mucho, y ella a mí también. Eso tan duro, se tornó en felicidad poco a poco. Cuando ya estuve en condiciones de trabajar, había hecho dos posgrados mientras me recuperaba, me presenté a varios centros y me aceptaron aquí y es un buen lugar para vivir.

—Yo solo tuve un momento muy duro, salía con un chico, Lucas se llamaba, no éramos novios formales, le mataron por defender a una señora a la que estaban robando el bolso y las joyas que llevaba. Pasé un tiempo muy deprimida y me hizo un tanto retraída, no he vuelto a salir con nadie. Voy a fiestas, te juntas con gente, pero no en plan pareja. Y no he tenido momentos especialmente duros, hasta ahora al conocer ciertas cosas que me han resultado muy difíciles de entender.

—¿Tuviste relación con nuestro padre?

—No, antes de los tres años ya se separaron, pero mi madre ha sido una mujer que ha sabido ejercer de padre y madre. ¿Y tú lo recuerdas?

—No, solo por las fotos.

—¿Y tu madre?

—De mi madre poco puedo decir, fue una chica sana, era importante que lo fuese. Robert deseaba un hijo, pero era estéril, por eso fue Pablo quien dio el esperma y el apellido. La joven que contrataron era sencilla, normal, estudiaba y necesitaba dinero para pagarse los estudios. Hicieron un trato con ella, lo que ahora llaman vientre de alquiler. Y la intención era que la conociera si ella accedía llegado el momento. Murió por una sobredosis un año después de que naciera yo. Mi padre, a Robert me refiero, supo hacer de padre y madre, igual que la tuya. Tengo razón, la tengo, no vale la pena mirar atrás salvo para sacar lo bueno. Lana por ejemplo, y es el mejor ejemplo. No solo estuvo a pie de cama y me obligó a seguir estudiando. Compró esta casa y el coche. Cuando comencé a trabajar, solicité un préstamo para devolverle el dinero y no me lo admitió. Una madre no se habría portado mejor. Ahora la veo poco, chateamos. Ya que hablamos de ella, cómo es que has venido sola.

—Lana y yo no siempre estamos de acuerdo, hace poco que nos conocemos y me ha tratado como si fuese una cría, sé que hay momentos que lo soy. Hoy íbamos a venir juntas. He salido del hotel sin decirle nada.

Me está mirando serio, sonrío y vuelve a ponerse serio.

—Hermana mayor, eso parece de cría. Lana estará preocupada. ¿Me dejas que la llame?

—No, no te dejes, quiero que sufras un poco. No te preocupes, ella es muy capaz de enfrentar lo que sea.

Como si del diablo se tratase, ha sido nombrarla y aparece un coche derrapando y los dos nos miramos más que sorprendidos al verla bajar del vehículo. Su gesto serio, sin quitarse las gafas de sol no veo sus ojos, pero siento la dureza de su mirar en mi rostro. ¿Es posible que me haga sentir así o es que tengo remordimiento?

—Aunque te escondieras en el fin del mundo te encontraría, eres tan torpe que no se te ha ocurrido llamar a otra compañía.

—Tú no has sido muy lista, te ha costado mucho llegar a esa conclusión.

Por suerte Thomas rompe la tensión. Carraspea.

—Lana, tengo el honor y el placer de presentarte a mi hermana mayor.

—Eres un payaso.

Después de eso lo ha abrazado y tras quitarse las gafas me mira y hay ternura en su mirada. Y siento que esta vez he ganado algún punto con ella. El resto del día ha sido en perfecta armonía. Cuando han llegado los niños, gemelos, he visto a una Lana desconocida, encandilada con los pequeños, jugando con ellos y besándolos a cada momento. Ha ayudado a Aida a cocinar y retirar todo. No se ha cortado en decir que soy una niña mimada que no sé hacer nada. Tengo la impresión de que Thomas, Aida y los niños son familia para ella. Su trato es de total confianza, íntimo y Thomas parece conocer a una Lana muy distinta. Se nota el afecto. Algo se mueve dentro de mí, me siento con cierta fuerza, y digo lo que quiero decir.

—Thomas, no tengo mucha idea de asuntos económicos, Lana sabe más que yo de mi situación...

—Norma no...

—Por favor, deja que siga. Bien, sé que no quieres dinero, y supongo que ganas lo suficiente para vivir. Pero yo tengo dinero que no uso, nunca lo he necesitado, y es independiente de lo que pueda heredar cuando mi madre... Me asusta hasta pronunciar la palabra. No sé si me estoy haciendo un lío. Lo que quiero es contribuir de alguna manera a que estés bien, y no tengas problemas en el aspecto económico. Tienes dos niños y sé que es caro estudiar aquí. Quiero que me permitas aportar lo necesario para los estudios de tus hijos. Lana podrá calcular lo que es y ocuparse de los trámites, el dinero será para tus hijos, son mis sobrinos y yo no tengo hijos a los que pagar los estudios... Deja que lo haga, Thomas, por favor.

No puedo evitarlo ni él tampoco, estamos los dos llorando con la sonrisa en los labios. Ha abierto los brazos y me acerco para abrazarnos sin poder hablar más palabras. No miro a Lana, no la miro, pero estoy segura de que aprueba lo que he dicho.

La despedida ha sido más emotiva aún que el encuentro esta mañana. Vuelvo con Lana, llamé al buen chofer para que se fuera. Y nada dice en el largo viaje ni yo tampoco, casi hora y media ha costado llegar. Pero estoy muy tranquila, hace tiempo que no me sentía tan bien, ni tan segura. No considero lo que pueda dar como regalo, es lo justo y bien poco para lo que debería ser. Es un paso, podré dar más conforme nos conozcamos mejor. He prometido volver.

Sigue sin decir palabra y yo espero que sea ella la que hable. Ya en el pasillo, frente a su puerta que está antes que la mía, abre, y yo sigo. No ando dos pasos. Tira de mi brazo, me empuja dentro, y casi me asusta verla tan desbocada arrancándome la ropa. Su apasionado asalto desata mi deseo en una explosión que no controlo ni quiero, al contrario, me siento fuerte para vencerla, quiero ser yo la que domine. Y lo hago, Dios, lo estoy haciendo con mi cabeza entre sus piernas. Tan descontrolada estoy que temo hacerle daño y es ella la que me anima.

—Sigue amor, empótrame hasta matarme si quieres.

Despierto con los primeros sonos del aria *Casta Diva* de la ópera *Norma*. Es María Callas la que canta. Me incorporo y ahí está, mirándome, sentada en el sillón con su impecable aspecto y una sonrisa que recuerda la de *Mona Lisa*, no la acabo de descifrar. Respetamos la grandeza de lo que está sonando, un canto a la luna. Al terminar, no puedo por menos que recitar un mínimo de esa bellísima aria que he escuchado desde niña porque es la preferida de mi madre.

*“casta Diva che inargenti
queste sacre antiche piante,
a noi volgli il bel sembiante
senza nube e senza vel...”*

—Qué bello despertar.

—Más bien, qué bella despedida. Ayer dejaste las nubes atrás, no volveré a tener sexo contigo, jamás. Si quieres que seamos amigas, lo somos ya. Otra

cosa no habrá entre nosotras, salvo una relación profesional. Me ocuparé de lo que quieras con respecto a Thomas. Me sentí orgullosa de ti, mucho. Tenemos que estar en el aeropuerto dentro de tres horas. Volvemos a casa, la misión está cumplida. Te espero en el restaurante.

Como si me hubiera dado un mazazo en la cabeza, no reacciono, además, no quiero pensar. No quiero pensar que solo ha usado el sexo para... Oh, Dios, qué he hecho yo para merecer esto. No voy a pensar ni a compadecerme, soy adulta, madura aunque a veces no lo parezca, inteligente y capaz de afrontar lo que sea. A la mierda Lana.

El viaje de vuelta ha sido de dormir las dos, he comprado un antifaz y le he pedido una de sus pastillas. Como no tengo costumbre de tomar drogas de ese tipo, bajo del avión medio atontada.

Aunque no es excesivamente tarde, me excuso conque estoy cansada y quiero acostarme. Mi madre me mira, un tanto decepcionada parece.

—Ya te cuento mañana, mamá. Necesito dormir, disculpa, por favor. Buenas noches.

Paso la noche en vela, con mil dudas. Me levanto muy temprano y salgo de casa sin desayunar siquiera, he dejado una nota diciendo que había un problema en la redacción. Ya en la calle, ando deprisa, tengo un nervio por dentro que me impulsa casi a correr. Sin apenas aliento llamo a Javier.

—Hola, preciosa, ¿Cuándo vuelves?

—Ya he vuelto, quiero hablar contigo fuera de la redacción, estoy en la calle. ¿Desayunamos juntos?

—Me vas a volver loco, dame un poco de tiempo, estoy en pelotas. ¿Dónde estás?

—En la cafetería enfrente de tu casa.

—¡Joder! Seguro que has venido corriendo. Ahora voy.

Ya lo veo venir corriendo, sin afeitarse y con la corbata en la mano. Se me ha ocurrido sorprenderlo con lo mismo que desayuné ayer, aquí también preparan los huevos así, pero sin jamón dulce, con panceta. La mesa está de foto, porque también hay bollería, café con leche para él, café para mí, zumo y vino para los dos. Y los dos libros. Se echa a reír al ver todo y antes de sentarse me da dos besos.

—¡Joder! Has vuelto neoyorquina total. Gracias por los libros, seguro que me encanta la novela y, oye, este de Whitman es una pasada, es precioso. Gracias. ¿Qué tal ha ido?

—De todo un poco, he conocido a mi hermano y a su familia, la mujer y los hijos. Come, no dejes que se enfríen los huevos.

Con los ojos como platos y boquiabierto. Resopla pasándose las manos por la cabeza.

—A punto de reventar tengo los míos con lo que acabas de decir. ¡Joder, qué fuerte! ¡Tu hermano! ¿Tienes un hermano?

Le he contado a grandes rasgos lo que hablé con Guillermo y lo sucedido después. Todo excepto la parte sexual, le he dicho que eso podía esperar. Hemos salido a la puerta para poder fumar y acaban de servirnos el segundo wiski.

—Lo que no puede esperar es qué le digo a mi madre. Ella no sabe nada de la existencia de Thomas, pero quiero vivir sin engaños, ni falsas apariencias como vivieron ellos. Qué crees que debo hacer, porque no quiero darle un disgusto, Guillermo se lo ocultó y eso puede mermar su buena amistad, pero me gustaría dejar claras las cosas de una vez, incluso en lo legal. Me siento como culpable de algo y quiero liberarme de esa sensación.

—Norma no tienes culpa de nada de lo sucedido. Por lo que dices, parece buen tío, ¿no? Lo justo es lo justo, si es hijo de tu padre, debería heredar cuando tú heredes, a fin de cuentas tú aún no has heredado de tu padre, es tu madre la que... ¡Joder! Vaya historia, y vaya pedo que estoy cogiendo. Mira, ve a casa y habla con tu madre con el corazón, tal cual, sin darle mucho detalle de antes ni nada. Yo me iré a la redacción, aunque no sé si seré capaz de hacer algo. Estoy como aturdido. Ah, por cierto, ayer te llamó Susana y no respondiste, está enfadada, cree que tienes un lío, un lío con un tío, y que has perdido la confianza con ella porque no le cuentas nada, y no piensa ir al cine este sábado contigo.

No salgo del asombro.

—¿Susana ha dicho eso, en serio?

—Por su boquita de piñón lo soltó delante de media redacción, así que ojo con lo que le cuentas. Mucho me temo que te has quedado sin la amiga para ir al cine este fin de semana. Claro que, tienes a la vecina.

—No me gusta decir tacos, pero la vecina es una hija de puta. Ya te lo contaré, voy a pagar y me marcho. Gracias, por desayunar conmigo y escucharme.

—Vete, ya pago yo, y oye, no alargues el contarme el resto de la historia, sobre todo lo de la vecina, me muerdo de ganas.

Le doy dos besos y regreso a casa. De camino he comprado flores, margaritas para Isa, y rosas para mi madre. Y he recordado que le debo un regalo a Jacinto. Cuanto más me acerco a casa, menos quiero pensar en cómo pueda reaccionar mi madre. He decidido contarle antes que nada que Thomas existe, luego ya veremos si le doy detalles, conforme lo que diga.

A las dos les han alegrado las flores y los pañuelos. Sin dilación he cogido a mamá y se lo he dicho. Serenidad absoluta es lo que veo en su rostro.

—Tienes medio hermano, menos es nada, cariño, ¿no te parece? ¿Cómo es?

—Es encantador, mamá, da clases de economía en la universidad que está en un pueblo pequeño y vive allí cerca. Está casado, tiene dos niños preciosos, de poco más de dos años. Una mujer muy agradable y él se parece mucho a papá. Es muy guapo y está parálítico a consecuencia de un accidente en el que murió su padre, su otro padre, se quedó sin nadie, no tenía más familia.

—¿Cuántos años tiene?

—Como ocho menos que yo, treinta y tres, pronto cumplirá treinta y cuatro. Me llamó hermana mayor. Los dos nos emocionamos al conocernos, fue un momento extraño porque sin saber cómo soy ni yo nada de él. Tuvimos un instante muy emotivo. Thomas no quiere dinero, mamá, solo deseaba conocerme, pero yo insistí en echarle una mano. Aida, su mujer, no trabaja, viven de lo que gana como profesor. Le dije que me ocuparía del coste de los estudios de sus hijos. Lana tramitará lo que sea, ¿te parece bien?

Veo con angustia que se levanta y respiro al ver que se dirige al mueble de las bebidas. Ha puesto wiski para las dos, yo no debería beber más, pero le doy las gracias y bebo, necesito fuerza.

—En realidad a mí no tendría que parecerme bien ni mal. Pero no puedo dejar de lamentar la situación de ese muchacho, aunque tenga un buen trabajo, tan joven, en una silla de ruedas con la responsabilidad de sacar adelante a una familia y sin ayuda. No, Norma, no solo debes atender a los estudios de esos niños, tendrás que hacer algo más. Voy a llamar a Guillermo, perdona, cariño, pero es mi consejero, ya sé que Lana es una mujer con gran capacidad, pero mi confianza la tiene él. Si puede atenderme me iré. Hija, ese medio hermano, quizá sea lo único que puedas agradecer a tu padre, además de venir tú al mundo.

Impactada estoy con la reacción de mi madre. Me hubiera gustado ir con

ella, pero no suele compartir lo que habla con Guillermo. Paso un buen rato sin hacer nada, mirando al vacío hasta que reacciono y subo al ático. Me recibe Lola, la asistenta.

—Pase, la señora ha ido a su oficina, pero suele volver pronto. Si desea comer algo o cualquier otra cosa, solo tiene que decirlo.

Estoy viendo al fondo el jardín y la piscina y me entra un gusanillo por dentro.

—Un bañador, me gustaría nadar un poco. ¿Puede conseguirme eso?

—Por supuesto, venga, la acompaño a una habitación para que pueda cambiarse.

Es una de las habitaciones de invitados donde me deja, al momento vuelve con un bañador, zapatillas, toalla y albornoz. Le doy las gracias y en nada estoy dentro del agua, un verdadero placer. Mi mente se acelera, gira y gira como una peonza y luego se detiene como si no existiera el pensamiento o no fuera a volver jamás. Pero ya sé lo que tengo que hacer y nado de un lado a otro con todas mis fuerzas. Agotada estoy cuando salgo y me sirvo una copa de vino, antes de tumbarme en la parte acristalada y donde da el sol. He acabado con la copa de vino contemplando el cielo y la mente relajada. Esto es vida, está claro que Guillermo sabe vivir. La oigo llegar, pero no me muevo.

—Vas a tener que trasladarte a vivir aquí, te gusta a ti mucho esta piscina. ¿Cómo estás?

Ella perfecta, increíble su pelo, la cara, toda ella. Y más su sonrisa, la que me gusta, amplia y acompañada de su tierna mirada.

—En estos momentos de cine. Le he hablado a mi madre de Thomas, sin entrar en otros detalles, y le ha parecido bien que quiera ayudarle algo, en realidad le ha parecido poco, y se ha ido a hablar con Guillermo. Él siempre ha sido su consejero. Así que no sé si tendré que hacer algo más. Por eso he venido, para decirte que estoy a la espera.

Su aspecto es sereno, pero tengo la impresión de que está pensando lo que sea. Se ha servido una copa de vino y ha vuelto a poner para mí. Algo va a decir, y aunque no tengo miedo, quiero enfrentar lo que sea vestida, así en bañador y albornoz ella juega con ventaja. Seguiré teniendo ventaja aunque me vista, pero menos. Le digo que espere un momento y voy a vestirme. Cuando vuelvo ella está sentada y yo me quedo de pie.

—Bien, di lo que sea.

—Norma, tu madre y Guillermo no son los que tienen que tomar decisiones

respecto a Thomas. En realidad, Guillermo menos que nadie, por cómo actuó. Debes coger las riendas de este asunto que es tuyo y personal. Lo que decidiste allí me pareció perfecto. Thomas no necesita caridad ni que nadie le humille. Y lo hiciste bien asumiendo el parentesco y de alguna manera iniciando así una relación familiar. Hacer más de momento no sería prudente si quieres que tu hermano lo acepte y tenga buena relación contigo.

—Sí, creo que tienes razón, ya lo había pensado, quiero decir que consideré un paso lo que dije. Dejemos eso, nadie decidirá por mí. Ni siquiera tú, ya lo has hecho demasiado. Y creo que merezco una explicación.

—¿Una explicación? Sobre qué.

—Está claro que has usado el sexo para manejarme. Me has hecho enloquecer y ahora, decides que la misión está cumplida y me dejas tirada. No eres mejor que mi padre, ¿sabes? No importa que tu motivo no haya sido la ambición, como lo fue para él. De entrada pareces más noble porque buscas la verdad, pero a qué precio. Por qué me haces pagar a mí lo que yo no hice, manejándome de esa manera. Eres una depravada Lana. Pudiste explicarme las cosas y llegar a lo que hemos llegado sin pasar por el infierno, porque lo que he gozado ha sido entrar en el infierno. Yo vivía bien sin pensar en si tenía o no sexo, cómo voy a vivir ahora. ¿Buscaré a otra para hundir mi lengua en su vagina? No tenías derecho a usarme de esa manera, no puedo disculparte ni quiero. Eres una hija de puta a la que no le importan los medios con tal de conseguir el fin. De ahora en adelante nos veremos en tu despacho, cuando sea necesario. A fin de cuentas, solo serás alguien que hace un trabajo para mí. Así que, te ahorro la explicación, no vale la pena oír una sola palabra.

Estoy bajando por la escalera, esta parte de la escalera a la que odio un poco más. No he querido detenerme a oír lo que pudiera decir, es capaz de dar la vuelta a mis palabras, y tanto que lo es, y no debo dejar que me maneje, ni ella ni nadie. Eso es lo que he aprendido de todo esto. Podré equivocarme, pero seré yo la que se equivoque, otra cosa no la permitiré.

Mi madre ha vuelto con su habitual aspecto relajado y satisfecha de lo hablado con Guillermo y cuando va a contarme la interrumpo.

—No quiero saber nada, mamá. Con respecto a Thomas, decidiré yo en su momento lo que sea. Puede que incluso lo mismo que vosotros hayáis pensado, pero realmente no tengo interés en conocer vuestra opinión. He meditado y tienes razón en lo que me has dicho esta mañana, que a ti no debería parecerte

ni bien ni mal. Así es, por tanto, huelga cualquier comentario. Voy a salir a caminar un rato, hasta luego.

Sin bolso, con el móvil en el bolsillo, el paquete de tabaco y unos billetes arrugados, por si quiero tomar algo. Así ando por Madrid, esta vez con la cabeza en su sitio, consciente de mis pasos, de lo que respiro, de la emoción que sentí mirando a Thomas. De la locura desbordada entre las piernas de Lana, allí ya no era la vecina que dominaba, fui yo la que logré llevarla más allá del séptimo cielo, y me corrí sin que ella me tocara, solo por el placer que ella sentía, que yo le hacía sentir. Creo que maduré en ese momento lo que no había hecho en cuarenta años. Dios, qué bien me siento.

Me he sentado en una terraza, he pedido café y un wiski. Miro, me recreo mirando a la gente que pasa, mujeres y hombres. Quiero saber si me hacen sentir algo, si despiertan en mí el deseo ellas o ellos. Apenas había tenido tres o cuatro encuentros sexuales con conocidos, gente del grupo de amistades, de mi edad todos. Luego llegó Lucas, ya lo conocía un poco de vista y hacía mucho que no lo veía. Fue en una fiesta de esas en las que hay gente de todas las edades, niños no, solo adultos jóvenes, menos jóvenes y mayores hasta muy mayores. Nunca había hablado con él y lo hicimos ese día. Yo aún estaba estudiando, él había vuelto de un curso posgrado en Dinamarca, eso dijo y yo pregunté.

—¿Sabes danés?

—Algo he aprendido, pero las clases eran en inglés. Tú haces periodismo, ¿no? ¿Piensas trabajar en eso?

—No lo sé, a Javier y a mí nos gustaba eso y decidimos matricularnos. Pero no sé lo que haré después.

—¿Javier es tu novio?

Me dio la risa.

—No, cómo va a ser mi novio. Somos casi como hermanos, es mi mejor amigo.

—En ese caso, podríamos salir juntos, podemos quedar para tomar algo.

Y así, de esa manera comenzamos a salir, poco porque yo aún iba a clase y él, aunque no trabajaba, solía pasar el día en el estudio de su padre que era arquitecto, él también, pero aún estaba en plan de aprender. Un mes después tuvimos nuestro primer encuentro sexual y me gustó, fue mejor que las anteriores experiencias. Y lo hicimos un poco costumbre, no todas las semanas, solo con cierta frecuencia. Pillábamos alguna casa, bien de sus

padres o de los de Javier. Hasta estuvimos un par de veces en un piso piloto de los que hacía su padre. Me sentía a gusto con él, además, si salíamos con Javier y Teresa que aún no era su novia, pero ya iban juntos, lo pasábamos muy bien. No sentía por él un gran amor ni me volvía loca por hacerlo, pero había afecto y la forma en que murió me trastocó mucho. Suerte que el curso estaba acabando y prácticamente lo tenía aprobado, porque no era capaz de centrarme en el estudio, por los pelos aprobé lo que faltaba porque me deprimí. Mi madre me llevó a un psicólogo durante un tiempo, y de poco sirvió. Ni sus esfuerzos y los de Isa por distraerme. Lo que más me ayudó, ya en octubre, fue irme con Javier, los dos solos hicimos el camino de Santiago. Hablando y hablando, callando, riendo y a veces llorando los dos. Eso logró serenarme y poder iniciar el último curso y al tiempo comencé a ir al centro cultural en el que pasé unos años como bibliotecaria. Tenía que llenar un hueco y eso me sirvió

Pero, a pesar de que ya volví a estar normal, algo me retenía de salir con alguien y nunca volví a tener una pareja ni nada parecido. Ahora me pregunto si podré tener relación con un hombre o con una mujer, no sé si estoy a un lado o a otro. Veo a los que pasan, hay de todo, con buen tipo o hechos unos botijos. La verdad es que si están bien me atrae mirar lo mismo a los hombres que a las mujeres, en ellas me fijo en la ropa, y a ellos les miro un poco más abajo, no sé. Ya no sé dónde estoy. Y tendré que saberlo porque lo que sí sé es que quiero volver a sentir esa pasión, y me da lo mismo si es con un hombre o con una mujer. Tendré que saber si soy capaz por mí misma o si solo ha sido por lo que ella me despertaba.

Mi vida ha vuelto casi a la normalidad. Me informé de dónde estaba la oficina de Lana y le mandé una carta solicitando que se ocupase de los trámites necesarios para cubrir anualmente los estudios de los niños. Así que ya la tengo trabajando para mí, porque respondió muy profesional que procedería a ello y ya me pasaría el cargo de sus honorarios y la cantidad a ingresar para el fin solicitado. Tan así me lo puso. Si no considero que es normalidad lo que ahora estoy viviendo es porque Susana no me habla, tiene sus rarezas, aunque me aceptó la jarra. He salido con mi madre al cine varias veces, y al Real, tras el concierto o el espectáculo que hayamos visto, siempre encuentras a alguien conocido para charlar mientras tomas una copa. Y bien, pero tengo esa inquietud de no saber si soy lo que creo ser o todo lo contrario. La vida en casa es la normal, como antes de todo, y si antes no hablábamos de

mi padre ni de Thomas, ahora tampoco. En la redacción paso parte del tiempo revisando lo que otros escriben, al final, la mayoría de las veces el artículo lo hace Javier o lo hago yo. Son gente muy joven y de noticias cortas, tipo red social, y a mí me puede que se dirija el mundo de esa manera.

Este fin de semana que es largo porque el lunes es fiesta, he quedado con Javier, nos vamos solos, nada raro por otro lado, él a veces necesita desconectar del ambiente familiar, la madre de Teresa vive con ellos, y puede ser encantadora y lo es, pero también muy pesada. Iremos a la casa que sus padres tienen en la costa. Como aún hace fresco no va nadie. Él se fue ayer para encender la calefacción, comprar algo de comida y que la señora que se ocupa de limpiar lo hiciera. Yo iré en el tren, siempre lo hacemos así desde que dirigimos la redacción porque no nos gusta irnos los dos al tiempo, alguien tiene que estar aquí asumiendo la responsabilidad.

La casa está en un lugar poco poblado porque hay dunas y el agua a veces lo inunda todo, incluido el jardín que hay enfrente. Es una zona agreste y solitaria, más en estas fechas. Por eso nos gusta, nos hemos puesto botas y andamos por la orilla. Hace viento hoy y llevo a Javier al lado despotricando de nimiedades. Su hermano no se ocupa nunca de venir en invierno, viene en verano a pasar unos días cuando están sus padres y todo está en orden. Los padres son mayores que mi madre y es Javier el que se acerca de cuando en cuando en invierno para vigilar la propiedad, y la mayoría de las veces soy yo la que lo acompaño. A Teresa no le gusta el mar en invierno. No me molesta, al contrario, pero no me gusta que se cabree, siendo lo normal, debería tenerlo asumido.

—Vale ya, cuanto más dices más te cabreas, qué sacas, tu hermano no cambiará y tus padres ya no están para venir aquí en invierno. Además, me tienes a mí para hacerte compañía.

—Tienes razón, no vale la pena. Bueno, cambiemos de tema. Cómo estás, ¿lo tienes ya claro?

—De qué hablas.

—Cuando me contaste todo el asunto con Lana, del sexo y tal, dijiste que tenías que aclararte porque ya no sabías si eras carne o pescado.

—Perdona, pero yo no dije esas palabras. Te las acepto porque expresan, aunque de manera muy vulgar, lo que dije. No he vuelto ver a Lana, mi relación con ella es profesional y por correo. Sé que sigue en el ático y que invitó a mi madre a tomar el té. Se han hecho amigas y la menciona a veces. Y

no dudo, no tengo la menor duda de que si mañana llamase a su puerta y ella me empujara a esa cama redonda, no diría que no. Pero no tengo mayor afán por ver a una mujer ni a un hombre, la verdad es que a veces me esfuerzo en mirar y no siento nada especial. En cambio, si pienso en ella, si recuerdo alguno de los momentos vividos me acelero, siento un hormigueo por todo el cuerpo, en especial en donde puedes imaginar. Me cabreo conmigo misma y procuro apartar el pensamiento.

—¿Y por qué no lo intentas?

—¿Volver con ella? No me admitiría, solo me usó Javier. Eso fue frustrante, pero lo que más le censuro es que yo no tenía necesidad ni siquiera de masturbarme y ahora la tengo.

—Demos la vuelta, el restaurante está a casi cinco kilómetros y yo ya tengo hambre. Oye, escucha, tienes que salir de eso, montártelo con alguien y así te olvidarás de ella.

—Sí, eso pienso, pero lo que no sé es si debo hacerlo con un hombre o con una mujer. Quisiera que fuese con un hombre porque al ser diferente la olvidaría antes, pero ahora mismo no se me ocurre con quién. Ah, mira, ese perro es el de los Del Caro, espero que se acuerde de nosotros y no la emprenda a bocados. Debería llevar bozal.

El chucho se ha acercado y mueve la cola, es precioso, tiene un pelaje negro brillante. Javier lo acaricia, yo no soy de tanto. Saca una libreta pequeña que siempre lleva consigo, escribe una nota y la pone en el collar.

—¿Qué has puesto.

—Que somos nosotros, y pasaremos a saludarlos esta tarde. ¿Bien, no?

—Sí, es lo correcto, y son muy agradables.

—No solo eso, ahí tienes una oportunidad. Su hija pequeña, Cris, según dicen, es lesbiana.

—Oh, vamos, cómo voy a, es casi una cría.

—Y una mierda, tiene por lo menos veintisiete, y unas tetas para alimentar a un regimiento.

Le golpeo en el brazo porque mueve la boca chupeteando.

—Por favor, no seas obsceno. Puedo hablar con Cris, es agradable y tiene buena conversación, pero de ahí a lo otro. Qué, llego y le digo, ¿Cris quieres hacerlo conmigo? Por Dios, estoy muy lejos de eso, Javier.

—Pues algo tendrás que hacer. Ya huelo a leña ardiendo, tú pide lo que quieras, pero yo si tienen chuletón me voy a meter uno entre pecho y espalda.

—No, yo con un solomillo pequeño ya tengo bastante. Pescadito pediremos para picar, ¿no te apetece?

—Por supuesto, cerveza y jamón, aquí siempre lo tienen bueno. ¡Hola, qué tal!

—¡Hombre!, don Javier, ahora los atiendo. Bienvenida, doña Norma.

Respondo con una sonrisa y ya nos sentamos al sol en la puerta.

—¿Sabes? Es el único sitio en el que me llaman doña Norma, me suena a señora mayor. ¿A ti no te molesta?

—No suena lo mismo don que doña, doña parece más grande, gorda, y eso, mayor. A mí me dicen el don en algunos sitios, a ti no porque vas con tu madre y se lo dicen a ella. Antonio, por ejemplo, vuestro portero. A tu madre la trata de doña y a ti Norma sin más, ni siquiera señorita.

—Me resultaría raro que lo hiciera. Y, oye, mi madre de gorda no tiene nada, y no es tan mayor. En ella lo veo bien que se lo digan porque, no sé, es como cierta dignidad y de eso tiene mucho. Huele a pescadito, parecía que no tenía hambre y ahora ya la tengo.

—Porque entras en materia. Lo mismo con Cris, si la miras pensando en que quieres hacerlo con ella te entrarán las ganas.

—Javier, por favor, déjalo, vamos a comer tranquilos, no quiero estar pensando en tetas ni otras cosas. Mira ya trae las cervezas y el jamón, para hacer boca.

Casi dos horas hemos pasado en el restaurante, volvemos paseando por la playa hasta desviarnos hacia el chalé de los Del Caro. Es una construcción más reciente, aunque ya de años, nada que ver con la casa de los padres de Javier que ya era de sus abuelos. Dan muestra de alegría y Javier me dice al oído que mire las tetas. Le he dado con el pie.

—No pensábamos venir hasta Pascua, pero leímos lo del tornado y decidimos dar una mirada, por suerte no ha pasado nada.

—No nos hemos enterado de eso. Somos unos pésimos periodistas.

—De eso nada, leo todos los artículos y me gustan mucho. Y lo que me llama la atención es que vuestro estilo es muy parecido, sois almas gemelas.

—No, no tanto, yo digo tacos muy a menudo y Norma nunca.

—Tiene razón Cris, no voy a decir que leo todo lo que publicáis, pero sí he notado esa especial sintonía...

Ya anochece cuando nos vamos, querían que nos quedásemos a cenar, pero preferimos comernos la *pizza* que tenemos esperándonos. Javier la ha

comprado de un horno que las hacen de miedo. Solo hay que calentarla un poco. Vamos callados un rato y de pronto me pregunta.

—¿Qué opinas de eso de las almas gemelas?

—Supongo que es normal que tengamos un estilo común, no solo tuvimos los mismos profesores, además hacíamos los trabajos juntos como ahora.

—Almas gemelas famosas, podría ser un buen título para un artículo. ¿Quieres que lo hagamos?

—No, o no ahora, porque sí hay algo que quiero hacer, lo que no sé aún es cómo ni cuánto desarrollarlo.

—Cuál es el tema

—Yo, el tema soy yo.

Apenas nos vemos, estamos parados frente a la casa, y veo la mirada dudosa de Javier.

—¡Joder! ¿Qué es lo que has pensado?

—No sé lo que he pensado, desde que me encontré aquel primer día con Lana, mi cabeza ha dado muchas vueltas, no siempre en la dirección correcta o con un resultado siquiera fuese equivocado. Pero hace tiempo que me despierto con eso en la cabeza, y si me despierto con ello es porque duermo con ello.

—Durmiendo con su enemigo. Nunca quisiste ver esa película a pesar de que la protagonista era una de nuestras favoritas, Julia Roberts. Entremos y me lo cuentas, pero primero le daremos un toque de horno a la *pizza* y nos la zamparemos.

Estamos ya tomando café cuando Javier me hace gesto para que hable y me quedo mirándolo.

—Lo que querías comentar, eso con lo que duermes y te despiertas.

—Sabes que no me gusta pasar miedo, por eso no vi esa película, pero lo que tengo en la cabeza no me da miedo. Tengo más miedo a ser cobarde, a ser como ellos, cicatera con la verdad. Quiero gritar al mundo, quiero ser de verdad la voz que clama en el desierto, Javier. ¿Sabes? Tu tío comenzó a vestir como lo hace, cuando murió mi padre. He dado vueltas a eso y he llegado a la conclusión de que fue por lo que hizo. Por no permitir que se supiera nada. Ese proteccionismo que basan en un honor equivocado, en falsos respetos y amores frustrados. Tú y yo no entendimos lo que realmente quería hacer al crear la revista. No podíamos entenderlo porque no sabíamos nada, así llegamos a la conclusión de que era un capricho, una más de sus

excentricidades, solo que bien intencionada y, además, nos favorecía a nosotros. ¿A quién? A su sobrino predilecto y a la niña de la mujer que sigue amando y quería hacerlo por ella. Fue como sus trajes, tratando de compensar o redimir su pecado.

—Sí, está bien razonado, es posible, y casi estoy por llamarte doña Norma, te has hecho mayor. Pero has dicho que quieres hacer algo y el tema eres tú, supongo que es un artículo, y no quiero pensarlo, pero lo estoy pensando. Tu historia, la de tus padres, ¿todo eso quieres publicarlo, con nombres y apellidos? ¡Joder! Sería muy fuerte.

—No tan así. No estoy loca. Sin dar nombres podemos contar la historia, con los hechos reales, y quien quiera entender que entienda. Son muchos los conocidos que nos leen aunque sea de cuando en cuando. Pero si eso sale a luz, ten por seguro que antes o después lo leerán todos. Dime, estás a ayudarme, tú diriges la revista.

—¡Qué coño dirijo yo! Lo hacemos los dos, y si vas a levantar ampollas, estaré a tu lado, como siempre. ¡Qué joder! Hora es que perdamos los miedos. Sobre todo que los pierdas tú.

Como locos los dos pasamos toda la noche comentando, escribiendo y reescribiendo. Comiendo lo poco que tenemos y fumando sin parar. Temprano salimos de casa, necesitamos que nos dé el aire y andamos un buen rato hasta que vemos que abren el bar. El desayuno es como un almuerzo y sin hablar, ya hemos hablado mucho, ahora necesitamos serenarnos. De vuelta a casa, cada uno envuelto en una manta, nos ponemos al sol echados en las hamacas y yo me duermo de inmediato. Despierto porque Javier me sacude.

—Qué pasa.

—Pasa que he ido a por comida, unos macarrones. Son más de las cuatro, duermes como una ceporra. Lo he leído y es fuerte, muy fuerte, pero jodidamente bueno. Creo que es lo mejor que hemos hecho. ¿Comemos aquí fuera?

—Sí, vale, ahora pondré la mesa, voy a hacer pis, y debería ducharme. ¿Te has duchado? Llevas la misma ropa.

—No, para qué, olemos los dos igual de mal, ya nos ducharemos mañana para volver a casa.

Estamos comiendo como si hiciera un siglo que no lo hubiéramos hecho. Con la boca llena pregunto.

—¿Crees que Guillermo debe leerlo antes de publicarlo?

—Y una mierda, no nos dejaría. Pero mira lo que te digo, venía pensándolo, creo que después de que todos sepan la verdad, volverá a vestir normal. Y Lana te valorará más, hasta puede que te invite a su cama redonda.

—La cama es de Guillermo. Me acelera pensarlo. Dios, daría lo fuese por volver a sentir lo que me hizo sentir. Parece mentira, nunca me ha interesado el sexo y si pienso en ella me obsesiono. Y no quiero verla porque sé que me lo notará.

—Vamos a hacerlo, hazlo conmigo y sal de esa obsesión.

Con la boca llena de macarrones y sin masticar me quedo. Lo ha dicho en serio. Los engullo sin apenas masticarlos y me da la tos.

—Eso sería más locura que publicar el artículo. Javier lo que tenemos nosotros es demasiado bueno para estropearlo con el sexo.

—No vamos a estropear nada ni lo haremos más. Pero ahora mismo lo necesitas, tienes que salir de eso, tener la seguridad de que puedes estar con un tío y sentirte bien. He comprado preservativos, ve pensándolo, imaginándolo, y no te parecerá tan absurdo. Quién mejor que yo para hacer la prueba. Resulte lo que resulte, seremos los dos unas tumbas.

Es ya a última hora de la tarde cuando acepto la locura de tener sexo con él. Y comienza por poner la música de Joe Cocker para hacernos un mutuo estriptis muertos de la risa por lo nerviosos que estamos. Vernos desnudos no es ninguna novedad, en la alberca de la finca de mi abuelo nos bañamos en alguna ocasión desnudos, pero de eso hace tiempo. Aun así no es lo que nos pueda frenar, nos hemos tocado y besuqueado sin poner pasión, aunque ya parece que entramos en batalla, cuando rompe el preservativo que se está poniendo.

—¡Joder, me cago en la leche!

—Por Dios, no pasa nada, tienes más.

—He perdido la práctica de ponérmelo desde que me hice la vasectomía.

—¿Y entonces por qué te lo quieres poner? ¿Has ido por ahí con alguna?

—Pues claro que no, lo sabes perfectamente. ¡La leche! Se me ha arrugado.

Río hasta saltarme las lágrimas y él cabreado, al final ríe conmigo. Estamos tumbados en la cama, me incorporo y le beso en los labios.

—No es lo nuestro, Javi, podríamos hacerlo mil veces y no sería lo nuestro.

—Ya, pero quiero ayudarte cómo sea. Además, a pesar de lo palillo que

eres, tienes buenas tetas.

—Qué idiota eres, Teresa las tiene mucho mejor y la quieres de otra manera.

—Sí, eso es verdad. Míralo, muerto como pez fuera del agua.

Los dos mirando su pene rompemos a reír.

—Voy a darme una ducha y a repasar el artículo. Deja de mirarte el pito que por suerte tiene más conocimiento que nosotros, y ve pensando el título.

Ya de regreso hacia Madrid, él no ha decidido el título aún y yo no sé realmente cómo titularlo. Vamos tranquilos, mucho, sabemos que para algunas personas será explosivo y algo para comentar en fiestas y tertulias. Para otras, las más cercanas, quizá doloroso, pero necesario para vivir en paz con la conciencia de cada cual. He decidido mandarle a Thomas un correo con el enlace, creo que es quién más me importa lo que pueda opinar. Río en mi interior recordando lo que quisimos hacer y no logramos, pero pienso que...

—Cuéntaselo a Teresa.

—¿Te refieres a...

—Sí, creo que merece saber que no has podido hacerlo conmigo, porque la quieres a ella.

—Nunca he tenido un gatillazo con ella, la verdad, claro que ella pone de su parte y tú bien poco pusiste.

—Ah, vale, ahora la culpa la tengo yo. Mira, primera y principal, no debimos empezar, y de eso fuiste el culpable. Y no tiene sentido que lo hagamos, sería como hacerlo con mi hermano. Me gustaría contárselo a Lana.

—Sí, claro, haz un bando si te parece... ¡Eso es, joder! El bando, ese será el título, con subtítulo: basado en hecho real, ¿qué opinas?

—Sí, perfecto, me gusta. Eres genial.

Capítulo 6

Hoy subimos al espacio digital el artículo, firmado por los dos, nadie en la redacción, ni siquiera Susana, sabe nada, así que lo han leído como algo curioso, un tanto novelesco ha dicho alguien. Pero a todos les ha gustado y no lo dicen por hacernos la pelota, les hemos acostumbrado a ser críticos. Llego a casa con cierta inquietud, mi madre suele estar pendiente de todo lo que publicamos. Sin embargo, no hace ningún comentario, solo me dice que Lana quiere hablar conmigo, que suba al ático. Y eso hago, voy a casa de la vecina. Es Lola la que abre y me acompaña al despacho, lo cual me lleva a pensar que es una cita profesional. Tarda en aparecer y trato de parecer normal cuando entra, porque solo la espera pensando en ella me ha excitado.

—Hola, perdona, estaba atendiendo una llamada, ¿cómo estás?

Húmeda podría decir, pero solo digo.

—Bien, ¿y tú?

—Sorprendida, muy sorprendida y Guillermo más que eso. No sé si decir que has sido o habéis sido muy valientes o quizá para algunos muy irresponsables. Personalmente considero que es una muestra de valor y nobleza. Acabo de hablar con Thomas, le había llamado para decirle que lo leyese, pero al parecer le has mandado un correo. Dice que está orgulloso de su hermana mayor. Qué te ha impulsado a ello, porque supongo que la idea ha sido tuya y Javier tu apoyo incondicional. ¿Está enamorado de ti?

—No, siempre lo ha estado de su mujer. Podría contarte algo, responder a lo que quieras, pero no, lo haré solo en esa cama redonda que tienes si te decides a compartirla conmigo. Ha sido un placer verte.

La he sorprendido, más que con el artículo, estoy segura. Me levanto y ando con paso firme hacia la puerta. No llego a ella cuando me alcanza y me

hace dar la vuelta.

—Cómo tienes tantas agallas ahora. Me estás provocando, ¿crees que puedo tener interés por ti o por estar contigo? Te usé para llegar a donde quería, solo fue eso.

—Ya, yo estoy húmeda, pero tú no debes de estarlo menos o no te habrías levantado siquiera. Sueño con ello, con volver a enloquecer entre tus piernas y que me vuelvas loca metiéndote entre las mías. Palpito solo con mirarte y no quiero solo mirarte. Piensa en ello Lana, piénsalo, disfruta pensándolo.

Y soy yo, la niñita, la que coge por la nuca a mi vecina y la beso descontrolándola. Meto mi mano por debajo de su falda y acaricio su húmeda entrepierna. Salgo riendo del despacho y bajo por la escalera feliz, muy feliz. Borro mi sonrisa de inmediato al ver a mi madre seria, muy seria.

—Hola, mamá.

—¿Es cierto todo lo que dices en el artículo?

—Sí, mamá, en parte lo sabes perfectamente.

—Cómo te has atrevido, Norma, es mi vida y, ¿haces un bando con ella?

—No, mamá, no es así. Yo fui el motivo de que tú formaras parte de esa tragicomedia o solo tragedia porque poco hemos reído con todo. Yo tenía que nacer y tú solo eras la porteadora. Te usó él, los abuelos y hasta tu querido amigo Guillermo, quizá él más que nadie. Todo en nombre de... De qué, mamá, de qué. De una herencia, sobre todo de una herencia que ni siquiera necesitabas. De una falsa moral, falsa y ridícula que te ha obligado a vivir con millones, pero enclaustrada, y a negarte al amor, no me refiero a Guillermo, a cualquier otro; porque temías perder lo que tu suegro te había dado y podía quitarte si volvías a casarte. Y de alguna manera me educaste a mí así. Sin darme cuenta crecí a tu sombra, con tu falso divorcio y tu oculta viudedad, y cuando mataron a Lucas, no me moviste a que saliera y buscara a otro. Al contrario, me protegiste con un celo excesivo, que me inutilizó. Te hiciste imprescindible para mí, protegiendo mi fachada para que nadie supiera de mi temporal depresión como si fuese un delito. Solo por las apariencias, resquebrajaste mis cimientos, ya frágiles de por sí. Y me acostumbré, mamá, me sentí impulsada a ocultar mis bajones, mis incertidumbres y mis miedos. A pasar mis malestares andando por la calle, olvidándome de mí misma, queriendo siempre estar a tu altura y sabiendo que no lo iba a lograr. Y llegó Lana, la perversa, la malvada, la depravada Lana que metió su lengua en mi vagina y me sentí viva por primera vez. Y sin eso, a pesar de todo lo que he

podido conocer, probablemente no me hubiese atrevido a nada. Lo he entendido después, mucho después. Ella usó el sexo para lograr su objetivo, el sexo despierta los sentidos, y me despertó. Gracias a su sucio proceder, he podido ser yo y escribir lo que he escrito. Como tú dijiste, no olvido que gracias al engaño de mi padre estoy en el mundo. Gracias al engaño de Lana sé que formo parte del mundo, del mundo real mamá. Piensa lo que quieras, eres libre para hacerlo. Pero nada de lo que he dicho cambia mi afecto y mi respeto por ti, creo que podemos cerrar, por fin, esa parte de la historia y comenzar una nueva etapa, más libre y más sincera. Voy a caminar un poco.

Unos días después, Javier me llama a su despacho y cuando entro encuentro allí a Anunciación que se levanta y abre los brazos. Su abrazo es grande, redondo y fuerte. Sincero sin lugar a dudas.

—Estoy orgullosa de vosotros, puede que no todo el mundo os diga lo mismo, pero qué importa lo que piensen. He venido para deciros eso, a invitaros a comer y a poner orden en el ropero de mi marido que ha decidido limpiar a fondo su armario. Ahora está de moda salir del armario, justo él va a hacer lo contrario, siempre contracorriente. Quiere renovar todo su guardarropa. Venga, vamos a comer.

La comida con Anunciación no ha tenido desperdicio.

—He recriminado a Guillermo lo que hizo, por supuesto, fue indigno, y un abuso de la confianza de Davinia. Pudo hacer las cosas de otra manera, sin dar pie a que supieran. Pablo tenía derecho a morir acompañado de su pareja y despedirse de su hijo, incluso de ti, Norma.

—Creo que no, mi padre mintió a todos y mereció realmente morir solo, tuvo suerte de que mi madre estuviera ahí. Hay muchos detalles que no hemos dado a conocer, pero desde luego el sida no se lo contagió el padre de Thomas.

—Lo que tu padre pudiera haber hecho, no excusa a los demás. Guillermo ha amado toda la vida a tu madre, desde que era una niña, y sé que la sigue amando. Fue por amor a ella que hizo todo lo que hizo. Sin embargo, estuvo a punto de tirar por la borda nuestro matrimonio cuando su historia con Lana, ahí le cegó la pasión. Fue ella, él aceptó, pero fue ella la que dio marcha atrás. Como la dio tu madre. Merecería morir solo, ya lo creo que sí, pero, me tendrá a mí, si no muero antes. El perdón es muy poderoso, hace fuerte a quien lo da, no se lo niegues a nadie. Yo soy muy fuerte, porque llevo la vida perdonando, quizá nací para eso. Y ten por seguro que tu madre también ha

perdonado, y estará ahí si la necesita, como estuvo con su marido, qué ironía de vida que aún fuese su marido. Lana es la única que podría librarse de tener que perdonar, pero es mujer de palabra, aunque le duela. Por el qué dirán, por el qué no dirán, memeces sin sentido. En realidad, solo hay dos cosas que dominan sobre todo lo demás, la pasión y el dinero. Y he dicho pasión, no amor, el amor es otra cosa. ¿Cómo vas con Lana, cariño?

—No voy en nada. Quiso hablar conmigo al publicar el artículo, y subí al ático, pero no quise hablar. Más bien la provoqué y me fui. Le dije que si quería algo tenía que ser en la cama redonda.

La risa de Anunciación es casi de escándalo.

—Dudo que eso se lo haya hecho nadie jamás. ¿La quieres, la deseas, qué sientes?

—Más deseo que otra cosa, creo, pero un poco de todo, incluido odio o rabia, no lo sé bien, fue todo tan precipitado y tan agobiante que no lo sé.

—Eso es amor apasionado. Bien, ya no eres una niña, Norma, y a tu edad no son tantas las oportunidades de vivir algo importante. Si sientes que lo es, lucha por ello, siempre vale la pena aunque no dure. A ella le vendría bien sentar un poco la cabeza. Lana en realidad está muy sola, solo tiene a su abuela. Esa cama redonda debe ser algo serio o por lo menos lo parece.

—¿Has estado en el ático?

—Sí, una vez. Guillermo quiso que lo viera cuando terminaron de decorarlo, y fuimos, no usamos la cama, pero tú haz por usarla.

Después de todo el jaleo, pienso que he ganado una amiga con Anunciación, me hace sentir bien hablar con ella.

No sé si ha sido a consecuencia del artículo, pero hemos asistido a una fiesta y he tenido muchos moscones alrededor y alguna moscona, increíble, he hecho esfuerzos por no reír. Qué cosas. Javier no se ha acercado a mí en toda la noche, pero me hacía gestos desde lejos. Mi madre, muy en su papel de señora digna, no lo ha pasado tan bien, aunque para saberlo hay que conocerla. Por fin le he dado a Jacinto su regalo, un reloj, no se lo esperaba el hombre y se ha puesto muy contento. Él sí me ha dicho siempre señorita Norma, desde pequeña, y le he pedido que solo Norma. No he vuelto a ver a Lana ni mi madre tampoco. Decidí que Víctor, el hermano de Javier, y quien se ocupa de nuestros asuntos, se encargase de atender lo que fuese con ella, así que ni siquiera me une a ella lo profesional. Con Thomas voy hablando por correo

electrónico, y la verdad es que cada vez nos decimos más, tenemos una cercanía que surge espontánea y va aumentando.

Con el buen tiempo, Javier y yo solemos ir a la sierra a montar a caballo algún viernes por la tarde, no tenemos caballos, son alquilados. En eso estamos hoy. Ya hemos dado nuestro paseo y estoy esperando a que salga, ha entrado en las oficinas a saludar a un conocido. Llega un todoterreno con remolque para caballo y baja un hombre. Me quedo mirando, esperando que saque al caballo del remolque, pero el hombre se dirige a las cuadras y le sigo con la mirada.

—Hola, Norma.

Oírla ha sido como una sacudida. Doy la vuelta intentando controlarme.

—Hola, ¿qué haces aquí?

—Te hago la misma pregunta con más motivo, porque yo vengo con cierta frecuencia. Mi abuela vive cerca, tengo un caballo, ha perdido una herradura y aquí atienden bien.

—Pues Javier y yo vivimos lejos, no tenemos caballos, los alquilamos, aquí atienden bien y los caballos son buenos.

Se echa a reír divertida parece, y no puedo dejar de admirarla.

—No suelo usar esa palabra, pero voy a hacerlo, te has vuelto muy puñetera. Estás muy guapa y te controlas mejor. ¿Tienes alguna vagina a mano?

Saco un cigarrillo, lo enciendo y le echo el humo a la cara sin bajar la mirada, pero sigue con su sonrisa fascinante.

—La tuya está siempre dispuesta, ¿pon el precio? Quizá me interese.

Aguanto su mirada, no sé si quiero besarla o darle una bofetada. Cambia su sonrisa, es triste y muy seria.

—Estaré mañana en el ático, soy tu vecina, puedes venir a tomar café o a por sal, si la necesitas. Será un placer atenderte.

Se ha marchado hacia las cuadras, yo doy la vuelta y busco el coche, me siento fatal. Creía que estaba ganando yo, pero ha sido ella la que ha dicho la última palabra y siendo ella, ¡qué mierda!

—¿Nos vamos? ¿Qué te pasa? Tienes mala cara.

—La he visto.

—A quién.

—A Lana, tiene caballo, al parecer su abuela vive en esta zona...

Se lo cuento ya de camino sin omitir nada.

—¡Joder! Por qué has dicho eso. Ahora te sientes fatal, tú no eres así.

—¿Y cómo soy? Solo contigo he podido ser yo, ni siquiera con mi madre. Tenemos una excelente relación, siempre la hemos tenido, pero porque yo me doblegaba, en realidad ni lo pensaba, ella marcaba la pauta y yo lo aceptaba. Con Lana solo fui yo una vez, solo una vez y me sentí crecer, crecí de verdad. Y en un segundo pierdo todo lo ganado.

—Norma, afróntalo, tienes que hacerlo, porque está claro que la quieres. Te domina lo físico, pero es más que eso. Así que mañana sube a tomar café, y si solo es café, pues algo es. Si lo intentas puedes conseguirlo, si no lo intentas has perdido por no empezar y nunca sabrás si pudiste conseguirlo.

—¿De verdad crees que debo hacerlo?

—Sí, joder. Hemos pasado un buen rato cabalgando y estabas feliz, nos hemos reído, estábamos bien los dos. Ha pasado eso, y estás hecha mierda y lo mismo yo por verte así. Tienes que salir de ahí o meterte de lleno. Y si no da resultado haremos otra vez el camino de Santiago y el doble de largo. Ahora que esta vez de albergues nada, a buenos hoteles, nosotros no somos de albergues ni nos va socializar tanto con gente mística o ecologista. Y, menos aún, como aquella pandilla de locas que organizaron el viaje como despedida de soltera de la más fea del grupo, convencidas de que la iba a mejorar Santiago. Seguro que cuando la vio dijo anda y que te den. ¡Joder, qué panda!

Acabo riendo y él también, le doy un beso en la oreja.

—Eres un cielo.

Es a media tarde cuando le digo a mi madre.

—Voy a subir al ático, mamá, puede que baje enseguida o puede que no.

Le cuesta responder, sonrío y no sonrío.

—Es tu decisión, cariño, no me has pedido opinión, pero si lo hicieras no podría dártela. Aun así, puedo decir que, Lana es excepcional en muchos aspectos, si has de tener ese tipo de relación, mejor con alguien como ella.

—No sé si tendré o no relación con alguien, nadie me atrae, ella sí. Gracias, mamá.

Llevo puesta una falda vieja de lino hasta media pierna, me gusta por lo blanda, y una camisa de manga larga remangada y sin sujetador. De ir por casa, no uso esto para salir. Pero no voy a salir, solo subir a casa de la vecina. Y lo hago despacio al principio y acabo subiendo de dos en dos los escalones. Acelerada sin remedio, me detengo tratando de controlar la respiración, aunque no del todo en orden, llamo. Y apenas unos segundos tarda en abrir, como si hubiera estado cerca. La miro sin disimulo, recorro su cuerpo, apenas

cubierto, solo una camisola verde mar, sin más, resaltando el verde de sus ojos. Su sonrisa es la más fascinante. Alarga la mano y coge la mía.

—¿Has subido corriendo? Estás acalorada.

—Un poco, ¿estabas segura de que subiría? Parece que me esperabas detrás de la puerta.

—Hay una cámara en el inicio del último tramo. He visto cómo te detenías a respirar. Pero sí, más que estar segura, quería pensar que vendrías. Quiero que hablemos con tranquilidad sin echarnos pullas la una a la otra. ¿Crees que podremos hacerlo?

—Espero que sí.

—Bien, en ese caso, vamos a merendar. He hecho un pastel, no sé si estará en su punto, he intentado que fuese un tiramisú auténtico, según la receta que me dieron. Y helado napolitano, lo que decimos aquí de tres colores, pero hecho como lo hacen los napolitanos.

Estamos en la cocina y alucino, habrá pasado la mañana. Está sirviendo dos generosas raciones de cada. Ha sacado champán y *limoncello* y lo ha mezclado. Lo deja en la coctelera y saca las copas del congelador y las coloca en un recipiente con hielo. Con todo en un carro salimos a la terraza y comenzamos a comer, yo lo hago con avaricia.

—Eres increíble, cómo se te ha ocurrido preparar todo esto, está delicioso. ¿No piensas emborracharme hoy?

—Primero el helado, luego el tiramisú y ya remataremos con el cóctel. Espera.

Alarga un dedo y recoge del borde de mis labios un poco de chocolate y lo chupa. Me quedo con las ganas de chupar por lo menos ese dedo. Pero toda la merienda transcurre como buenas vecinas sin nada más. Saboreo el cóctel.

—Estaba todo de pecado, pero esto es la guinda. Gracias, me ha encantado.

—Podemos repetir más tarde. Ahora es mejor que hablemos formalmente. Tienes toda la razón con enfadarte y en reprocharme que utilicé el sexo para tener cierta ventaja sobre ti. Sabía que no ibas con nadie, y es un arma que rara vez falla. No ha sido la primera vez que lo he hecho, por lo general con hombres. Pero se me fue de las manos, por tu inocencia y por cómo eres o la manera que yo te veía. Por primera vez tenía bajo control a alguien casi virgen, que podía moldear y más que eso, disfrutar descubriéndote sensaciones

desconocidas para ti. Eso me excitaba sobremanera. Te pido perdón, aunque es bien poca cosa decir eso, si te sirve de algo, jamás se lo he pedido a nadie.

—El perdonar nos hace fuertes, te perdono.

—No he terminado. Aquella noche lo supe, supe que te quería, y cuando hablé con Guillermo se lo dije. Me exigió que cuando todo acabase, también terminase el tener sexo contigo. No sé si recuerdas que dijo que había estado a punto de perderse por mí, pero que a ti no te iba a pasar. Le di mi palabra. Ese es el motivo de que no tengamos relación, aunque tú la deseas, y no dudes de que yo es lo que más deseo.

Me he levantado y cojo la botella de wiski, necesito algo más fuerte que me ayude a digerir lo que acabo de oír.

—Él no es mi padre ni el tuyo. De qué va, cómo se atreve a decirte a ti y menos a mí...

—Norma, para él eres como una hija. El hecho de que sus hijos fuesen todos varones, le hizo estar más pendiente de ti. A través de tu madre te ha protegido toda la vida, y quiere seguir haciéndolo. Yo tengo mucha experiencia con los hombres, menos con mujeres, pero también. Tú muy poco con los hombres y ninguna con una mujer. Lo que acepta en mí como normal, incluso con cierta admiración, en ti lo ve una aberración porque eres su..., voy a decirlo aunque te moleste, eres su “niñita”. Te ve pura, y yo te mancillo solo con mirarte. Permite la amistad, como pueda tenerla con tu madre o la tengo con su mujer, pero nada más.

No salgo de mi asombro y no sé si marcharme o emborracharme. Opto por lo último. Bebo de golpe lo que tengo en el vaso y me sirvo más. Veo que hace intención de decir algo y retengo la botella en una mano y el vaso en la otra.

—¡Permite! ¿Te das cuenta de lo que dices? Tú, la mujer capaz de negociar contratos millonarios sin parpadear, y andar por el mundo logrando grandes éxitos. La liberada que lo mismo chupa vaginas que pollas, y resulta que se doblega servilmente ante... Cómo diría, sí, por qué no, ante el señor feudal, como una miserable vasalla cualquiera. ¡Y una mierda! Yo soy la que no te voy a permitir, tú no eres quién para dar tu palabra de lo que harás o no conmigo porque él no puede exigírtela. No es tu dueño, y mucho menos lo es mío. Sé que eres una mujer de palabra, lo sé y gracias a eso tengo un hermano. Es bueno que lo seas, cuando la cuestión lo requiera, cuando nadie te lo imponga. Pero no así, no a mi costa. Guillermo sacrificó a mi madre, la sacrificó y ella aún hoy le está agradecida. Humilló a mi padre, lo merecía,

pero no le correspondía a él, eso solo mi abuelo tenía derecho a hacerlo y hablo de mi abuelo materno. Bien, me marcho, esta vez yo seré quien hable con Guillermo, esta vez será él quien me escuche y tendrá que hacerlo delante de mi madre, de su mujer y de Javier que vendrá conmigo porque él sí es un caballero y me defenderá sin imponer condiciones ni esperar nada a cambio. Gracia por la merienda, querida vecina.

Por suerte no me había quitado los zapatos, cuando entro en casa, sin decir ni buenas a mi madre, llamo a Javier.

—¿Qué te pasa?

—Estoy muy cabreada, mucho, y necesito que me frenes o no sé lo que puede pasar. Quiero ir a hablar con Guillermo, su mujer y mi madre. Quiero que estés ahí conmigo. Es tu tío, pero yo busco la verdad, ¿estás con él o conmigo?

—La duda ofende. Siempre contigo. Ahora voy.

Ha sido Javier, tras contarle, quien ha decidido que Lana también tenía que estar en esa conversación, y él mismo ha subido a buscarla. Mi madre se resistía a ir, no comprendía, porque no he querido explicar nada, al final ha aceptado y vamos de camino a la finca. Sabemos que está allí, pero no si tiene invitados o están sus hijos. Miguel siempre está, no hay problema con él. Durante el viaje no comentamos, he puesto un programa de música clásica y en silencio vamos todo el tiempo, salvo cuatro palabras de algo de la circulación. Ya hemos llegado y a quien vemos primero es a Anunciación que está curando a uno de los perros. Al vernos bajar lo deja y se apresura a venir, pero noto su extrañeza al ver a mi madre y no menos al ver a Lana.

—Esto habrá que reseñarlo con letras de oro en el libro de visitas. Bienvenidas, todas, y bienvenido, querido Javier.

Besa a todos y, además, a mí me acaricia la cara y me retiene para entrar la última deliberadamente. Susurra mientras entramos.

—¿Un nuevo artículo?

—Defiendo mi derecho a usar la cama redonda, siguiendo tu consejo. Te pido perdón de antemano.

Me mira y asiente. Ha cogido el teléfono y llama a Guillermo diciéndole que hay invitados para cenar. No explica quién, lo cual me ha gustado.

—Ha ido a llevar a Miguel que iba de excursión con el cura y unos cuantos más. Pasarán la noche en el monte. Si va al pueblo siempre se queda a jugar

una partida. Supongo que el tema de lo que sea habrá que tratarlo cuando él llegue, así que vamos a tomar algo mientras nos preparan la cena.

Es mi madre la que dice.

—Anunciación no creo que sea necesario.

—Davinia, querida, por favor, siempre te cae bien una copa, ya sé que la comida no tanto. Es la primera vez que podemos sentarnos juntas a la mesa. Eso es ya motivo de celebración. Querida Lana, no puedes imaginar lo feliz que le hiciste con esos grabados que le mandaste. He tenido que ampliar la zona en la que pinta, cualquier día nos hará salir del salón. Está decidido a copiarlos todos, y la verdad es que no lo hace mal...

Casi la hora tarda Guillermo en venir, ya estamos sentados a la mesa cuando llega. Su sorpresa es mayúscula y, aunque disimula, no parece contento. Sorprende verle vestido normal, no parece él. Ha soltado varias frases en plan chanza y ahora ya cenando le llega la impaciencia.

—Es maravilloso teneros aquí, cómo es que se os ha ocurrido.

Soy yo la que me apresuro a responder.

—La idea ha sido mía. Pero era obligado que estuvieran las tres mujeres, contando a tu mujer, que creo no equivocarme, son importantes en tu vida.

—Cuatro, querida Norma, cuatro, tú también eres muy importante en mi vida.

—Si tan importante soy, porque me tratas como a una boñiga.

Todas las miradas están puestas en mí, la que más la suya.

—¿Boñiga? ¿Cómo puedes decir eso?

—He dicho boñiga porque estando en la mesa, suena mejor que mierda. Eso soy para ti, una mierda. Algo incapaz de pensar, quizá sí valga un poco como periodista; quizá sí en una fiesta, resulto mona y como soy tan educada luzco bien; quizá sí acompañando a mi madre a los conciertos, para que no vaya sola y no caiga en la tentación de echarse en los brazos de otro. Pero no cuando quiero ser persona, no cuando quiero decidir sobre mí y mi vida. No cuando decido a quien querer y menos con quien joder. Y no me disculpo por la palabra que conoces mejor que yo.

Bebo un poco y él parece que va a decir.

—Norma, Por Dios, creo que...

—No, tú no crees en Dios ni en nada. Crees en ti mismo, tus normas, los valores o principios que consideras válidos a tu entender, y has usado a todas estas mujeres a tu antojo, como el sultán de un harén. No solo para tu placer,

también para fomentar tu orgullo de raza y clase. Como un derecho de pernada. La única que se salva un poco es Anunciación, quizá porque te conoce mejor que nadie, le has engañado menos, aunque parezca lo contrario por esas pobres infelices a las que pagas para presumir de macho. ¿Por qué te has quitado el disfraz? Es porque ahora ya no tiene sentido, verdad, la mayoría ya saben lo que ocurrió, no todo, pero suficiente, y tú crees haberte liberado de algo que era necesario hacer, según tú, pero que te recomía por dentro porque habías mentido a quien más querías. Y quisiste purgar tu traición de esa manera. Solo fue en realidad una venganza hacia un maricón que tuvo la osadía de quitarte a tu querida Davinia.

«Qué diablos tenías tú que ver con lo que él pudiera hacer o no en Nueva York. El acuerdo fue que hiciera lo que quisiera en otra plaza, siempre y cuando no se supiera. Pero tú tenías que saber, no solo entonces, desde el primer día le espíaste, si no cómo explicas que iba a París o Londres a distraerse. Dijiste que en otra época lo habrías retado. ¿Acaso mancilló tu honor? ¿O fue porque la querías virgen para ti? Aunque no lo tengo claro, y fue oscuro, reprobable y diría que hasta delictivo. Te perdono, porque eso me hace fuerte.

«Bien, no sé si podré seguir trabajando en tu revista, aunque estoy segura de que quisiste hacerla para mí, así estaba cerca de mamá y a salvo con Javier. No te preocupes, puedo permitirme tener una propia. Así que me importa una mierda si decides que no siga allí. Lo que sí quiero que tengas claro es que ya no aconsejarás a mi madre en nada que me concierna. Absolutamente en nada. Haré una fiesta en el mejor restaurante de la ciudad, el día que venga mi hermano para que todos lo conozcan. Y lo que quiero que tengas más claro aún, es que Lana joderá conmigo porque es lo que quiere y lo que yo deseo. Y tú no tienes voz ni voto ni siquiera opinión en ese asunto. Ahora os dejo y espero de todas vosotras, que sepáis defender cada una lo que os corresponda. Gracias por la cena. Vamos, Javier.

Sin oír una sola palabra, ni siquiera un suspiro, hemos salido. Ya vamos un buen rato y Javier no ha dicho nada. Así que me decido yo.

—Puede que pierdas el empleo por ser hoy mi caballero.

—Lo que me he perdido es la cena, y eso sí que lo lamento porque el codillo tenía una pinta que se me iban los ojos. Tenías que haber esperado a después de la cena, joder.

—Tenía miedo a no atreverme.

—Lo has hecho de puta madre. No me preocupa tu madre, creo que si tiene que elegir entre tú y él, no dudará, te elegirá a ti. Lana no tiene que elegir, ya lo tiene claro, pienso que lo tiene muy claro, me ha parecido la más serena como si dijese, vale, ya está todo dicho. Me preocupa mi tía, me preocupa que... No sé, la he visto como ausente.

—¿Ausente?

—Sí, como si estuviese en otra parte.

—Sé lo que significa, a mí me pasa a veces, pero es porque estoy pensando.

—Pues eso es lo que quiero decir, joder. Y hay una cosa en la que tú no has pensado o no lo has mencionado, ni siquiera a mí.

—¿A qué te refieres?

—Ahora te lo digo, vamos a parar en ese asador, me muero de hambre, la maldita educación me ha impedido seguir cenando mientras hablabas.

Ya estamos cenando y le veo comer como si se lo fuera a quitar.

—Oye, haz el favor de comer más despacio, no tenemos prisa. Qué ha dicho Teresa.

—Qué va a decir, después de la fiesta que le hice cuando le conté lo que no hicimos, si ya te quería bien ahora te quiere más.

—¿Y eso? Qué le hiciste.

—¡A ti te lo voy a contar! Para que luego vayas y se lo charres a Susana.

—Susana, por Dios, ¿has visto algo más tonto? No me mira siquiera, y a mí me da por reír y se cabrea más. Venga, cuenta, qué hiciste.

—Puse a Joe Cocker, hice yo solito el numerito del estriptis, y luego el segundo numerito rompiendo el condón, esta vez adrede, soltando tacos y con exclamaciones y lamentos, pero no se me arrugó. Fue memorable, lo pasamos muy bien, y muy completo, doblete.

Río con ganas.

—Hoy no creo que te dé para tanto. Lo siento.

—No, lo de hoy no. Lo que te decía antes. Tú has aplicado tu sentido periodístico al deducir que si sabía todos sus pasos es porque lo espiaba. ¿Y cómo piensas que supo que era gay?

Estoy con la chuleta entre las manos, nos gusta comerlas así. La dejo en el plato y bebo un poco.

—Supongo que alguien se lo dijo.

—¿Tú crees? Hace cuarenta años, conforme era tu abuelo, yo creo que tu

padre iría muy de tapadillo y con los que pudiera hacerlo lo mismo.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Sin muchas vueltas pienso en dos incluso tres opciones. Una, que ya entonces lo vigilara. Otra, que él mismo frecuentase ese ambiente. Y la tercera..., ¿qué se te ocurre?

—Que le gustase mi padre, dijo que lo apreciaba muchísimo, y por eso se lo presentó a mi madre. Oh, Dios. Todo es posible, pero no es algo que podamos saber. Qué más da ya.

—¿No quieres saber más?

—No, Javier, ya es suficiente. Lo importante está aclarado, eso sería hurgar en la miseria humana. Y a fin de cuentas es tu tío y lo seguirá siendo. Veremos de encontrar almas gemelas, será más agradable.

Esa noche, cuando mi madre volvió, me dio dos besos y las gracias, no pregunté por qué. Minutos después sonó el teléfono, la vecina me pidió que subiera, y me recibió en la cama redonda con un cielo plagado de estrellas.

Lana y yo nos casamos. La fiesta fue multitudinaria, entre los numerosos invitados, estaba Guillermo Solano y señora, mi querida Anunciación. Sugerimos a los invitados que si querían regalar algo lo hicieran a una ONG. Solo aceptamos un regalo, el ático, como muestra de perdón. Fue idea de Anunciación y Guillermo aceptó su decisión. Ya no tiene amantes y vive en la finca de Segovia con su mujer.

Thomas vino con su familia, se alojaron en casa de mi madre, mi antiguo piso, ahora vivo en el ático con la extraña vecina.

Javier y Teresa son asiduos de nuestra piscina, y no puedo repetir los comentarios que él hace de nuestra cama.

Ni yo puedo decir lo que en ella hago, como dice mi madre, el sexo es algo privado de cada cual. No soy tan así como es mi madre. Puedo decir y digo, que han pasado tres años y sigo viendo el mismo cielo, a veces con luna llena.

Acerca del autor

Victoria Roch
(La Pobla de Vallbona, Valencia, 1953)
Es autora de las siguientes novelas
que puedes encontrar en Amazon

Alexandra Rey de Suecia
Tango
La Casa Maldita
Jubilada
Locura del Vivir
Liliana y Da Vinci
Cuéntamelo
Conversando
Sin Nombre
Mi Deuda con Senegal
La Saga de los Aura
Mirando al Mar
Lazos de Latón
Perdiendo el Tiempo
Atila
Las Modistillas
Lucubraciones de un solitario en una
noche de insomnio
Justicia Maggie
¿Cuándo duermen las Hormigas?
La reina de la noche romana
Golondrinas Verdes

Jacaranda
El Pianista
Secretos de Familia
El Caballero del Mar
Puñalada por la espalda
Una Mera Sutileza
Dos Mujeres
El Sacrificio del amante
En el Umbral de la puerta
La Caja de Zapatos
Cara al Sol
Mozzarella
Mis Susurros en la noche
El Pasado
El Copista de Caravaggio
El Funerario
El Cementerio de Violines
Retorno en Bomarzo
En Furore leyendo a Joyce en zapatillas
La Vecina



Created with [Writer2ePub](#)
by Luca Calcinai